

¿QUÉ PASÓ ESE DÍA?

UN CRIMEN IMPERFECTO

UN MISTERIO PARA TODOS MENOS ÉL

SANDRA G.S

1. EL CURIOSO INCIDENTE

El sol se deslizaba lentamente, dejando que la luna se abriera paso entre millones de estrellas. Aún recuerdo lo que nos pasó aquel año.

Era 1977. La noche en Frías, Burgos no solía ser nada calurosa, por eso, pensé que debía de ser hora de volver a casa del señor Benítez, un hombre de mediana edad que lleva viviendo en frías desde que nació. Era un tipo más bien alto, delgado, pero no con muy bien físico. Él cuidó de mi, me dio de comer y me dio un refugio desde que recuerdo existir en este mundo. Le pinto mejor de lo que es, ya que no me ayudaba así por así. Teníamos un trato. Debía de hacer todo lo que me decía sin rechistar.

Yo vivía con un amigo en casa del señor Benítez, un precioso labrador negro con los ojos de color canela. Lo había encontrado hace seis años y éramos inseparables. El señor Benítez me dejó tenerle dentro. Pero me tenía que encargar yo de él, y si el señor Benítez estaba cerca, no podía andar suelto por la casa. Debía de estar en mi cuarto o afuera, en el patio trasero. La casa del señor Benítez tenía tres pisos. En la primera planta aguardaba el comedor, la sala de estar, la cocina y un baño. Todo con muy buena decoración por si venía alguno de sus invitados.

En el segundo piso tenía su habitación, con un pequeño estudio y un cuarto de baño solo para su uso. Yo dormía en la buhardilla, tenía un colchón con almohada para dormir, un aseo, una televisión de los años sesenta y una pequeña cómoda. El señor Benítez nunca subía a mi dormitorio. Cuando quería que bajase llamaba a una campana, y yo sabía que tenía que bajar. Si para su gusto tardaba mucho en bajar, me castigaba sin salir a la calle, encerrándome arriba. ¿Un poco cruel verdad?

Si quería tener algún objeto más arriba, tenía que pagármelo. Cada Domingo, si no he desobedecido a nada y he completado mis tareas, el señor Benítez me lo agradecía entregándome 166,386 pesetas. Yo no hacía como el resto de niños de mi ciudad, que en cuanto recibían, gastaban en chuches o cualquier otra porquería. Yo ahorrraba, para comprarle a mi perro su comida, que valía cuatro semanas de paga, 665,544 pesetas.

Tocaron las tres de la madrugada y me desperté. Me asomé por la ventana de mi habitación, y con un poco de esfuerzo, conseguí avistar al señor Benítez saliendo de la casa con mucha prisa. Vestía un sombrero en la cabeza y llevaba un bastón elegante de la mano. Conseguí divisar un sobre en la mano de mi anfitrión.

—¿A donde irá? —Le susurré a Tifón, que a su vez se había sentado a mi

lado. No era la única vez que los dos veíamos salir al señor Benítez a estas horas. No esperamos a que volviese. Me tumbé en el colchón esperando a que Tifón viniese a dormirse junto a mí.

Me volví a despertar cuando reconocí el sonido de la campana. Se me había pasado la hora y me vestí a todo correr. Me puse un polo de color verde y unos pantalones vaqueros antiguos. Me cepillé rápidamente en el aseo, lavándome la cara y las manos. Miré a mi socio, que seguía medio dormido y bajé por las escaleras a galope.

—Cuarenta y dos segundos tarde. Deberías levantarte antes de oír la campana. —Me recriminó el señor Benítez. —Si quieres tener paga mañana, vas a tener que disculparte, rezar ante la virgen de la iglesia y hacer cuarenta y dos segundos de más en todas las tareas que te ponga. —Sé que no tenía otra alternativa que pedir disculpas y aceptar lo que me decía. Así era él. 42 segundos, ¿en serio? —Discúlpeme, señor Benítez. — Le hago una reverencia a modo chistoso, a lo que él responde con un gruñido y me apresuro a ir hacia la puerta para dirigirme a la iglesia.

El señor Benítez se marchó al cuarto de baño y entre susurros llamé a Tifón. Cerré la puerta detrás de mi con cautela. Andando, la iglesia de San Vicente Martir estaba aproximadamente a dos minutos.

Era una estructura grande situada junto al cortado rocoso y de pórtico de estilo románico con tres retablos

Dejé a Tifón sentado a la puerta. Por dentro la iglesia tenía sillería barroca, importantes pinturas religiosas y un órgano.

Al verme entrar, el padre Aloisio levantó la vista. Basta una mirada para que sepa que vuelvo a rezarle a la virgen. Éste asiente con la cabeza y me señala a donde está la virgen de los Toriles, junto a la virgen María. Rezo un Ave María y un Padre nuestro. A la salida me arrodillo, como me ha enseñado el padre Aloisio, y cierro la gran puerta detrás de mi después de que me dedicara una calurosa sonrisa. Al salir, le hice una señal a Tifón para indicarle que ya nos íbamos. Salimos de la iglesia y empezamos a correr a toda velocidad, pero frenamos en frente de nuestra casa. Llamé al timbre, y como nadie contestó, saqué mis llaves. Sorprendentemente la casa estaba vacía. Encontré una nota encima de la mesa.

"He salido para atender unos asuntos. Estaré de vuelta en un par de horas."

Observé el desayuno encima de la mesa. Un vaso de leche, un cacho de pan y un vaso de agua. Ya que no estaba el señor Benítez, vertí otro vaso de

agua para Tifón, y comí lo que me apeteciera de lo que había dentro de algunos armarios. Me lo tomé todo apresuradamente. Tifón salió al patio a comerse su comida diaria, y como tenía bastante ansiedad por la comida, se la engulló. Como no tenía nada que hacer dentro de casa, juntos volvimos a salir a la calle. Nuestro punto favorito era la Torre del Homenaje del Castillo de frías. Solía correr una suave brisa y podías llegar a ver sitios espectaculares como los montes Obarenes, el valle de Tobalina y el río Ebro. La torre del homenaje estaba en la dirección contraria a la iglesia.

Antes de partir, comprobé que mi bici estuviese en orden. Cadenas, frenos... Me monté y salí pitando con Tifón a mis pies. Como habitábamos en una de las casas colgadas, no tardamos nada en llegar. Desmonté y comencé a atarle las cadenas de seguridad a mi bici Orbea, cuando escuché una voz que me resultó familiar, sin duda, era la del señor Benítez.

—Darme más tiempo. Tengo a un niño del que cuidar, y mi época gloriosa de dinero se está acabando. —Otra voz le interrumpió. —Tienes 4 deudas que pagar. Nos debes 9.983.160 pesetas —(sesenta mil euros, para aquellos que no lo sabían). Un tercer hombre se puso a hablar. —Y acuérdate, Ramón, de qué pasará como no nos devuelvas nuestro dinero. — Sabiendo que está conversación pronto llegaría a su fin, seguí mi camino hacia la torre de homenaje, sin parar de pensar en lo que acababa de escuchar.

—¿Has oído Tifón? —El labrador me miró con sus grandes ojos.

Estaba tan concentrado hablándole a Tifón que casi me doy de bruces con una chica. De mediana estatura, de pelo largo y pelirojo con anaranjadas pecas y una sonrisa burlona dibujada en el rostro. La reconocí inmediatamente. Era la sobrina del señor Benítez, Alba. —Mira por donde va. — Me dice ella mientras acaricia a un Tifón muy satisfecho. Yo le respondí a regañadientes. Me disponía a irme cuando me volvió a interceptar. —Oye Santi, ¿donde esta mi tío? —Me giré hacia ella y le contesté sin andarme por las ramas. —Ni lo sé ni me importa. —Mira que solía ser amable y bastante paciente con la gente pero Alba siempre me sacaba de quicio.

Era dos meses más mayor que ella, y seguía dejando que me tomase el pelo. Retomé mi camino y volví a subir la cuesta tranquilamente, cuando escuché algo a mis espaldas, y por intuición, pensaba que Alba me estaba siguiendo. Típico. Decidí ignorarla y volví a subir, cuando calculando mis movimientos, de repente me di la vuelta para pillarla en el acto. —¡AJA! — Proclamé al girarme, pero me di cuenta que detrás de mi no tenía a Alba, sino

que tenía a dos hombres muy altos, fornidos pero con brazos ligeramente cortos y lo que es peor, armados con un revolver. La sonrisa burlona desapareció de mis labios en cuestión de segundos. Un temor se apoderó de mi cuerpo. Me eché a temblar. ¿Serían los mismos hombres de antes? Instantáneamente, Tifón se volvió hacia ellos. —¿Qué haces por aquí? — Preguntó el primero, como si me conociese de toda la vida.

Enseguida me di cuenta de que yo tenía razón, de que esa voz pertenecía a uno de los hombres de antes. —Te hemos descubierto, mientras nos espías por detrás de los matorrales. A ver si te habías creído que no te habíamos visto. —Dijo uno. —Y hay que enseñarle a los niños a no hacer eso. —Por unos instantes, creía que me iban a disparar, pero, ante mi increíble sorpresa, se guardaron las pistolas.

Avanzaron hacía mi, y sin darme tiempo a reaccionar uno de ellos me dió un golpe fuerte en la nuca con algún objeto duro, posiblemente la pistola, mientras el otro acercaba un pañuelo con un olor excesivamente fuerte a la nariz. Veía como Tifón hacía el intento de morderles y se tiraba encima para alcanzarles con mayor precisión. Llegué a ver como los dos hombres huyeron, subiéndose a un coche del que no me había percatado, pero los efectos del pañuelo ya habían empezado. Perdí el conocimiento.

Cuando me desperté, creí que seguía en la cuesta que lleva hasta la torre, recordando todo, pero me di cuenta de que estaba en el comedor de la casa del señor Benítez. Tenía a muchos habitantes del pueblo alrededor mío, incluyendo a Alba y al propio señor Benítez. No supe distinguir muy bien a los presentes, pero reconocí a varios vecinos conocidos de la zona. Al abrir los ojos, lo primero que noté es que Tifón me estaba relamiendo la cara, y que Alba me dio un abrazo que casi me aplasta. Por primera vez, que yo recuerde, el señor Benítez me sonrió. Una mujer con rostro familiar interrumpió todo el alboroto. —Deberías darle las gracias a esta chiquilla. — Yo miré a Alba. —Fue ella quien vio lo que te hicieron esos hombres e inmediatamente fue a la estación de policía a pedir ayuda —Continuó aquella señora. Le dí las gracias a Alba con la mirada.

Una hora después, cuando los efectos del pañuelo se me habían pasado totalmente, el señor Benítez echó a los vecinos de su casa. Alba le miró fijamente. —¿Le dejarás el día libre, verdad? Eres demasiado duro con él. — El señor Benítez suspiró. —Sí, le dejaré libre, porque después de perder el conocimiento hará todo mal. —Alba sonrió. Los dos sabíamos que aquello era tan solo una excusa. El señor Benítez tenía a Alba como a su propia hija.

Lo primero que hicimos fue subir a mi cuarto. Alba se sacó dos peruchos de los bolsillos. Mientras se comía uno, me ofreció el otro. —Intentaré hablar con el tío para que no sea tan sumamente imbécil contigo. — En aquel instante pensé en decirle lo que oí esta mañana. En pocas palabras le expliqué lo de las deudas y que los hombres que me atacaron habían sido los mismos que hablaban con su tío. Al relatar yo mi historia, Tifón se había sentado al lado de Alba. —Yo nunca me he enterado de que mi tío deba ninguna deuda, ¿No te habrás confundido? —Negué con la cabeza. Estaba seguro de lo que contaba. También decidí contarle lo de las escapadas nocturnas del señor Benítez. Ella me miró perpleja. —Esta noche voy a seguirle. —Afirmé. Alba me contradijo. —Yo que tú no lo haría, no merece la pena arriesgarse a que te quedes sin hogar si te descubren. — Estuvimos en silencio unos instantes. — Si me descubren, seguro que tus padres me aceptan.

Alba ni me contestó. De repente, Tifón empezó a gruñir. A mi también me pareció oír algo. Los dos nos quedamos de piedra cuando oímos gritos en el comedor. Se oyó el disparo de un arma de fuego y se empezaron a escuchar pisadas en la calle.

Cuando Tifón dejó de gruñir, nos apresuramos a bajar silenciosamente por las escaleras. En el segundo piso no había ni rastro del señor Benítez. Bajamos al primero y vimos que estaba vacío. Encontramos la puerta entornada. Nos aseguramos de que no quedaba nadie y cerramos la puerta.

Alba está pálida, se sentó en un sillón que había en la sala de estar. Yo me senté a su lado para reconfortarla. Al sentarme, noté que algo caliente se clavaba a mis espaldas. Me di la vuelta y vi que en efecto, me estaba apoyando en una bala. Alba también se giró y empezó a sollozar al ver lo que acababa de coger. Me daba que estaba preocupada por su tío.

—No te preocupes Alba, tu tío no está herido, porque solo hemos oído un disparo, y la bala no tiene restos de sangre. — Razoné. —Ahora iremos a la estación de policía, está a tan solo tres minutos de aquí. Me levanté y al ir hacía la puerta, noté que Alba no me seguía. La miré y supe que estaba a punto de desmayarse. —Tifón, quédate aquí, con ella. —Le ordené. Cogí mi bicicleta y salí en camino de la comisaria.

—Hora: A las 16:23. Afectado: Ramón Benítez Lucas G. Acompañantes: Sobrina de afectado, chico y perro. El policía iba apuntando todo, leyéndolo en voz alta. Aunque mi casa estaba al lado, decidió montarme en un coche patrulla. Yo iba en el asiento del medio. Iba con 3 policías mas. Cuando llegamos, ya había gente alrededor. Alba parecía haber recuperado el color, y

ya se sentía mejor. Vi a sus padres, y cortésmente les saludé. Tifón me divisó, y vino a saludarme. Como a mí ya me habían interrogado, hablaron con los vecinos y con Alba. La señora Pretinss, una vecina, se hacía la importante, comentándole a los policías las cosas como si hubiera estado al lado del señor Benítez a la hora del crimen. Cuando encontramos un rato libre, Alba y yo discutimos el tema. Los dos sospechábamos de los hombres que me atacaron por la mañana. Por lo visto, los policías ya les habían arrestado, aunque ellos juraban no saber nada del asunto. —Nos debía un par de deudas, pero nosotros no fuimos. — El policía que nos acompañaba recitó las palabras de los presos. —Pero es lo que dicen todos. —Al poco rato, se nos acercaron los padres de Alba. Se miraron con complicidad y nos comunicaron una noticia. —Lo hemos estado pensando, y hasta que Ramón no aparezca, Santi se puede quedar con nosotros, ya que han comunicado que hay que desalojar la casa por si hay más problemas y para que venga la policía científica.

La casa de los Benítez Salvaret tenía dos plantas. En la primera se ubicaba el salón, la cocina y un baño, mientras que en el segundo piso estaban las habitaciones y un pequeño aseo. Yo solo había ido a casa de Alba en una ocasión, hace dos o tres años, por lo tanto no me acordaba bien. Su padre era grande y alto, mientras que su madre era más baja. El señor Benítez era el hermano mayor del padre de Alba. Al llegar a su casa, yo entré el último, por respeto, y cerré la puerta detrás de mí. Los padres de Alba se rieron al ver mi comportamiento. —Tranquilo Santiago, no estás en casa de extraños. —Me dijeron. Les dediqué una sonrisa agradecida y subí a la habitación de Alba, donde esta yacía esperándome. Nada más entrar me dijo que cerrase la puerta.

—Arréglate, que vamos a los calabozos de la estación de policía. —Yo comprendí que querría visitar a los dos hombres.

—¿Donde está el aseo? —Pregunté yo. Ella me señaló hacía una puerta. Asentí y entré dentro. Me abroché los botones de mi polo y me cepillé el pelo con un peine que vi. Lo lavé para quitarle los pelos cuando terminé. Al agacharme para atar los zapatos, algo crujió a mis espaldas. Era la puerta del aseo. Algo intentaba entrar. Con cuidado abrí la puerta, y encima de mí saltó Tifón, emocionado. Alba sonrió de oreja a oreja. Cuando terminé de usar el aseo, Alba me tendió unas gafas de sol piloto. —Como no las lleves puestas, se te van a quemar los ojos. Yo sonreí. Alba ya no me parecía tan mala. Fuimos andando hasta la estación de policía. Para nuestra sorpresa no estaba abierta y no nos abría nadie. —Que cosa más rara. —Comenté. Teníamos que

hacer algo.

Me pusieron un colchón al lado de la cama de Alba. Para la sorpresa de sus padres, nos acostamos alrededor de las siete y media. Intentamos dormirnos, y lo conseguimos.

A las dos de la madrugada pitó mi reloj cronológico. Desperté a Tifón, que no se lo tomó demasiado bien. Como Alba seguía en un sueño profundo, me preparé yo primero, lavándome la cara y los dientes, me levanté el flequillo, y cuando estuve preparado, a las dos y cuarto, despierto a Alba.

—Dije que a las dos en punto, no a y cuarto. —Me reprendió. Le expliqué que era para que durmiera un poco más. Farfulló algo que no conseguí entender y se encerró en el baño. Ella ya estaba lista a y veinte y cinco.

También cepillé a Tifón. —Tu te vienes con nosotros socio. —Bajé las escaleras con Alba a mi lado y con Tifón a mis pies. Me disponía a salir por la entrada principal cuando Alba me llamó. —Espérate, ¿quieres? —Me dí cuenta de que Alba había ido a por las llaves. Salimos con cautela a la calle. Fuera no había nadie, y hacía bastante fresco. No nos precipitamos, fuimos andando hasta las casas colgantes. Tardamos unos cinco minutos. Buscamos el portal del señor Benítez, y cuando lo encontramos, yo me paré en seco. —¿Se puede saber como vamos a entrar? —Pregunté. Alba me miró como si fuese bobo. —¿Te crees que no me he dado cuenta? —Empieza a buscar algo en una maceta de un portal de al lado. Finalmente extrajo una llave de color azul. Se acercó a la puerta, introdujo la llave y dió cuatro vueltas exactas. Como llevaba bolsillos en mis pantalones, fui yo el que guardó la llave. Investigamos la casa, y vimos que no había nadie. Tifón no gruñía ni ladraba, por lo tanto no había peligro. Subí hasta mi habitación, recojí mi dinero y lo metí en el bolsillo. Al mirar por la ventana recordé perfectamente por donde solía ir el señor Benítez. Cuando bajé las escaleras, Alba me está esperando junto a Tifón en la puerta de entrada. Al salir de nuevo a la calle, cerré la puerta, candándola y me guardé la llave.

—¿Sabrías decirme por donde iba mi tío? —Yo asiento con la cabeza. Con rápidos movimientos, localizo hacía donde da mi ventana, e instantáneamente me acuerdo del camino del señor Benítez. Llevo a Alba hasta mas o menos donde diviso su recorrido. Al llegar a un punto donde se pueden tomar dos calles no sabía por donde tirar. —¿Qué tal si tomamos el de la izquierda primero? —Me preguntó Alba. Sin contestarla tiramos por la izquierda. Pronto llegamos a un callejón sin salida. —Aquí no encontraremos nada. —Comenté. Alba me volvió a echar esa mirada que parece que me pasa

por un boberas. Me disponía a volver sobre mis pasos cuando Alba me cort. —¿Y tú que sabrás? Igual aquí es donde

encontraremos las pist... —Todo se volvió en silencio. Extrañado, me dí la vuelta, solo para encontrarme con que Alba había desaparecido. Aterrorizado, pensé en volver a avisar a sus padres, pero dejarla sola estuviese donde estuviese me hizo cambiar de decisión. Avanzé hacía donde estaba Alba hace menos de un minuto, agarrando a Tifón del collar. Me arrodillé a investigar cuando palpando, noté un pequeño botón. Me abracé a Tifón, y mirando hacía abajo, pulsé el botón.

En menos de una fracción de segundo, estaba cayendo al vacío, caía tanto y tan rápido que casi ni me daba cuenta. Divisé un par de rocas salientes que había e intenté alcanzarlas. Me medio rajé la pierna, cortándome un poco el brazo con una piedra extremadamente afilada. Conseguí aferrarme a la piedra, sujetando a Tifón con todas mis fuerzas en el otro brazo.

—¿Alba? —Pregunté, mirando hacía abajo. —¿Alba? —Volví a llamarla. Está vez obtuve respuesta. —Santi, estoy aquí, estas casi dos o tres metros por encima de mí. —Yo suspiré. ¿Tendré que saltar entoncés? —Dijé, echando un vistazo abajo. Conté hasta tres y salté. En medio segundo, alcancé el suelo. No he herido a Tifón y tampoco me he caído encima de Alba, que intentaba levantarse. Al principio no la hize mucho caso, pero después caí en que yo me había agarrado a unas piedras salientes para no impactar directamente contra el suelo, en cambio, ella había caído directamente.

La ayudé a incorporarse. Ella no me comentó nada, pero yo sabía que se había hecho lo menos una torcedura de tobillo. Ante nosotros había un amplió pasillo, que debido a la escasez de luz, no conseguimos ver el final. Tifón tomó el paso, colocándose delante de nosotros. Cuanto más avanzamos, más se veía. Pronto llegamos a una puerta. Era de metal, ya oxidada, parecía que había sido recientemente abierta. Intenté forzarla, pero comprobé que aunque estaba vieja, llevaba unas cerraduras de la mejor calidad. Desesperados, no sentamos junto a la puerta.

Dame las llaves de casa de mi tío. —Me ordenó Alba. Se las tendí si ganas. En el llavero había dos llaves, una era la de la cerradura de arriba de la puerta de entrada de la casa del señor Benítez y la otra era la de debajo. Alba introdujo la segunda llave. No funcionó. —Santi, está es nuestra última oportunidad. —Dijo, introduciendo la otra llave.

Sorprendentemente, esta llave si entró, pero no giraba. Me levanté a

inspeccionar cuando Tifón empezó a gruñir. Los pelos se le erguían. Oímos pasos. Miré a Alba. Intenté girar la llave con desesperación, no funcionaba. Los pasos se acercaban cada vez más, casi corriendo. Saqué la llave de la cerradura, y ante nuestro asombro la puerta cedió. Pasamos al otro lado justo a tiempo. Cerramos la puerta cuando un hombre apareció detrás nuestro. No le pudimos ver el rostro, solo pudimos divisar una cosa, un pequeño reflejo en su cara.

2. DEMASIADOS EXTRAÑOS ACONTECIMIENTOS.

Vimos que estábamos en otro cuarto, echamos a correr, con Alba sufriendo de su dolor de tobillo. Llegamos a una grande habitación. No había ninguna salida.

El cuarto parecía un despacho abandonado; había un viejo escritorio de madera, del cual visiblemente se habían apoderado algunos insectos, probablemente termitas. Había una vieja silla y un taburete. Se podía ver que la silla era nueva, una silla cromada de pie cantiléver. Le cedí a Alba la silla, mientras yo me senté en el taburete, con la cabeza de Tifón en mis rodillas. —No podemos volver atrás —comenté.

—Ya, pero tampoco podemos avanzar. —Pasamos por lo menos media hora en silencio absoluto. —Hora de volver —Anuncié. Alba no comentó nada y se puso en pie. Salimos del viejo despacho, y volvimos por donde habíamos venido.

No nos encontramos a nadie en todo el trayecto, y Tifón no había ni gruñido. Pronto llegamos a al agujero por donde hubimos caído. Le comenté a Alba que la única forma de salir sería escalando.

Alba subió la primera, tuvo muchas dificultades pero lo consiguió. Una vez arriba, me hizo una señal para indicarme que todo iba bien. Agarré a Tifón con mi zurda, mientras que con el brazo derecho empecé a subir. Tuve que hacer un esfuerzo tremendo, casi cayéndome en algunas partes. Cuando por fin llegué arriba, Alba me ayudó a subir a la superficie. La muñeca derecha me dolió horrores. Decidimos volver a casa de Alba, ya que estábamos cansados y doloridos.

De vuelta a la vivienda nos topamos con un alguien.

—Discúlpenme, ¿pero me podrían decir que hacen a estas horas por aquí. —Hablaba un policía, uno de los que había venido en el coche conmigo. No quería que nos reconociese. El policía iba con su traje, llevaba una agenda y un bolígrafo. Tenía un monóculo en un ojo y una gorra azul marina. —Estábamos buscando a nuestro gato. —Interrumpió Alba. —Ha salido por la ventana y nos ha dirigido hasta aquí. —Yo asentí. El policía nos miró de pies a cabeza. —Con que el gato, ¿eh?. Más os vale volver a vuestro hogar antes de que os lleve a la comisaría. —Asentimos y salimos de allí lo más rápido que pudimos.

—Por los pelos —Comenté. Pronto llegamos a nuestra parada. Saqué las llaves del bolsillo y se las tendí a Alba. Ella no las cogió. —¿No sabes abrir

puertas, amigo? —Yo mascullé algo e introduje la llave en la cerradura. Tifón se sentaba impaciente. Le hice una señal para que estuviese en silencio y entramos. Con cuidado, cerré la puerta a mis espaldas. Una vez en la habitación Alba sacó una moneda. —¿Cara o cruz? Me preguntó. —Cruz — Contesté. —Si ganas tu, eliges donde te cambias, si gano yo, elijo. —Tiró la moneda y esta cayó al suelo. —Cara —Dijo ella en voz alta. —Tu al baño y yo en la habitación. Cogí mi ropa de pijama y me metí en el baño con Tifón. Una vez hube terminado, le pedí permiso a Alba para salir. —Pues claro que puedes Santi, ya hace un rato. —Salí del cuarto de baño y me desplomé en el colchón. Alba me miró y también se tiró en su cama.

—Hasta mañana —Le dije. Alba me echó otra de sus miradas y cerró los ojos. Tifón se metió conmigo entre las sábanas y nos dormimos los dos.

Me levanté alrededor de las diez de la mañana, eché un rápido vistazo a la cama de Alba y pude distinguir que no estaba. Tifón tampoco estaba. La cama de Alba estaba perfectamente hecha.

Bajé por las escaleras y encontré la cocina. En ella encontré a Alba desayunando, a su padre leyendo el periódico, a su madre escuchando la radio y ví a Tifón ponerse de comida como nunca antes.

—Santiago, perdónanos por no haberle esperado, pero el hambre siempre puede. —El padre de Alba me sonrió. Me sacaron una taza y un plato, me sirvieron leche con galletas y un cacho de chocolate. Alba me sonrió y me comunicó que ya no tenía dolores en el tobillo.

Al cabo de cinco minutos, alguien llamó a la puerta. Los ascendientes de Alba se miraron y su padre se levantó a ver quién era. Abrieron la puerta y entró un policía al que reconocí enseguida. —Con una mirada asustada en los ojos, llamé la atención de Alba. Esta se volvió y pudo comprobar con sus propios ojos que aquel señor era con el que habíamos coincidido aquella misma noche.

Se limitó a saludarnos y pasó al salón, acompañado de los padres de Alba.

Nosotros dos terminamos de desayunar lo antes posible y cuando nos apresurábamos a subir al cuarto de Alba, nos llamaron. —¿Os importaría bajar un segundo, los dos? —Sin rechistar, hicimos caso.

Nos albergamos en el salón, posicionados en frente del policía del monóculo.

—Bueno chicos, ¿que os contáis? —Fingimos no saber nada. Alba miró a sus padres. Estos le devolvieron una mirada interrogativa. —¿No tenéis nada que decir? —Tifón empezaba a estremecerse.

—No sabemos de que habla. —Contesté.

—¿No sois los del gato?

—¿Qué gato?

—Ayer os vi en la calle, a los dos.

Los padres de Alba le interrumpieron. —Inspector, estos dos críos no salieron de aquí en ningún momento de la noche. —El policía intercambió unas palabras con el hermano del señor Benítez y nos miró de reojo. —Andad con cuidado si no queréis acabar como muchos otros. —Dicho esto, se encamino hacia la salida, cerrando la puerta a sus espaldas. Los padres de Alba se quedaron hablando en el salón, mientras nosotros subimos a a la habitación.

—Por poco. —Comenté. Alba suspiró. —¿Como sabrá que vivimos aquí? Yo negué con la cabeza. —No lo sé. —Alba propuso salir a dar una vuelta. Ella salió con su bici, y como la mía estaba en casa del señor Benítez, me monté detrás, con Tifón a nuestro lado. Alba nos condujo hasta la casa del señor Benítez, donde yo desmonté para coger mi bicicleta. Cogí las llaves y abrí la puerta. Entré solo. La bicicleta estaba en el rellano. Me apresuré a salir cuando oí algo. Muerto de curiosidad, dejé la bici y me adentré en la casa.

No estaba muy iluminada, pero se podía ver bien. Aquel sonido volvió, eran libros cayendo. Los ruidos me condujeron hasta el segundo piso, iba lo más despacio que podía. Pude escuchar el timbre de la bicicleta de Alba. Quería que volviese. Todas las puertas estaban abiertas menos la del estudio del señor Benítez. Me acerqué y lentamente abrí la puerta. Pude divisar la forma de una persona menuda. De repente, la puerta chirrió y el cuerpo se volvió hacia mí. Me miró durante medio segundo y me lanzó un bolígrafo, que me dió en pleno ojo. Presa del pánico, cerré la puerta de un portazo y salí corriendo de allí, tambaleándome al no ver bien. Alba se sorprendió al verme salir tan deprisa. Me monté en la bicicleta y salí de allí. Alba y Tifón corrieron detrás de mí.

Frené al llegar hasta la iglesia. Me bajé y me senté en un bordillo. Alba aparcó su bici y se sentó a mi lado. —Más te vale explicarme todo esto.

Le conté lo que había visto en pocas palabras, cada vez más tranquilo.

Le enseñé el boli que me había herido el ojo. Pudimos divisar unas iniciales, con la letra N en medio, el problema era que las otras dos letras habían sido borradas. —Igual es un tal Navarro o algo así. —Dijé. No se nos ocurrió ningún otro apellido con la N. —Deberíamos volver a tratarte el ojo. —Me aconsejó Alba. Todavía no me lo había visto. Tuvimos suerte y

llegamos cuando los padres de Alba estaban cocinando algo para comer. Les saludamos y subimos las escaleras hasta el pequeño aseo.

Me miré y no pude dar crédito a mis ojos. La verdad es que tenía un buen bollo. Alba sacó una crema del armario y me dijo que me la diera, que era para bajar la inflamación. Tifón se sentó a mi lado mientras yo me esparcí la crema. Cuando hube terminado, salimos fuera a jugar a la petanca, un juego que a Alba no le terminó de convencer.

Bajamos a comer, había espaguetis y albóndigas. Los padres de Alba se fueron a trabajar, dejándonos la comida hecha. —Tu tío no ha aparecido. — Le comenté, más para mis adentro. —Ya lo sé. —Estuvimos el resto de la comida en silencio. Cuando terminamos, Alba se subió arriba sin recoger o decir nada. Creí que se había enfadado por haber mencionado al señor Benítez. Le recogí el plato y se lo fregué, con el mío. Supuse que se habría cabreado, por lo tanto me senté en un sillón que había en el salón y me empecé a leer un libro sobre misterio. Estuve lo menos media hora, y como me aburrí, dejé el libro y llamé a Alba. No tuvo respuesta. Supuse que seguiría enfadada, por lo tanto decidí ponerme la televisión. Había dos canales emitiéndose. Uno era sobre un

documental, mientras que en el otro estaban echando *Heidi*. Opté por la última opción. Echaron dos episodios, de los cuales solo vi uno. Como Alba no bajaba, empecé a preocuparme y la volví a llamarla a grito pelado. Ninguna respuesta. Fui a buscar a Tifón, que se había quedado plácidamente dormido en la cocina. Si algo hubiera pasado, se habría despertado y me habría avisado. Intenté despertarle, pero no hubo forma. Hasta le coloqué comida por delante. De repente me vino un horrible pensamiento. ¿Se habría muerto? Lo comprobé posando mi cabeza contra el sitio donde se situaba su corazón. En efecto, seguía palpitando, pero muy suave y cortamente.

Alba volvió a mi cabeza. Acaricié suavemente a Tifón y subí las escaleras. La puerta a su cuarto estaba cerrada. Me armé de valor y di dos golpes con los nudillos. Nadie me respondió.

Suspiré y entré.

3. EL ANÉCDOTA.

La habitación estaba hecha un desastre, como si alguien hubiese tenido una pelea. Alba no estaba. La ventana abierta. Inmediatamente supe que se trataba de un secuestro. El pensamiento me paralizó. ¿Tifón estaría drogado? ¿Por eso no me había avisado?

Investigué un poco y encontré el teléfono de mesilla de Alba. No pude detenerme. No me gustó la idea de ser un cotilla pero merecía la pena. El teléfono no estaba apagado, la última conexión había sido hace tan solo media hora. Sorprendentemente en la pantalla se podían distinguir tres números; 505. No sabía que quería decir, pero si sabía que Alba me quería comunicar algo.

Debido al miedo que sentí, no quise llamar a sus padres. Cerré la ventana con candado y bajé a la cocina. Encontré a Tifón con los ojos abiertos, sentado. Supuse que la droga estaría dejando de hacer efecto. Cogí a Tifón con los dos brazos y salimos al exterior. Corría una suave brisa que supuse que le vendría bien. Andamos despacio hacía un parque, donde Tifón empezó a moverse más mientras yo me senté en un banco y hundí mi cabeza en las manos. De reojo, divisé al policía antipático merodear por allí.

Empezé a sollozar. Tifón se acercó y posó su cabeza en mis piernas. Pronto se acercó un anciano. Se sentó en el mismo banco que yo, y me miró. —¿Que te pasa chaval? —Le dije que estaba en aprietos. Le expliqué lo que me había pasado. —Ya veo, ¿me dejas el teléfono de tu amiga? —Se lo tendí. El señor lo encendió y me miró. —Amigo, ese 5 representa una S. Si eres listo sabrás que el cero es una o. —Lo miré intrigado. En efecto, el anciano había dado en el clavo. —Gracias.

—Hijo, yo que tu daba la vuelta e iba a la comisaría. Le hice caso, y con Tifón a mis talones me dirigí rumbo la comisaría. Vacilé antes de entrar. Al final, me adentré. En un mostrador estaba un policía. Me recibió con una cálida sonrisa.

—¿Necesita algo jovenzuelo? —Me apresuré a devolver la sonrisa.

Me acerqué al mostrador y le conté en pocas palabras lo que sabía.

El joven policía asintió con la cabeza y me dijo que esperase sentado a que volviera. Le dí las gracias y me senté en una de las sillas. Empecé a acariciar a Tifón cuando noté que le había descolocado el collar. Se lo volví a abrochar cuando descubrí un pequeño papel.

Esto es un aviso: Cuando leas esto, ya será bastante tarde. Si quieres volver a ver a tu amiga con vida, no vayas a la policía. Te estamos vigilando. Hoy a las 22:00

en C/Mayor de San Vicente.

No podía creer lo que acababa de leer. Salí de la comisaría y corrí hacia la casa del señor Benítez. Tifón me seguía. No podía volver a casa de Alba. Tampoco podía contar con la policía.

Casualmente, el policía que tan mal nos caía me encuentro sentado en el rellano. —¿Con que nos volvemos a ver? —Yo no respondí. —Escaparse de una estación de policía y mentir a los empleados no es lo mejor del mundo. —Con que se había enterado. Yo no dí explicaciones.

El policía se dió media vuelta y se largó. Con esperanzas de encontrarme al anciano, me volví al parque. En efecto, seguía sentado sobre aquel banco. Me vio venir. —¿Fuiste a la comisaría? —Yo negué rotundamente. Le conté sobre lo de la nota en el collar de Tifón. El buen hombre me escuchaba sin interrumpir. —Bien, no me cuentes más. Hoy a las ocho hay un concierto en la plaza, donde podremos hablar sin que nadie nos oiga.

...

Aquel chaval que conocí en el parque parecía buen chico. Estaba seguro de que me había contado todo. Me aproximaba a mi casa, pensando en la charla que habíamos tenido. De repente noté algo a mis espaldas. Era demasiado tarde.

...

Consulté mi reloj. Las ocho y media. El anciano del parque no venía. Decidí buscarle hasta que me agoté. Entré en un pequeño bar y me senté. A nadie le pareció molestar la presencia de Tifón.

Pedí un vaso de leche con col. —cao. Por mi actitud, le daría pena al camarero, y cuando fui a pagar, este me dijo que era un regalo de la casa. Le di las gracias y me alejé de la plaza. Iban a ser las nueve y media. Desde la plaza, me desplazé hacia la calle mayor de San Vicente.

A estas horas de la noche, la calle estaba oscura y vacía. Me tranquilizaba el hecho de estar con Tifón.

De pronto, vi como un coche se acercaba. Era un Ford Falcon Futura rojo.

Se detuvo un poco antes de donde estaba yo sentado. De sus puertas bajaron tres hombres. Los tres llevaban una máscara, por lo tanto no pude ver sus rostros. Había un cuarto hombre, dentro del coche. Todos tenían revolver negro con manchas azules. —¿Santiago Miller? —Hacía ya mucho tiempo que nadie me llamaba por mi verdadero apellido. Me levanté de donde estaba sentado, sujetando a Tifón por el collar. El primer hombre tendió la mano. — Las llaves de Ramón por la chica.

Hurgué en mis bolsillos. En efecto, ahí las tenía. —¿Donde esta Alba? —Me limité a preguntar. Del coche salio el cuarto hombre. No podía creerlo. Ahí estaba Alba. Llevaba puesta un pañuelo en la boca. Tenía las manos atadas. El primer hombre me volvió a pedir las llaves. Vi que Alba negaba con la cabeza. Le tendí las llaves. Ellos soltaron a Alba. Le quitaron la cuerda que rodeaba sus manos y el pañuelo que no la permitía hablar. Se metieron en el coche y salieron de allí, dejando una gran humareda. Tifón saludó a Alba energicamente, mientras yo le dí un cálido abrazo de bienvenida. Ella solo me dijo una cosa. —Santi, no deberías de haber hecho lo que acabas de hacer.

Como no les hube contado nada a sus padres, no sospecharon nada al vernos entrar.

Alba me condujo hacia su habitación, donde se apoderó de un cacho de papel y un bolígrafo.

Me han colocado un micrófono en la oreja. No puedo hablar del tema. Le cogí el bolígrafo de la mano y a continuación escribí lo siguiente;

"¿Te lo puedo quitar?" Ella negó con la cabeza. "Si lo haces, me han amenazado con acabar contigo." Yo la miré horrorizado. —Eso no va a pasar —Dijé. Extendí una mano hacia su oreja, y sin decir nada le quité el micrófono, pisándolo hasta hacerlo pedazos.

—A mi no me va a coger nadie. Y a ti tampoco.

Aquella noche, antes de acostarnos, cerré la puerta de la habitación de Alba con llave, bajé la persiana de su ventana y la cerré, también bajo llave. Una vez seguros volvimos con el tema.

—A la hora de comer me cabré contigo por haber mencionado a mi tío. Subí a mi cuarto y cerré la puerta. Estuve diez minutos tumbada en el suelo, mirando al vacío cuando oí algo.

La ventana se abrió de golpe y vi como dos hombres entraban en mi habitación. Intente forcejear, tirando libros y todo lo que tenía al alcance, pero eran más fuertes y pudieron conmigo.

—¿Que pasó después? —Pregunté. —No me acuerdo de nada más, y no se porqué. —Asentí. —Ala Alba, vete a dormir.

—¿Por qué?

—Porque ya va siendo hora.

—¿Y tu? —Fui hasta el armario y de el saque tres envases de coc. —cola.

—Yo a montar guardia. Con esto no me quedaré dormido. —Por diezmillonésima vez, Alba me volvió a mirar de esa forma tan particular.

Estuve toda la noche montando guardia. Casi no podía ni con mi alma. Alrededor de las cinco de la mañana ya me acabé todas mis latas de coc. —cola. No sabía como iba a sobrevivir despierto sin ellas. Pensé en bajar a la cocina a ver si pillaba algo pero no iba a dejar la habitación por nada del mundo. Se me ocurrió despertar a Tifón, que se había quedado dormido.

—Oye Tifón, voy a bajar a coger algo. Estaré arriba enseguida. Cualquier cosa, ladras. —No sabía si me había entendido, pero seguro que su instinto de perro guardián le ayudaría. Bajé las escaleras en silencio. La casa estaba pacífica.

Ya en la cocina, investigué la nevera, donde,

desgraciadamente no encontré nada. Se me ocurrió una idea. Fui hacia la cafetera, que estaba cargada y puse una taza debajo. Añadí agua y giré una pequeña manivela. Instantáneamente, me salió mi café con cafeína. Supe que la cafeína no era buena para los niños, pero me ayudaría a quedarme despierto durante un par de horas. Con sumo cuidado, subí las escaleras con mi taza en la mano. Al subir a la habitación, todo iba normalmente. Le dí las gracias a Tifón acariciándole.

Una hora transcurrió. Montar guardia era aburridor, especialmente cuando no sabes como entretenerte. Ya que Alba estaba dormida, no podía contenerme a ver que tenía en la habitación. No vi nada especial, así que me senté en la silla de su escritorio. Sin darme cuenta, me topé de cara con un Apple II.

—Anda la... —El Apple II había salido aquel mismo año al mercado, el cinco de junio. Quería encenderlo, quería tocarlo, pero era muy caro y no quería estropearlo. ¿Cómo se habían hecho con esa computadora? Quise despertar a Alba, pero seguro que había tenido un día muy duro y además, era muy temprano. Al final no pude aguantar la tentación de darle al botón de encendido. Tardo unos cuantos segundos, pero al final funciono. Investigando, encontré un juego llamado *Drol*. Era bastante entretenido. Estuve tomándome el café a la vez que jugaba. Cuando apagué la computadora eran alrededor de las siete de la mañana.

Vi como Alba se iba despertando. Al final, abrió los ojos por completo. — Santi, ¿En serio llevas toda la noche despierto? Yo afirmé con la cabeza. — Aunque sean un par de horas, duérmete y yo me quedaré despierta con Tifón. Al principio no quise hacer ese trato, pero el sueño me venció. Tuve un sueño horrible. Soñé que el amable anciano había muerto debido a un fuerte golpe en la cabeza. No podía ver quien se lo había dado, pero distinguí aquella N. Le vi cayendo en medio de la calle mayor de San Vicente...

Me desperté alrededor de las diez. Vi seis cabezas inclinadas sobre mi rostro. Entre ellas la de Alba, las de sus padres y la de Tifón. Había dos caras desconocidas. Abrí los ojos del todo y olí aquel aire típico de hospital. Me incorporé y en efecto, estaba en una camilla. —¿Ya despiertas eh? —Una de las caras desconocidas que me hablaba era la de un doctor. La otra, de una enfermera. —Una crisis de pánico, o ataque de ansiedad.

—¿Qué me ha pasado? —Pregunté a Alba.

—Pues... estabas gritando y moviéndote mientras dormías. Incluso chillabas. Subieron mis padres y tratamos de despertarte, y como no lo hacías llamamos al hospital. —Mi sueño me volvió a la cabeza. —Un amable anciano está en peligro...

—Santiago, ¿se puede saber de que hablas? —Está vez hablaban los padres de Alba. Miré al doctor con ansiedad. —Pasarme el periódico... —Alba me lo tendió. Pasé las páginas rápidamente. Encontré la que buscaba. —No, no puede ser..., esto era solo un sueño...

Casi me desmayo. —Alba, lee el artículo por favor. —Le pedí.

ANCIANO HAYADO MUERTO CON DIVERSOS GOLPES

"Un anciano ha sido hallado muerto esta misma madrugada por el jefeinspector de policía José Manuel Sánchez en la calle mayor de san Vicente. El anciano, aparentemente de 82 años presenta múltiples golpes en la cabeza, posiblemente de alguna herramienta o arma (desconocida). El anciano solía responder al nombre de Federico Trastenmer, a sus veinte y treinta años participó en la banda criminal Z.K.R, dimitiendo después y consiguiendo el trabajo de policía en Frías, Burgos. No se han encontrado familiares. En caso de leer este artículo y serlo, llamen al 863 000 973."

Suspiré, dolido. —Yo conocí a ese hombre el otro día. Me aviso de denunciar la desaparición de... —Me mordí la Lengua. No podía hablar del tema. —He soñado que le mataban en esa precisa calle... la N estaba allí... —El doctor salio de la habitación. —Señor Benítez, señora Salvaret, ¿podrían salir un momento? —Alba salió con ellos, no antes de guiñarme un ojo, señal de que la cosa iría bien. Tifón se quedó conmigo. Lamentablemente, no pude

escuchar nada, ya que hablaban en susurro y que la puerta estaba cerrada. Al entrar de nuevo, nadie sonreía, y mucho menos Alba. El doctor y la enfermera se retiraron, dejándonos solos a cinco, contando con Tifón. El padre de Ala puso una mano en mi pierna. —Mire Santiago, el doctor nos ha dicho que le van a ingresar. —Me quedé sin habla. —Como ha sido la primera vez que le ocurre le van a hacer unas pruebas después. Si dan buen resultado, le recogeremos mañana.

—¿Y si no?

—Pues... depende de lo que tengas... estarás aquí más o menos tiempo... — No podía oír más. —Santiago, tómate esto cariño. — Me dijo la señora Salvaret, tendiéndome lo que parecía un simple vaso de agua. Yo dudé y miré a Alba antes de tomármelo. —Es por tu bien. —Me lo tomé en silencio. No pasó ni un minuto. No pude mantenerme despierto. Cerré los ojos.

Yo y mis padres esperamos en una sala de espera. Le estaban haciendo a mi mejor amigo Santi una serie de pruebas para saber que es lo que le había pasado.

Santi, en verdad es descendiente de un señor inglés llamado James Miller, y su mujer Annie Rivers. Aunque a él no le guste recordarlo, sus padres le querían mucho. Al parecer, en un viaje que hizo mi tío a Inglaterra, conoció a esta amable pareja, que tenían dos hijos; Santiago y Rick Miller Rivers. Según le contaron a mi tío, no podían cuidar a esos dos niños, debido a problemas del trabajo, debido a que viajaban mucho y sus hijos no podrían tener una vida normal, cambiándose de colegio todo el rato y cosas así... Por lo tanto le pidieron a mi tío que se los llevara de vuelta a España para poder tener una mejor vida. Santi le sacaba a Rick un mes y medio.

Mi tío accedió y se los trajo a los dos consigo, con dos años que tenían. Santi y Rick solían pasarlo muy bien juntos, hasta que un día Rick desapareció sin dejar rastro. Mi tío había salido de casa a comer con unos amigos. Los dos niños ya tenían alrededor de siete años, y estaban muy bien educados por lo tanto les creía capaces de quedarse solos un par de horas.

Cuando volvió, Rick había desaparecido, y encontró a Santiago jugando con sus juguetes, como si nada hubiera pasado. Mi mejor amigo dijo no saber

nada y nunca dijo nada. Desde entonces, mi tío y Santi no se llevaron del todo bien, e intentaban mantenerse el uno alejado del otro. Mi tío perdió contacto con la familia inglesa, por lo tanto no pudo llevarles a Santi. Incluso se planteó ir el mismo a Inglaterra, pero cuando llegó a lo que antes había sido la casa de Los Miller, ahora era la casa de los Ferguson, otra familia que se había hecho con la propiedad.

Me desperté alrededor de las doce de la mañana. Llevaban haciéndome pruebas durante casi cuatro horas. —Ya iba siendo hora muchacho. —El doctor me sonrió. Yo estaba solo en una sala llena de médicos tomando notas. Seguía estando en una camilla.

Me condujeron hasta una sala donde se albergaban Alba y sus padres. No tenían muy buena cara. Alba se acercó y me dió un abrazo fuerte. —¿Qué te pasa? —Le pregunté. Ella negó con la cabeza. Fue muy raro. Nadie me había abrazado nunca, que yo recuerde, y menos una chica. —¿Que tal me han ido las pruebas? —Nadie respondió. El doctor con el que había estado horas antes se sentó. —Pues verás, puede que haya una enfermedad que está empezando a desarrollarse en tu cuerpo. —Alba miró para otro lado. —Pero... —Continuó el doctor. —Puedes irte a casa. No es seguro que esta enfermedad se esté desarrollando, ya que es bastante difícil. Eso sí, si tienes más síntomas debes venir corriendo sin dudar. —Nos despedimos del doctor y salimos hacia la calle. Habíamos venido en coche. No dijimos nada durante el trayecto. —Papá — Dijo Alba. —¿Te importa dejarnos a Santi y a mi en frente de la tienda de ropa? —El padre de Alba miró a la señora Salvaret, y esta afirmó con la cabeza. Nos dejó en frente de lo que parecía una antigua galería de ropa. Entramos dentro, y en cuanto el coche de los Benítez Salvaret se perdió de vista, salimos fuera. Nos trasladamos hasta un pequeño parque, donde me senté en un banco. Alba se sentó a mi lado y empezó a anotar cosas en un cuaderno.

—¿Qué escribes?

—Nada especial.

—Bueno, pero al menos dame una pista.

—Estoy anotando todas las cosas sospechosas que están pasando. Desde que

desapareció mi tío hasta... Bueno pues hasta esta mañana. —La miré de pies a cabezas. —¿Hasta mi ataque de ansiedad, verdad? —No obtuve respuesta. Transcurrimos más de media hora en silencio. De repente, noté un mareo y cansancio tentador; mis ojos se iban cerrando pero estaba demasiado cansado para evitarlo. Empecé a balbucear cosas sin sentido. Pronto no pude oír, solo percibía un ruido molesto y sonoro en mi oreja... Sentí agua fría chorreándome en la cara. Abrí los ojos de golpe. Encontré a Alba vaciando una botella de agua sobre mi rostro. Me incorporé. —¿Se puede saber que haces? —Le espeté. —Pues, no se, igual estoy evitando que te desmayes. —La miré y volví a gritar. —¿Que pasa, ahora uno no se puede dormir en un banco? —No me sentí culpable al comprobar que Alba empezaba a llorar.. — ¡Dame algo para secarme! —Dije, arrebatándola unos cleanex de las manos. Ella me miró y salió corriendo. Me sentí culpable al instante. Ni yo mismo sabía el por qué de mi comportamiento. ¿Sería verdad que una enfermedad se estaba apoderando de mi cuerpo? “No”, pensé. “No seas tonto Santiago”, me dije a mi mismo. Di unas cuantas vueltas por Frías, imaginándome a aquel pobre anciano. Repentinamente, una hipótesis me vino a la cabeza. Salí corriendo en busca de Alba.

Entré en su casa y subí las escaleras, sus padres no estaban. Como era de esperar, su puerta estaba cerrada. Llamé, y aunque no obtuve respuesta alguna, entré. Me encontré a Alba escribiendo algo en un cuaderno. Tenía los ojos rojos de haber estado llorando.

Me senté en su cama, al lado suyo. —Lo siento. —Ella negó con la cabeza. —No ha sido tu culpa.

—¿Se lo has contado a tus padres?

—No.

—¿A alguien?

—Sí. Al doctor. Y me ha dicho que no ha sido culpa tuya. — Seguía sintiéndome culpable. —Yo... De verdad que lo siento... —Ella me miró y me dio un cálido y acogedor abrazo. Eso significaba que estábamos en paz y que volvíamos a ser amigos. Todo me parecía fácil. De todas formas, no acababa de comprender eso de que no era culpa mía. —Alba, eso de que no

es culpa mía, ¿es que son síntomas de la

enfermedad? —No me respondió. En la cocina se oyó un ladrido. —Me da a mi que tu perro tiene hambre. —Me dijo. 3. DEAN

El sol se deslizaba lentamente. Alba, yo y Tifón estábamos sentados en el muro del puente de Frías. Esta vez no habían bajado las temperaturas por la noche, aunque no fallamos al traer una sudadera. Miré a Alba. Ella advirtió mi mirada y también me miró. No me había fijado mucho antes, Alba tenía los ojos de color turquesa. —¿Llevas lentillas? —Le pregunté. —No. ¿Te gustan mis ojos? —Yo me sonrojé, y me puse de tal color que estaba seguro que ella también lo había notado, lo sabía porque soltó una pequeña carcajada. Se acercó cautelosamente a mi rostro y me dio un beso, rozando sus labios suavemente en mi mejilla. Esto solo pudo hacer que me sonrojase aun más. Tifón nos miraba como si entendiese todo. Parecía que estaba viendo una película. Oímos el sonido de alguien acercándose. Al principio solo divisamos una moto. Era un chico rubio, de normal estatura y con ojos azules. Tenía el pelo corto, por la parte del centro un poco más largo, con los pelos de punta ladeados levemente hacia la derecha.

—Pardon, ¿Donde está l'église de San Vicente? —Se notaba que era francés. —Lo siento, pero ahora está cerrada. Abre mañana a las nueve, que hay misa. —El francés pareció entender. Se puso en frente mío y me tendió la mano. —Soy Dean. —Se la dí. —Yo Santiago. —Instantáneamente se puso frente a Alba. Esta se levanto y se dieron dos besos. —Soy de Alisace, Francais. —Dean se sentó al lado de Alba. Parecía tener un año más que nosotros. Y montaba en moto. —¿Cuantos años tienes? —El se limitó a responder una chorrada. —Uno más que el año pasado.

—¿Y montas en moto?

—Sí.

—¿Tienes carnet?

—No, pero en los pueblos pequeñitos como este no te pillan. Alba miró su moto.

—Es bonita. —Se limitó a decir.

—Gracias.

—¿Donde te albergas?

—En una llamada casa rural. —Silencio sepulcral. —Se está haciendo tarde. —Le dije a Alba. —Deberíamos volver. —Ella asintió pero no hizo ademán de levantarse. Yo tenía sueño pero no me iba a ir sin Alba. Dean se adelantó. —Querido amigo Santiago, si quieres vete a descansar y yo acercaré a tu amiga a su casa. —Dudé, pero al final opté por quedarme. Me bastó mirar al chico para decidirme. Dean y Alba empezaron a hablar de motos. Yo empecé a cansarme demasiado y no pude evitar quedarme medio dormido. —Amigo Santi, os llevo a vuestra casa si lo deseáis. —Dijo el francés, incorporándose. Se montó en la moto y nos hizo un gesto para que nos montásemos detrás. Alba no lo dudó, pero yo sí.

—Alba, este tío no tiene ni carnet.

—Ya, pero nos podemos fiar. Solo será esta vez.

—Alba por favor, sabes lo peligroso que es ir en moto cuando el piloto no sabe ni conducir. —Ella no me hizo ni puñetero caso. Al final, yo me fui con Tifón y Alba con Dean. Solo entonces, en aquel paseo, me di cuenta de que no le había contado a Alba mi hipótesis.

Al llegar a casa de Alba, antes de abrir, vi la motocicleta de Dean aparcada fuera. Entré en la casa. Los padres de Alba seguían fuera, no tardarían en llegar. Al pasar por delante de la cocina me paré en seco. Estaban cenando sin mí. Dean estaba sentado en MI sitio. Sé que suena mal, pero una puncada de celos me golpeó. De todas las sillas vacías, en la mía. Los dos se estaban riendo juntos. No se dieron cuenta de mi presencia hasta que dejé caer las llaves a la mesa. Yo no dije nada, y ellos, tampoco. Tifón sentiría mi enfado, porque ladró. Un ladrido muy fuerte y profundo. Iba dirigido a Dean.

—Voy a sacar a Tifón a pasear. —Alba se levantó. —Santi, espera, no lo malinterpretes... —No hice caso y salí apresuradamente por la puerta.

Lo que hice fue ir al bar. Tenían la televisión puesta. Estaban televisando el Liverpool. —Manchester United. Casi nunca televisaban partidos, y menos, extranjeros. El dueño del bar conocía al señor Benítez, por lo que me dejó entrar. Me sirvió una tortilla de patata. Saqué la cartera para pagar, pero el dueño se acercó al camarero y le susurró algo al oído. —Invita la casa. — Dijo este. Ultimamente tenía suerte con los bares. Transcurrió una hora y cuarto, hasta que acabó el partido y decidí volverme. Por suerte, cuando llegué a casa de Alba, no estaba la moto, pero sí estaba el coche de sus padres. Como había dejado las llaves en el suelo, llamé al timbre. Escuché pasos y vi como se abría la puerta. Me abrió el padre de Alba. Parecía malhumorado. —Entre Santiago, que quiero hablar con usted. —Se oyeron fuertes voces en el piso de arriba, entre ellas las de la señora Salvaret y la de Alba. Su padre me condujo hasta el comedor, donde me indicó que me sentara en una butaca.

Yo accedí a sentarme. El tomó la palabra. —¿Que le ha pasado a mi Alba? — Yo no respondí. No tenía ni idea a que se refería.

—No he estado en casa. No tengo ni idea de que me está contando. —El me miró con seriedad. Alba tiene una cicatriz en la nuca. No la tenía esta mañana. —Me vino Dean a la cabeza. Aquel bestia, seguro que le había hecho algo. Me preguntó una serie de preguntas relacionadas con el tema, aunque no comenté nada sobre Dean. Al cabo de diez minutos bajó la señora Salvaret. Se quedaron solos hablando. Yo, junto a Tifón subí arriba. Esta vez ni llamé, entré sin más. Alba estaba en el aseo, echándose algo en la nuca. — Voy a cambiarme, no abras. —Le dije, cerrando la puerta del aseo detrás de mi. Me puse una camiseta de manga corta azul con unos pantalones cortos negros para el pijama. Alba tampoco pidió permiso para abrir. Abrió la puerta del aseo y me miró.

—Santi... Yo lo siento... —No sabía que decirle. Aquella mañana ella me había perdonado por mi comportamiento, cierto, pero... Directamente no contesté a su pregunta. —Enseñame la herida. —Ella tardó en reaccionar. Se apartó el pelo de la nuca. Se podía divisar hasta de lejos. Me acerqué más. Era una herida bastante profunda, aunque había cicatrizado correctamente. La rozé con la punta de los dedos. Estaba fría. Era bastante reciente. —¿Dean, verdad?

—Fue un accidente...

—¿Con la moto, supongo?

—No.

—¿Entonces como?

—Pues mientras cenábamos...

—Sin mí. —Interrumpí.

—Dean se levantó a coger un cuchillo. Al pasar por detrás mío, al ser un hueco pequeño, me lo arrimó demasiado y...

—¿Tu lo consideras accidente?

—Si. —La miré, estupefacto. Igual tenía razón. —Santi, ¿has mencionado a Dean a mi padre.

—No.

—Gracias.

Nos acostamos alrededor de las once y media. Yo no había cenado pero tampoco me importaba. Me acordé de mi hipótesis, a la que ahora había sumado unos cuantos datos.

—¿Alba? —Se había dormido.

Me desperté a las cinco de la mañana. Seguía en el cuarto de Alba. Yo estaba sudando. Y tenía miedo. No se de que, pero tenía miedo. No recordaba haber tenido ninguna pesadilla.

—¿Santi? —Me levanté y miré a Alba. —Llevas un rato respirando mal. Quería despertarte pero... No te despertabas. Yo le quise decir que estaba bien pero no me salieron las palabras de la boca. —¿Santi, estás bien? —No podía hablar. Solo podía balbucear. Cogí una hoja que había en la mesa y escribí lo siguiente: No puedo hablar bien. Ya lo estarás notando. Ella me miró

incrédula. —Voy a despertar a mis padres. — Negué con la cabeza. —No resistas Santi. Vamos a ir al médico para que te pongas bien. Se levantó, despertando a Tifón a su paso.

Unos minutos después de marcharse de la habitación, entraron sus padres. Su padre estaba abrochándose los botones de la camisa. —Santiago, le voy a llevar al Dr. Martín. —Suponía que ese sería el nombre del doctor. —Alba y su madre se quedarán aquí, con el perro. Vístete y nos avisas. La madre de Alba bajó al Salón con su padre. Le hice una seña para que se diese la vuelta mientras me cambiaba. Cuando terminé de cambiarme, bajé con Alba las escaleras.

—Papá, Santi te está esperando. —El hermano del señor Benítez se levantó y puso una mano sobre mi hombro. —Papá, ¿de verdad que no me dejas ir? —Hija, acuéstate. —Alba no discutió. Me dirigió una mirada de tranquilidad y subió las escaleras. A Tifón lo sujetó la señora Salvaret, debido a que este quería venir conmigo.

Me monté delante, la familia de Alba tenía dos vehículos; una furgoneta y un coche. Nos montamos en la furgoneta.

—Abróchate el cinturón. —Me dijo. —Si señor —El padre de Alba se rió. —No me llames señor que me haces parecer más viejo. Llámame Iñaki. Sonreí. No tardamos nada en llegar. El Dr. Martín ya nos estaba esperando. —Ay Santiago. —Me condujo a una sala en la que ya había estado. Me sentaron en una camilla y me tomaron el pulso. Iñaki le explicó al doctor lo que me había pasado. Llamaron a más médicos y pronto me encontré rodeado. Me habían pinchado varias veces y me habían conectado algunos aparatos. Al cabo de cuarenta y dos minutos contados, me llevaron al despacho del Dr. Martín. Iñaki y yo nos sentamos. —Bien... —Comenzó el doctor.

—Santiago, tienes una enfermedad que se está aprovechando de ti. Es muy raro en tu edad. Tienes Esquizofrenia. —Yo sabía que enfermedad era esa. Y también sabía que era muy difícil curarla. El Doctor suspiró. —Vamos a tener que ingresarte. Hoy mismo. —Iñaki suspiró, y yo también suspiré.

Dos horas después me encontraba en una habitación solo para mí. Yo estaba tumbado en una camilla. A mi derecha tenía una mesilla de noche, y en una

esquina de la habitación había un armario, mientras que en la otra esquina había tres sillas de madera. Ya estaba amaneciendo, eran las nueve de la mañana. Tenía hambre. Tenía un pequeño botón en la mesilla de noche. Lo pulsé. No pasó ni un minuto cuando una enfermera entró en la habitación. — ¿Necesitas algo cariño? — Le dije que tenía hambre mediante signos. —Ay, mi niño, claro que tienes hambre. —Bajó a por mi desayuno. Cuando subió, me trajo una bandeja que contenía un vaso de leche con colacao y unas galletas integrales. Por suerte, tenía una televisión en mi habitación. Terminé de desayunar alrededor de las diez de la mañana, que fue cuando subió la enfermera.

—Cariño, tienes visita. —Abrió la puerta y vi a Alba. Me dio un fuerte abrazo. —Lo siento... Por lo de tu enfermedad. —Intenté decirle que no se preocupara, que no me pasaría nada, pero las frases me salieron a medias. Ella se dio cuenta rápidamente. —Tifón te ha echado mucho de menos. Me ha estado dando la vara toda la noche. —Sonreí. —De paso, Tifón te está esperando abajo. —Alba me ayudó a incorporarme. Nunca me había costado tanto levantarme. Una vez de pie pude andar con normalidad. Bajamos por el ascensor. Pedimos permiso al doctor para salir afuera. —Bien Santi, puedes salir, pero no te pases con el tiempo. —Pasamos por la cafetería, donde vimos a los padres de Alba hablando tranquilamente. Nos saludaron. Le quitaron la correa a Tifón. Estaba muy orgulloso de verme. Dimos una pequeña vuelta por las afueras de Frías, que no estaban muy lejos del hospital. Noté que Alba estaba rara. Intenté llamarla. No conseguí pronunciar bien su nombre pero conseguí que me mirase. —¿Qué...e sa? —Intenté preguntarle que le pasaba. Pareció captar el mensaje. —Mira Santi... No te lo he querido decir pero... —Le costó un poco. —Dean me ha invitado a comer a un restaurante. —Me paré en seco. —Le he contado a mis padres que me habían invitado unos amigos de la escuela. Y ha colado. —Seguí andando, aunque empezaba a tambalearme. Alba me cogió de la mano. —¿Quieres darte la vuelta? Pareces cansado. —Yo asentí con la cabeza. Esta vez Tifón tomó la delantera.

Al llegar al hospital, me comunicaron una buena noticia. Podría quedarme a Tifón en el hospital. Era una excepción. Suponí que sería para que me alegrase. Sonreí tranquilo.

Pasaron un par de semanas y ya podía hablar con normalidad, pero sufría muchos desmayos. Seguía sin haber noticias del señor Benítez. Aparecía en todos los periódicos de España. Al principio, los Benítez Salvaret pasaban casi todo el día conmigo y venían siempre. Ahora, solo venían cada dos días, y estaban una escasa hora en el hospital. Al menos tenía a Tifón. Un día vino el Padre Aloisio a verme.

—Buenos días Santiago.

—Hola Padre.

—¿Que tal vas?

—Bien... Aunque me niego a tomarme algunos medicamentos que me dan.

—Ya veo. Me acuerdo cuando tenías nueve añitos, que tomaste la comunión en mi iglesia. Y también recuerdo el día en el que os conocí a ti y a tu hermano. —El cura sonrió. Yo no pude evitar sonreír al acordarme de Rick. El amable señor se levantó. —Bueno, me vuelvo que tengo que dar la misa de las doce. —Me dió la mano y se fue. El Padre era una buena persona. —Espera. —Dijo, entrando de nuevo en la habitación.

—*Catch*. —Me lanzó un colgante con una pequeña cruz en el medio. —Para que te acuerdes de que Dios está contigo siempre. —Dicho esto salió de la habitación. Después de irse el padre Aloisio Tifón empezó a gruñir. Alguien llamo a la puerta. Di permiso. Entraron Alba y... ¡Dean. —Hola amigo Santi. —Yo no sonreí. —¿Que tal vas con tu enfermedad? —Tifón notó mi enfurecimiento, por lo que ladró. —Furioso perro, amigo Santi, yo no me acercaría. —Tifón se subió encima mío y se sentó. —Dean, ¿podrías ir a por un refresco a la cafetería? —Una vez que Dean su hubo ido, Tifón saludó a Alba. —Alba, ¿que nos está pasando? —Ella me miró.

—¿Qué quieres decir?

—Ya no venís a verme casi nunca, se que suena infantil pero tus padres llevan semanas sin subir a verme y tu ya no me hablas. Como si os hubieseis olvidado de mi. —A ella se le escapó una lágrima. —Lo siento, no quería ser tan directo. — Dije, sintiéndome culpable.

—No, tranquilo. Tienes toda la razón.

—¿Hay algún motivo? —Ella no me respondió. Me acordé de mi hipótesis.
—Escucha bien Alba. —Ella me volvió a mirar. —El anciano ese, había quedado con el en la plaza y no se presentó. Lo encontraron muerto a la mañana siguiente. Me iría a contar algo que alguien no quería que yo supiera. Por eso lo mataron. —Ella me miró incrédulo. —Santiago, no se... — Me había llamado Santiago. No hice caso de ese detalle. —Y otra cosa. —Ella prestó atención. —No te juntes con Dean.

—¿Por qué?

En ese preciso momento entró Dean. Le dio una cocacola a Alba. El tenía otra. Alba me ofreció pero rechacé. —Amigo Santi, Alba y yo nos vamos a dar una vuelta. —Noté un tono burlón en su voz. Se llevó a Alba y me quedé solo. Otra vez. Me asomé al pequeño balcón que había. Vi salir a Dean junto a Alba y sus padres. Ella me vio. El Dr.Martín entró. Llevaba una aguja para pinchar. —Santiago te vamos a dormir un poquito para hacerte una serie de pruebas, ¿sí? —Yo negué pero de nada sirvió. Antes de que pudiera reaccionar, la anestesia ya estaba teniendo efecto en mi cuerpo.

4.TALLERES MONGLOFTEN

Me desperté alrededor de las nueve de la noche. La anestesia había sido demasiado potente. Volvía a estar en mi habitación. Estaba tumbado en la misma camilla. Tifón me lamía la cara. Tuve una idea. Me levanté como pude. No tenía sueño. Me vestí y salí del hospital. Por suerte, nadie se percató de mi presencia. Iba con Tifón. La noche no era oscura, estaba iluminada con el suave resplandor de la luna blanca. Iba a dar una pequeña vuelta por Frías. Todo parecía ir normalmente hasta que llegué a los talleres Mongloften. Tiempo atrás habían pertenecido a un par de hermanos. Cuando estos murieron, el taller había quedado totalmente abandonado. Por eso me sorprendió verlo iluminado. Cautelosamente me acerqué. Pude oír voces, extrañamente familiares. Me acerqué un poco más y no pude creer lo que veía. En el taller estaba Dean. Le indiqué a Tifón que parase de gruñir. Dean estaba empujando a alguien a una sala. La persona llevaba una bolsa en la cabeza. Mil preguntas recorrieron mi cabeza. ¿Que hacía Dean allí? ¿Aquella persona sería el señor Benítez? Iba a atraer la atención de Dean cuando me

fije en un detalle. Llevaba un revolver en la mano. Y estaba cargado. Tampoco tenía el seguro puesto. Lo que pasó después me sorprendió aun más. De la sala por la que había desaparecido hace unos segundos una persona salió ahora el Inspector de Policía. Llevaba su traje puesto. Y llevaba otro revolver. El policía le susurró algo a Dean y se volvió hacia mí. Se oyó un disparo. No me dió. Recogí la bala y salí corriendo con Tifón a mis pies. Me alejé lo suficiente como para que no pudieran seguirme. Entré en el hospital apresuradamente. Subí por las escaleras hasta mi habitación. Cerré la puerta. También cerré la entrada al balcón. Cogí el telefonillo que había encima de la mesilla. Marqué el número de Alba.

—¿Diga?

—Alba, soy yo, Santi.

—¿Santi? ¿Qué te pasa?, pareces nervioso. —En pocas palabras le conté lo ocurrido.

—¿Seguro que no te lo has imaginado? ¿No lo habrás soñado?

—Te digo yo que no. Me tienes que creer. No te acerques a Dean.

—Voy ahora mismo al hospital. No diré nada a mis padres. — Media hora después, Alba llegó al hospital. La estaba esperando. Se sentó en mi camilla. Me miró fijamente y empezó a llorar. —¿Qué te pasa? —Pregunté. Me volvió a observar. —No te das cuenta Santi, es todo producto de tu imaginación. Te estamos perdiendo. —Esas últimas palabras resonaron en mi cabeza. —¿A qué te refieres? —Ella acarició a Tifón. —La gente con esquizofrenia empieza a pensar diferente a los demás. —No lo podía creer. Mi mejor amiga dudó de mí. —Yo no me lo he imaginado. Es real. —Ella se quedó quieta. —Alba, te lo pido por favor. Créeme. —Alba se incorporó. —Voy a llamar al Dr. Martín. —Me levanté de la camilla y la frené antes de que pudiese cerrar la puerta.

—Hagas lo que hagas, esquiva la calle de los talleres Mongloften. —Suponí que Alba no había avisado al doctor, después de todo, porque éste no se presento. Abrí la entrada del balcón y me asomé. —Mañana ven a visitarme. —Le grité a Alba. Estaba seguro de que lo había oído, aunque no se hubiese

dado media vuelta. Me acosté y pensé en lo mucho que odiaba a Dean.

La mañana siguiente no me desperté, me despertaron. Al incorporarme lo primero que vi fue mi maleta enfrente mía. Lo segundo, fue ver a Iñaki y a la señora Salvaret. —¿Que tal vas machote? —Dijo el padre de Alba, sin saber muy bien como continuar. Yo no respondí. La madre de Alba me miró.

—Verás Santiago... nos vamos de Frías. Nos vamos a mudar a Francia por un periodo de tiempo debido al trabajo de mi marido. —Esa noticia me impactó igual que una bala lo hubiera hecho. —Debido a recientes acontecimientos, creemos que Frías no es el lugar más adecuado. Y hemos pensado que Francia sería la mejor opción. Un amigo de Alba nos ha invitado a visitar el país y hemos decidido quedarnos allí. — Me dijeron que lo sentían, el típico rollo, pero que me iba a tener que quedar aquí, que habían encargado a un amigo suyo a cuidar de mí.

Dicho esto se despidieron de mí. Una vez se marcharon sus padres a preparar las maletas, Alba entró. —No me habías dicho nada. —Ella suspiró. —Lo siento... —La miré de arriba a abajo. Llevaba manga larga. Pude distinguir unas vendas por debajo. —¿Que narices te ha pasado? —Le levanté la maga, y apartando las vendas pude divisar una herida. Era claramente de un arma de fuego. La mire horrorizado. —Pasaste por los talleres. —Me había desobedecido. —Santi, de verdad, yo ya no quiero irme, no con Dean, encima viene con nosotros y me quiero quedar. —Me dijo, casi en lagrimas. Me levanté. —Nos vamos. —Ella no terminó de comprender. —Si, que nos escapamos.

Me terminé de vestir, cogí un par de cosas de mi maleta, las metí en una mochila que tenía Alba y la cogí de la mano.

—Tifón, ven. —La chica aún me miraba. —¿Estás loco? Mis padres se preocuparán, además, no estamos en una película. — Entorné los ojos. Tenía parte de la razón, pero me daba igual si sus padres se preocupaban. —Es o nos vamos o te vas con Dean. Tu decides. —Me miró, y no totalmente convencida, asintió con la cabeza. Dado a que los padres de Alba estaban empaquetando en la parte trasera del hospital, nadie se dio cuenta. Salimos corriendo. Alba fue a por su bicicleta, y yo fui a por la mía. Con Tifón corriendo a nuestro lado, salimos de Frías por un camino secundario. —

¿Burgos? —Pregunté. Ella afirmó. —Espero que no te desmayes. —Bromeó.

—Aproximadamente, por bicicleta se hacen 20km/h y de Frías a Burgos hay probablemente unos ochenta km, por eso, sin parar, llegaríamos alrededor de las 16:30, pero parando cada hora a descansar quince minutos, llegaríamos a las 17:30. —Al principio del trayecto estábamos muy frescos, después ya empezamos a cansarnos. Transcurrimos dos horas, cuando ya no podíamos más. Nos sentamos a descansar al lado de la calzada. Pronto, una caravana paró a nuestra lado. —¿No iréis a Burgos por casualidad? —Preguntó el conductor. Nosotros asentimos. —Montad pues, que no cobro. —Se levantó y colocó las bicicletas en la vaca sin darnos tiempo a elegir. Desconfiados, entramos.

La caravana era bastante cómoda. El conductor era bastante simpático. Al parecer era un señor que iba de ciudad en ciudad vendiendo productos. Dijo que le gustaban los perros, por lo tanto Tifón no era un problema para él. No tardamos mucho más de veinte minutos en llegar. —Bueno chicos, no se el motivo de vuestro viaje, pero aquí os dejo. —Burgos era una ciudad pequeña, pero con edificios largos y medianamente altos. Había muchos descampados y zonas de paisaje. —Voy a echar de menos a mis padres. —Dijo Alba. —Además, tu estas enfermo. —Yo no respondí. Teníamos 4.159,65 pesetas en total. Dimos un par de vueltas por Burgos. Miré mi reloj. —Ya va siendo hora de comer. Encontramos un pequeño supermercado en la calle principal. Compramos un bocadillo para cada uno y una botella de agua. Nos sentamos a comer en un banco que había en un parque. El bocata sintió muy bien. —No vamos a poder permanecer aquí mucho mas tiempo. —Dijo Alba. —Mis padres pronto llamarán a la policía para que nos busque, si no lo han hecho ya. —Tenía razón. Una vez terminamos de comer, nos volvimos a subir en la bicicleta. Compré un poco de jamón para Tifón. Paseamos por las calles de Burgos hasta que me sentí mareado. —Espera, tengo que sentarme. — Encontramos unos bancos de piedra alejados de las muchedumbre. Alba no estaba cansada, pero yo sí. Pronto el mareo se volvió más intenso y la cabeza me empezó a dar vueltas. Solo me acuerdo de que caí en un profundo sueño. Escuché voces a mi alrededor. Estaba en una cama. Pude distinguir dos rostros. Uno era de Alba, y el otro... Era el del señor que nos había traído. —Hola chico. —Me dijo. —Casualmente pasaba por esa misma calle cuando os divisé. —Alba me tendió un vaso de agua. —Tendrás sed. Yo asentí. El

conductor se señaló. —Yo soy Axel. —Me levanté y me senté en la cama. —Supongo que usted ya sabrá quienes somos. —El asintió. —Alba y Santiago, si no me equivoco. —Nos preparó una deliciosa sopa. —Has estado dormido casi siete horas chico. —Alba no había dicho nada en toda la tarde. Cuando Axel nos dijo que iba a salir a por la barra de pan, Alba me dirigió la palabra. —Tranquilo, no nos va a entregar a la policía. —Yo sonreí, satisfecho. —Aunque quizá habría sido buena idea presentarnos en la comisaría. Tu estás enfermo y nunca me lo perdonaría si te pasase algo. —En ese momento entró Axel. Había sido muy rápido. No había tardado ni medio minuto. Sospechoso. —Oye, chico, ¿de verdad que tienes esquizofrenia? —Yo asentí. —Te están buscando por todas partes. —Axel se sentó. —Ala, id comiendo que se os va a enfriar la sopa. —El conductor era muy buen cocinero. ¿Conocéis los talleres Mongloften? —Nosotros asentimos.

—Han detenido a un chaval de vuestra edad. —Pensamos en Dean. —Al parecer, ayudaba con los trabajos sucios como los secuestros, y robaba armas de fuego. Iba a huir a Francia esta misma mañana, pero lo han pillado a tiempo. También han dejado libres a dos hombres que al principio parecían tener relación con el secuestro de un tal Ramón Benítez. —Axel encendió la televisión y puso las noticias. Aparecían fotos nuestras con el título de “desaparecidos”, junto a la de Tifón y la de Ramón Benítez. También había un cortometraje que enseñaba a los padres de Alba llamándonos. “Si estáis ahí, viéndonos, por favor volved, os esperamos en Frías, Burgos.” Miré a Alba. —No te preocupes, mañana volvemos. —Yo no quería volver, pero sabía que Alba lo necesitaba. Decidimos no molestar más a aquel hombre. Le dimos las gracias por todo lo que había hecho por nosotros. Junto a Tifón, salimos a la calle. —Adiós chicos. —Dijo Axel, sonriendo para sus adentros.

Estábamos buscando una comisaría. De repente, delante nuestro se paró un coche patrulla. De él asomó la cabeza del Inspector de policía que conocíamos. Luché contra mis sentimientos para no poner mala cara. —Subid ahora mismo. Nosotros obedecimos. Tifón no parecía muy seguro pero al vernos subir, montó con nosotros. El coche patrulla nos llevó hasta un aeropuerto. El Inspector nos hizo bajar. Nos condujo hacia una sala de espera. Otros policías se acercaron y nos miraron. Hablaron con el inspector y se alejaron. Al cabo de media hora volvieron. —Señor Inspector, su vuelo privado ya ha aterrizado. Montamos en el pequeño avión. Había sillones,

mesas, camas y sillas. Le dije a Alba que tenía un mal presentimiento. Ella me dió la razón. Solo nos enteramos de lo que estaba pasando cuando el avión alzó el vuelo y el piloto y copiloto se dieron la vuelta. Eran aquellos dos hombres. —Os vamos a llevar lejos de España. —Dijo uno de ellos. — Buen viaje. —Le di una patada al sillón. —¿Por qué, por qué hacéis esto? — El copiloto se rió. —Ramón nos debía un par de deudas, y como no pagó, os secuestramos, y os ofreceremos a vuestros padres a cambio de dinero. —Alba se hundió en su asiento. —¿A donde vamos? —Se limitó a preguntar. —Nos vamos a Inglaterra. —Respondió el inspector.

—Hicisteis mal al destrozar el micrófono. —Alba me miró con su forma de mirar a la gente que ella considera estúpida en un preciso momento.

Nos aguardaban dos horas de viaje. Tifón posó su cabeza en mis piernas. — Tranquilo, vamos a estar bien. —No lo decía, pero la idea de ir a Inglaterra no me gustaba. Mis padres me habían abandonado allí junto a mi hermano. Yo era el único que sabía lo que había pasado aquella noche, en la que Rick había desaparecido.

5. INGLATERRA

El avión aterrizó en el aeropuerto de Birmingham. El aterrizaje no fue violento. En la capital londinense no hacía muy buena temperatura. Se oían retumbos y sonoros relámpagos a la lejanía del cielo color grisáceo. Salimos del avión privado y nos dirigimos a un coche. Inesperadamente, se trataba del mismo Futura rojo que habíamos visto hace unos días. Llegamos a una casa típica del país. Estaba apartada del resto. No estaba cuidada. Al entrar, escuchamos como chirriaba el suelo. Uno de los secuaces del inspector nos ató las manos a la espalda. —Ya era hora de que estuviéseris quietos. —Nos encerraron en una habitación. Alba se tiró al suelo.

Al cabo de un cuarto de hora, el inspector vino con una cámara entre manos. Los dos hombres tenían cada uno un revolver. —Bien —Dijo el policía. — ¿A quién le pegamos para que parezca que sufren? —Antes de que Alba pudiese comentar. Me puse delante. —Yo. —Uno de los dos hombres me agarró. El otro cogió un palo de metal que había en el suelo y me pegó. El impacto fue brutal. Me dio una segunda vez. Sentí que el mundo se me caía encima. Me iban a dar una tercera vez cuando el inspector interrumpió. —Ya

vale, que nadie pagará si está muerto. Yo creía que me iba a desmayar. Me sentaron al lado de Alba, que me cogió de la mano. Con sus dedos intentaba encontrar mi pulso para asegurarse de que seguía vivo. Oí un “clik”, probablemente de la cámara de fotos. La luz que salió de ese aparato casi me ciega. Supe que no podía más. Dejé lentamente que mi cabeza cayera apoyada sobre el hombro de Alba.

En mi sumiso trance pude oír voces, pero a la vez sentía mucho dolor. De repente, me desperté. Estaba sudando, pero vivo. Vi a Tifón a mi lado, durmiendo. Miré al frente. ¡No podía ser! Simplemente, no podía ser. — Tranquilo, todo va bien. —Dijo el señor Benítez. Poco a poco, nos contó como había llegado allí.

—El día que desaparecí, vosotros estabais en el tercer piso. Los disparos y los gritos era una distracción para que bajarais. Al bajar vosotros, me secuestraron en el segundo piso, donde tengo mi despacho. Bajasteis tan rápido que ni os enterasteis. Casualmente, mis dos secuestradores fueron los hombres que te dejaron K.O. —Dijo, mirándome. —Para mi sorpresa, me llevaron a la comisaría, donde me esperaba el Inspector Dominguez. Me metieron en un calabozo. Nadie me iba a buscar en una comisaría. Días después, me trajeron aquí. Todo esto no era solo porque debía deudas, sino porque nos conoíamos de pequeños y siempre hemos tenido una mala relación. Todo lo que quieren es dinero. Incluso registraron un despacho mío de hace años, que por cierto, tiene una entrada secreta. —Alba y yo nos miramos. El señor Benítez miró a Tifón. —A ese le han dado un somnífero. —Alba miró a su tío. —Han pillado a un chico de nuestra edad que estaba implicado en esto. —El asintió. Sí, el hijo del Inspector. Está en un centro de menores por el momento. —¿Y qué hacemos nosotros aquí? Pregunté. — Pues nos van a ofrecer a nuestras respectivas familias a cambio de dinero. Dijo, mirándome de reojo. —Tifón se revolvió. El Inspector entró en la habitación. Ahora no iba con su uniforme. —Veo que ya os habéis puesto al día. —Dijo, consultando su reloj. Le miramos con odio. —Os voy a contar una cosita para que sufráis más. —Se acercó y me colocó unas esposas. Al señor Benítez no se las puso. —Querido Ramón, tu adoptaste a otro chico. Rick Miller Rivers, ¿No es así? —El asintió, pálido.

—Bien, pues ese chaval sigue vivo, pero está bajo mis órdenes. Me ayuda

mucho con las pistolas. —Yo bajé la cabeza. —Aquí el único que sabe que pasó el día en el que el joven Miller desapareció eres tú. —Dijo, señalándome. —Ahora mismo Rick haría lo que fuese por mí. Incluso mataría, aunque no lo ha hecho nunca, igual se le presente una oportunidad. —Cuando salió de la habitación, todo el mundo me miró. El señor Benítez se había vuelto a enfadar. —Ahora mismo. —Dijo. Yo sabía que quería decir con eso. Negué con la cabeza.

—Santiago, quiero que me cuentes ahora mismo que pasó aquella tarde. Yo quería que se me tragase la tierra. —No. —Dije. El señor Benítez alzó la mano. Me dio. No era la primera vez. Me iba a volver a dar cuando Alba le agarró. ¡Tío, para! ¿No ves acaso que se va a morir como le vuelves a dar? Esta abatido y encima está enfermo. —El bajó la mano pero gruñó.

—¡Tengo derecho a darle todo lo que quiera! Sigue bajo mis órdenes.

Ya era tarde, y decidimos que era hora de acostarnos en el frío suelo de aquella habitación con aspecto de película de terror. Oímos voces acercándose y pudimos ver a los dos hombres entrando. Traían una televisión. La colocaron en una parte de la habitación. Una vez colocada se nos acercaron y nos tendieron un mando. —A ver si os amargamos un poco el día. —Dijo. Casualmente, el inspector entró vestido de *policiei. Tenía una mano a la espalda. El señor Benítez soltó una carcajada. —Tu te disfrazas por todas partes. —El inspector se rió a su vez. —Claro amigo. Pero no me gusta que se rían de mí. —Acto seguido se sacó la mano de detrás de la espalda y le puso una inyección al tío de Alba. Este cayó dormido al instante. —Así que si funciona. —Dicho esto, Domínguez salió junto a sus aliados. Estaba loco. Oímos como candaba la puerta. Reinó el silencio. Se habían marchado. El señor Benítez y Tifón estaban dormidos, y yo, atado. Apoyé mi espalda en la pared. Alba se levantó y encendió la tele. —No Alba. —Intenté pararla, sabiendo lo que se iba a encontrar en el telediario, pero ella me ignoró. —Santi, tu no lo entiendes, son mis padres. —Yo miré al vacío. —Si lo entiendo, y lo sé mejor que tu. —Claro, que encendió la televisión. Anuncios. Se sentó en frente del televisor. —¿No te vas a mover de ahí verdad? —Pregunté, tras diez minutos de espera. Ella no respondió. —Te dejas engañar. —Le dije. Ella no me miraba, pero el volumen de la televisión era bajo y estaba seguro de que me escuchaba con perfecta claridad. —Te dejaste

engañar por Dean. —Dije. —Y casi me abandonáis en un hospital. — Alba apagó la televisión y se sentó a mi lado. —Tienes razón. Soy una estúpida. — Yo solté una pequeña risa. —De todas formas, no se porque nos hemos metido en todo esto. Tu tío me va a tratar igual aunque me haya escapado contigo para encontrarle. Me va a seguir teniendo encerrado en su casoplón. Ella hundió la cabeza en sus manos. Iba en manga corta, y se veía que su herida iba cicatrizando. —¿Por qué no os llevasteis bien? Siempre tenía que estar interfiriendo. —Yo no respondí. Sabía a que punto iba Alba.

—¿Qué pasó ese día, Santiago? Qué pasó con Rick? —Le dí un cabezazo a la pared. Dolió, pero me aguanté. —¿Acaso no confías en mí? —Iba en serio. Claro que confiaba en ella, pero esto no era un tema de confianza, era un tema de seguridad. Y así se lo dije. Ella asintió, confusa. —No voy a volver a tocar el tema. Todos tenemos secretos, y ese será el tuyo. Pero ni uno más, que entre amigos no hay secretos que valgan. —Yo sonreí. Me sentía confuso. Sentía dolor debido a que no le había contado lo que ella me había preguntado, pero por otro lado, mis adentros estaban felices al saber que no me iba presionar más.

Cambiando de tema, no había vuelto a desmayarme. —Alba, ¿has notado que últimamente no he vuelto a desmayarme a pesar de no tomar medicación? — Ella asintió, pálida. —Eso no es lo que me preocupa, Santi. —Yo la miré. Ella volvió a hablar. —Habrás notado que estoy todo el día encima tuyo, pero, cuando tu estabas en el hospital, me dijo el médico que te echara un ojo, debido que la esquizofrenia es una enfermedad mental y te hace pensar diferente, hay pacientes que se han suicidado. —Yo la miré horrorizado. — Tranquila, eso no se me va a pasar por la cabeza. —Pude notar que decir esas palabras le había puesto en shock. Empezó a temblar. Tenía la carne de gallina. ¿Tendría frío? Es verdad que iba en manga corta. Me quité la chaqueta y se la tendí. —Gracias. — Dijo ella. Otra vez ese silencio sepulcral. Alba se estremeció.

—¿A ti nunca te pasaría eso por la cabeza verdad? —Yo negué.

—Me dijo el Dr. Martín que los pacientes empiezan a pensar diferente y empiezan a escuchar voces. ¿A ti eso no te pasa verdad? —Volví a negar. — Alba, eso que dije antes de que te dejas engañar, es más bien *nos dejamos* engañar. Esta claro que Axel debía de ser un poli infiltrado o algo y nos

recogió. El nos dio la idea de volver a tus padres, y en la acera de enfrente esperaba un coche de la policía para entrar en acción. —Ella me escuchaba sin interrumpir. —¿Como has llegado a esa conclusión? —No repliqué. Se levantó y se volvió a sentar junto al televisor. Yo me acerqué y me senté a su lado. Quería coger el mando antes que ella, pero, al tener las manos atadas iba a ser tarea difícil. —Ni siquiera lo intentes. —Me dijo, adivinando mis intenciones. Alba la encendió y por fin pudo ver lo que esperaba. Estaba el telediario. *“Queda apenas un mes para la navidad, que será un mes lleno de alegría.”* Nos tuvimos que tragar un par de noticias más, pero para Alba mereció la pena. Pronto volvió a la pantalla la noticia que ella estaba esperando. *“Los dos críos, Santiago y Alba Benítez Salvaret siguen desaparecidos. Desaparecieron el pasado martes, cuando los padres iban a emprender un viaje a Francia. El niño estaba ingresado en el hospital, con esquizofrenia. Necesita atención médica, la última vez vistos el chico llevaba unos vaqueros y una camisa azul marino. La chica llevaba puesta una falda color turquesa con una camiseta blanca.”* Dicho esto, pasaron a otras noticias. Me había cabreado. —Encima saben que llevamos puesto. — Empecé a caminar por la habitación. —Aquí no nos va a encontrar nadie. — Dijo Alba. Escuchamos un ruido a nuestras espaldas. ¡Tifón ya se había despertado! Empezó a chuparnos como loco. De repente se me ocurrió una idea. —Ladra Tifón, ladra. —El perro nos hizo caso. Empezó a ladrar y aullar. Cuando paró, fue cuando escuchamos pasos. Entró Dean. Él. Que se suponía que estaba en un centro de menores o yo que se donde. Lo peor era que tenía un revolver entre manos. —Que ladre una vez más que le fusilo. — Alba abrazó a Tifón. Dean se acercó y me quitó las esposas. Va a venir un médico privado para tu maldita enfermedad. Dicho esto, se arrodilló delante de Alba.

—Yo creía que íbamos a funcionar. —Ella, claramente molesta se apartó.

—Me disparaste.

—Fue un accidente. No sabía que eras tu.

—Me podrías haber matado. —Se oyeron golpes en la puerta.

—Pasa —Dijo Dean, incorporándose. Entró alguien que de verdad no nos esperábamos. Parecía que todo aquel que conocíamos se volvía rebelde para

vengarse de nosotros. Axel se quitó el sombrero. —Veamos. —Dijo. Se aproximó hacia mí. Me hizo una serie de pruebas que yo no entendí.

—Bien. —Dijo, dirigiéndose a Dean. —El muchacho sigue enfermo. Sacó un par de medicamentos de un bolso y se los tendió a Dean. —Como no se los des, el chico va a empezar a pensar muy pero que muy diferente. Podría hasta suicidarse, debido a que empezaría a oír voces y esta última sería su única solución de huir de ellas, presa del pánico. —Dean le tendió un par de billetes. Una vez se hubo marchado Axel de la habitación, Dean se volvió hacia mí. —Querido amigo Santi, ya has oído lo que el doctor ha dicho. Igual no va a haber que matarte, si es que es necesario, pues ya lo harás tu solito. —Me volvió a poner las esposas. Las apretó tanto que casi me hace sangre. —Y procura que ese perro no vuelva a ladrar. Os daremos un bocata a cada uno al día. El perro que se muera de hambre. —El chico se acercó a Alba y la cogió del brazo.

—Mi padre te quiere ver. —Antes de llevársela, ató a Tifón con una correa de hierro. —Ahí te estarás quieto. —Cuando hubieron salido, me quedé dormido.

Seguía en la misma sala. Tifón estaba atado. Intenté desatarle pero fue inútil. No pude sentir nada, como si mis manos atravesasen todo. Se me ocurrió salir de la habitación. Como era de suponer por mi parte, atravesé la puerta. Escuché voces y me guié por ellas. Pronto llegué a un comedor. En él estaban Alba, Dean y “los malos”. Alba estaba tendida en un sillón. Me acerqué y me senté a su lado. —¿Que haremos con ella? —Dijo el inspector. —La podríamos vender. —Comentó Dean. —Por dinero, y a su familia. Debería ir alguien a entregarla a un punto determinado a cambio de dinero. —El inspector sacó un cigarrillo. —O podríamos acabar con ellos. Sabes que Adam Jackson Refnestect nos pagaría mucho si se los entregamos. Acuérdate, de que pagan muchísimo por cada persona ejecutada. Podríamos hacernos con millones y millones de pesetas. —Pude observar que Dean no estaba convencido.

Me desperté. Había vuelto a pasar. Tifón tenía su cabeza sobre mis piernas. Eso me reconfortó bastante. ¿Habría sido producto de mi imaginación? ¿O realmente habría escuchado esa conversación? Aparte del tiempo que había estado dormido, había transcurrido más de media hora, cuando se presentó

Alba. Tenía cara de cansancio. —¿Que tal ha ido? — Pregunté, temiendo la respuesta a esa pregunta. —Pues no lo se. Me han dormido. —No lo dudé. Le conté todo lo que había soñado. —¿Me crees, no? —Ella dudó. —No sé Santi, puede que haya sido casualidad. Después de todo, era un sueño. —Yo cerré los ojos. No podía ser, volvíamos con lo mismo. Alba sugirió irse a dormir. —Clar. —, comenté.

En realidad no iba a dormirme. Sabía que Alba me ocultaba algo. Tenía mucho sueño pero pude escuchar voces. El señor Benítez y Alba conversaban. Al final no pude resistir la horrible tentación de quedarme dormido.

Volvía a estar en esa habitación. Decidí investigar la casa. Encontré a Axel en la cocina. Hablaba con sus compañeros.

—¿Con que han ofrecido dinero a cambio suyo eh? —El corazón me dio una vuelta. Esperaba que esto fuese solo un sueño. —Sí, y el intercambio tendrá lugar pasado mañana en la capital de Burgos. Vamos a cobrar mucho. —Dijo el inspector Dominguez.

La mañana siguiente era fría. Me desperté tarde, alrededor de las diez. Alba y su tío estaban despiertos, cada uno tomándose parte de un bocata. Había otro entero en el suelo. Se percataron de mi presencia casi instantáneamente. —Tengo algo importante que contaros —Me olvidé de mi enfado con el señor Benítez y les conté todo. Creía que se iban a alegrar, pero obtuve el efecto contrario. Alba empezó a sollozar. —No es así Santi, no lo comprendes... —No sabía el significado de aquellas palabras. —Alba, ¿no lo entiendes? Si estoy en lo correcto, ¡mañana volvemos a casa! —Ella apartó la mirada y empezó a llorar. Mi tutor me mató con la mirada. —¡Santiago!, ¿no lo pillas? Por ti NO HAN PAGADO, SOLO NOS QUIEREN A NOSOTROS. —Yo enmudecí. El mundo se me cayó encima. El señor Benítez y Alba me miraban. —Antes de dormirme, eso fue lo que me dijeron, Santi. —Dijo ella suavemente. Aparté la mirada. —Da igual. —Dije. El señor Benítez volvió a levantar la voz. —Estás enfermo y no tienes familia, ¿quién te va a querer? —Esas palabras me hirieron mucho. Me hicieron un daño muy pero que muy profundo. De repente se me ocurrió una idea. —Señor Benítez, ¿usted podría pagar para sacarme de aquí una vez que esté fuera? — El me clavó la mirada. —Ni lo sueñes. Ya me has estado dando suficientes problemas. Encima no

tengo dinero. —Alba le miró sin poder creérselo. —¡Tío! ¿Como puedes hacer tal cosa? —No quería seguir escuchando. Me aislé, y me adentré en mi mente. “Santiago es un cobarde, y además no vale nada. Nadie le quiere”. ¿Me estaba volviendo loco? No pude parar de oír esas voces. “Santiago, no eres nada.” “Se estaría mucho mejor sin tí...” Me tapé los oídos y me puse a chillar. Miré a mi alrededor. En la sala habían entrado el inspector, Dean con su revólver y el resto de la pandilla. El inspector dió el primer paso. —¿Se puede saber por qué diantres chillabas? —Yo no respondí enseguida. —Tenía voces en la cabeza. —Rieron y salieron de la habitación. Todos menos Dean. —Tengo que vigilaros. —Dijo este. Se sentó al lado de Alba. —Tu mañana te vas. —Le dijo. —Y tu también. —Dijo señalando al señor Benítez. Luego me miró a mí. —Tú en cambio tienes un destino muy amargado. La muerte. —Alba me miró inquieta. Luego miró a Dean. —Dean, tu no podrías hacer eso. No osarías. —Él hundió los hombros. —Mira, yo no estoy aquí por que quiero. —Nosotros le miramos.

—Cuando era pequeño, solía quedarme solo en casa muy a menudo. Mis padres no se preocupaban por mí. Me dejaban hacer lo que quisiera, daba igual si era bueno o malo. Me dejaron hasta probar *Cocaína*. Comía lo que quería, tenía de todo, pero ellos nunca comían conmigo. Siempre salían con los amigos, o iban a un bar, siempre tenían excusas. Pero nunca me educaron como a un niño normal. Siempre me daban todo lo que quería y poco a poco fui adoptando nuevas formas, más malas que buenas. Me estaba volviendo caprichoso. Hasta que un día decidí escapar de casa, en un acto de locura, y como no, acabé en comisaría. Ahí fue cuando conocí al inspector Domínguez. Me dijo que me daría una casa, comida y todo lo que necesitara, a cambio de algo, aun que fuese menor de edad, tendría que trabajar para él. Ahí fue cuando empezó todo, hace unos tres años. Hace poco me envió a vuestro pueblo para que a través de vosotros conociese más cosas y bueno... —Supuse que tenía que creerle. —Pero Alba, de verdad que yo no quise dispararte, nunca te haría daño. —Ella le miró fijamente. —No sé que pensar, Dean. Intentaste pegarle un tiro a Santi y por poco le das. Le podrías haber matado. Y yo nunca te lo perdonaría. —Él la miró. —Te comprendo. —Se levantó y se fue. Yo esperaba que contase la verdad y que no nos fuese a engañar otra vez. Después de todo, nos había disparado a los dos, pero a mí no me había dado. —¿Te vas a fiar de él? —Miré interrogativamente a Alba. Al fin y al cabo, no era una persona del todo fiable. —No creo que pueda. —

Dijo, pasándose la mano por la herida. El señor Benítez no dijo nada. —¿Fue él quién os disparó? —Nosotros asentimos en silencio. Ni más ni menos que Dean. Cogí mi bocata y le dí la mitad a Tifón.

—Toma.

La mañana transcurrió rápidamente. A la hora de comer Alba me preguntó una cosa que nadie me había preguntado antes.

—¿Sabes leer?

—Claro que se.

—Pues yo nunca te he visto en el insti.

—Porque no voy... —Dije, mirando al señor Benítez de reajo. Alba debió de captar aquella mirada. —Oye tío, ¿porque no va Santi al instituto? —El me miró a mí. —Le enseñé a leer yo mismo. ¿Para que pagar a la escuela si puedes hacerlo tu mismo en casa? —Ella vaciló. —¿Y como aprendes historia, geografía, matemáticas...? —Me preguntó, sin hacerle caso a la mirada expectante de su tío. —Simplemente no aprendo. Sé pocas cosas de esas asignaturas. —Terminamos la

conversación. Me fui a un rincón oscuro de la pequeña habitación. Aun que tenía las esposas firmemente atadas, empecé a rebuscar con la mirada. —¡Por todos los santos! — Exclamé. Pronto se acercaron Alba y el señor Benítez. Acababa de encontrar una puerta que pasaba muy desapercibida. Había una estantería vieja y rota delante. Entre todos, logramos apartar la estantería. Intentamos abrir la puerta, pero esta no cedía. Intentamos abrirla hasta con fuerza, pero no queríamos llamar demasiado la atención, debido a que Tifón se estaba excitando y no queríamos que acabase fusilado, como había dicho Dean. Al final nos rendimos, y volvimos a colocar la estantería delante. De todas formas, era solo una vieja puerta, puede que al otro lado solo hubiera ratas y arañas.

Ya empezábamos a aburrirnos cuando entró Dean. Sin previo aviso me lanzó un bote. —Amigo Santi. Tu medicamento. No le digas a nadie que te lo he dado. El inspector te quiere muerto. —Le dí las gracias a regañadientes. —

Pronto vendrá. Y te matará. Te lo doy por la chica, no por ti. —Con esta frase se alejó, pero antes de cerrar, dijo. —Ahora vuelvo, os voy a traer algún libro por si os aburrís demasiado. —Cuando se hubo ido, empecé a leer las instrucciones del frasco. Tenía un nombre raro. En la instrucciones decía que debería tomar un trago por día, sin abusar, debido a que también podía tener efectos negativos sobre mi cerebro. —Primer trago. —Dije, tomándome un sorbo de aquel frasco. Sabía muy mal pero tenía que soportarlo si quería vivir como una persona normal. —¿Estará rico no? —Preguntó Alba, con una sonrisa burlona. —Sí, esta riquísimo vamos. —Dije, siguiendo la gracia. Sin darnos cuenta, entró el inspector. —Ramón, acompáñeme un momento. —El señor Benítez se levantó. Le ató las esposas a la espalda y salió con él. Alba y yo nos quedamos solos. Estuvimos un buen rato sin decirnos nada. Yo rompí el silencio. —Te voy a echar de menos. —Ella se me quedó mirando. —Yo también te voy a echar de menos, aunque voy a intentar convencer a mis padres de que paguen por ti también. —Yo sonreí. —Yo estoy contento sabiendo que vas a estar segura con tu tío y con tus padres. —Ella me miró durante un largo rato. —No te íbamos a visitar al hospital porque no queríamos verte enfermo. No queríamos averiguar si nos seguirías reconociendo. —Miré hacía abajo, incómodo.

—Pero de verdad que te queremos, mis padres me dijeron que en cuanto te pusieras bien, iríamos a buscar a tus familiares. — Yo levanté la cabeza. — ¿Hablas en serio? —Alba afirmó con la cabeza. —Pero Santi, ¿que van a hacer contigo.

Yo tenía mis ideas de que iban a hacer conmigo, pero preferí no decírselas a Alba. —Y otra cosa,

Santi, ¿es verdad que sabes predecir? —La miré, pensativo.

—No sé que decirte.

—Ya... Lo siento por lo de mi tío. Es su carácter.

—No, si ya lo sé. Le conozco demasiado.

—Pero si se lo pido yo, seguro que paga por ti. —En ese momento puso pie en la habitación el inspector. Sonrió. —Tú.Dijo mirando a Alba. —Mañana te

llevarán tus anteriores secuestradores. —Irás a Burgos en mi jet privado, saldréis de aquí a las diez de la noche, hoy. Hemos cambiado un par de cosas. Nos hemos adelantado un día. A las once parte mi avión. Llegareis al aeropuerto de Burgos a las dos, como mucho. Una vez allí, a las tres, tenéis que estar enfrente de la iglesia de San Vicente. En una esquina de la iglesia, tienen que hallarse un buen montón de pesetas, dentro de una bolsa. Mis compinches las cogerán y te dejarán allí. Tocarán una campana que ellos mismos han traído, tus padres estarán dentro de la iglesia, y en cuanto se oiga la campana, tienen derecho a salir. —Alba asintió. Dicho esto, se fue un segundo y volvió con ropa. Ponte esto. No queremos llamar la atención. —Le tendió un jersey de color rosa claro y un pantalón vaquero y se fue. —Oye. —Me reprimió Alba. —Mira para otro lado. —Yo me reí. —Esta bien, tranquila. —Dije, dándome la vuelta.

5.EL REPENTINO ERROR

Eran las diez menos cuarto. La hora había llegado antes de lo previsto. Aquellos quince minutos habían sido los más cortos de mi vida. El señor Benítez acababa de entrar en la habitación. —Me han anunciado que salimos en quince minutos. —Alba lo miró. —Oye tío, ¿lo harás verdad? —El señor Benítez me miró a mi y luego a ella. —Igual no se presente la oportunidad. Puede que con él quieran hacer otras cosas. —Alba le miró con una mezcla de sorpresa y odio. —Una cosa tío, ¿porqué no pagaste esas deudas. No eres pobre. Tienes bastante dinero. —Yo también me había planteado esa pregunta.

—Pues por el simple hecho de que llevo debiendo ese dinero más de diez años, desde la adolescencia. Fue una cosa estúpida. Quería comprarme mi propio coche. Uno bueno, bueno y bonito. Nadie me quiso prestar el dinero, así que lo que hice fue pedírselo a los “matones del colegio”. Les prometí que les devolvería el dinero, y también les prometí una motocicleta. Bien, pues les dí la moto, pero el dinero no. Y no pienso dárselo. ¿Por qué? Preguntareis. Pues por la razón de que son unos ladrones y unos criminales. Y hasta han asesinado a gente por lo que he oído. Y yo no voy a pagar dinero a los ladrones.

Nosotros le miramos, atónitos. Intentamos hacerle cambiar de opinión, pero fue inútil. No parecía saber que estaba poniendo varias vidas en peligro,

incluyendo la suya, al no pagar. No lo dije, ya que no me parecía una cosa muy educada, pero el señor Benítez me recordaba bastante al Tío Gilito, que tenía bastante dinero, pero no le gustaba gastarlo, solo ahorrarlo. A veces, no se que era lo que me hacía pensar que el Sr. Benítez tenía un corazón de piedra. Me volví a sentar en el suelo. Alba me imitó. —No te quiero dejar atrás, Santi. —Yo la miré. —No te preocupes por mí. Estaré bien. Sabiendo que tu ya estarás en casa. —Me abrazó fuertemente. Como llevaba las esposas puestas, no pude hacer nada. Lamentablemente para mí, me recordaba a un abrazo de despedida. Permanecemos así quince minutos, con el Sr. Benítez delante, intentando esquivar nuestras miradas. Debería estar alegre, de vernos juntos. Pero no lo estaba. No pensaría muy bien sobre mí.

Pronto llegó la hora menos esperada. Tifón gruñó. Supongo que detectó a los dos hombres, porque en ese momento entraron. —Nos vamos. — El señor Benítez me miró pero no me dijo nada. Salió de la habitación apresuradamente. Uno de los hombres salió con él. El otro se nos quedó mirando. —¿Se puede saber a que estáis esperando? —Alba me lanzó una última mirada. —Adiós Santi. —Dijo, despidiéndose de mí.

—Adiós. —Tifón intentó despedirse de ella, pero como estaba atado no lo consiguió.

El hombre la empujó fuera de la habitación y cerró la puerta de golpe. Tifón y yo nos quedamos solos. —Ya volvemos a ser tú y yo. —Dije, mientras le acariciaba la cabeza como pude. No supe que hacer. Me aburrí. Al cabo de diez minutos oí como el inspector se iba. Me quedé dormido sobre el lomo de Tifón. No podía parar a aquellos sueños malditos. Estaba dentro de un avión, en un aplastado sitio lleno de cajas. Con rápidos movimientos lo reconocí. Era el jet que nos había traído a Inglaterra. Hacía tormenta. El avión se tambaleaba. Me tropezaba fácilmente. Delante mío había una puerta. La atravesé. Me encontraba en la sala de pasajeros. Alba estaba agarrada al asiento con todas sus fuerzas. El avión no andaba muy estable. El señor Benítez la agarraba del brazo inspirándole calma. Ambos llevaban el cinturón de seguridad puesto. Esta vez si que que esperaba que fuese tan solo un inocente sueño, de esos que puede tener cualquiera. Me acerqué a Alba. Le toqué la mano. Esta vez no atravesó. Ella paró de agarrar el asiento. “¿Santi? ¿Santi?...”

—¿Santi? ¡Amigo Santi! —Rápidamente volví a la realidad. Eran las doce de la noche. El tiempo había pasado volando. Tenía a Dean encima. —¡Amigo Santi! —Yo le observé. —¿Que ocurre. —El francés se incorporó. Me quitó las esposas. —No hay tiempo que perder, mi padre se ha ido al salón de juegos. No está en casa. Tu amiga está en peligro. Hay una tormenta masiva. He intentado contactar con nuestros pilotos pero no responden. —Me puse en pié. —¿Y a donde piensas ir? —Él me miró. —Vamos al aeropuerto de Birmingham, en las torres de vigilancia tenemos a un colega, quizá nos pueda ayudar. —Yo asentí. Desatamos a Tifón. No pensaba dejarle atrás. Seguí a Dean por la casa hasta llegar a la puerta principal. Me disponía a abrirla cuando Dean me frenó en seco. —Cambiate. No puedes ir con esa ropa o te van a reconocer. Igual que habían hecho con Alba, me dieron ropa. Una sudadera gris y unos pantalones vaqueros del mismo color. Como éramos chicos los dos, me cambié sin problemas. Dean cogió un paraguas grande. Nos serviría a los dos. Salimos a la calle. Hacía un tiempo de perros. Hacía muchísimo viento y llovía como nunca antes. También hacía bastante frío. Pudimos oír un par de truenos y divisamos algún rayo. Dean me observó.

—Que sepas que esto no lo hago solo por ti. También lo hago por tu amiga. —Yo asentí de mala gana. Íbamos en busca de un taxi. Cuando lo divisamos, le paramos. —Llevanos al aeropuerto de Birmingham. —Dijo el francés. El conductor asintió. En el coche se estaba de lujo. Era un vehículo con calefacción. Eso sería muy caro. Tardamos quince minutos en llegar, debido a que como hacía tormenta, el conductor no iba muy rápido. —2.994,948 pesetas. —Dean sacó una billetera, y no con mucho entusiasmo, le pagó lo pedido. No perdimos ni un segundo. El chico me guió hasta la pista de aterrizaje.

—Ten cuidado, no siendo que nos aterrice un avión encima. — Supuse que iba de broma. Había cinco torres de vigilancia, nosotros nos dirigimos hacia la cuarta en concreto. Empujamos la puerta y nos encontramos con un guardia de seguridad. —*¿Where do you think youre going?* —Nos cuestionó. Dean se me adelantó. Le dijo algo al guardia en inglés, y este nos dejó pasar. *Forgive me gentleman.* —Dijo, quitándose el sombrero. Nos condujo por unas escaleras hasta llegar a la última planta. Llamó a la puerta. Momentos después, nos abrió un tipo Con una gorra de piloto y una barba naranja. Pareció reconocer a Dean por la expresión que se dibujó en su rostro. Nos

invitó a entrar.

Había otro compañero, llamado Mitch, que nos presentó. El hombre que nos había abierto la puerta se llamaba Tom. Dean les adió los datos del jet privado a los dos vigilantes aéreos y Mitch los introdujo en un ordenador, que empezó a buscarlo. Frunció el ceño. *I can't find it.* —Le comentó a Tom, que a su vez se acercó al ordenador que estaba usando Mitch. Le dió una serie de instrucciones y apareció un radar. De repente, en el radar apareció un punto.. —*¡There it is!* Proclamó Mitch. Tom nos dijo que el avión iba rumbo Alemania. —Pero que... —Empezé. Como era que iban rumbo a Alemania. ¿Se habrían confundido. —No puede ser. —Dije, desplomándome en el suelo. Una vez salimos de la torre, Dean me miró. —Lo siento amigo Santi, pero volvemos al mismo sitio, dijo, cogiéndome del brazo. —Yo luché con todas mis fuerzas para que me soltase. No pretendía volver a aquella casa. Tifón, al ver que me hacían daño, se abalanzó sobre Dean. —*¡Muy bien Tifón!* — Le hice señas para que soltase al joven francés y salimos corriendo. Era difícil que Dean nos encontrase con esta tormenta. Aquel chaval, se había rendido creyendo que era imposible volver a Alemania. Corrimos y corrimos hasta llegar a un pequeño centro comercial. Alguien tendría teléfono. Tenía dos ideas en la cabeza. Podría llamar a casa de Alba, para tranquilizarles, pero sino yo no podría ir a Alemania, a buscarla, y además pensándolo mejor, la noticia no les tranquilizaría demasiado. Opté por la primera opción. Me disponía a entrar en la tienda cuando alguien me cortó el paso. Era un bobbie, un policía. Esperaba que no me reconociese. *Mister Santiago River Millers?* —Preguntó el policía. Yo asentí con expresión derrotada. Él señaló al perro. Me dio a entender que me había reconocido por él. Nos sentamos en un banco del centro comercial. El policía comenzó a hablar con alguien por teléfono. Me miraba de vez en cuando, como si pensara que me iba a escapar. Cuando terminó la conversación, se dirigió a mí. —Se hablar español. —Yo le observé con cierto interés. Ahora que me fijaba, era un policía alto y fuerte. Tenía el pelo muy pelirrojo oscuro. Tenía un poco de barba alrededor de la boca. La tez la tenía blanca y los ojos los tenía verdes. —Acabo de llamar a tu madre. —Creí que se refería a la de Alba. —Yo no tengo padres. —Él me miró fijamente. —Con que eso piensas. —Se acercaron algunos policías. Uno de ellos me tomó del brazo.

—*Follow me please.* —Ya me estaba alejando cuando el policía que me tenía

cogido de la mano me metió en un coche. En la parte frontal había dos policías, y en la trasera uno, con el que establecí una conversación en español. Ya íbamos por carretera cuando me dijo algo que me impactó. — ¿Con que te ha encontrado James Miller eh? Yo soy su compañero, Alexander. —Esa nombre resonó en mi cabeza. “James Miller” ¿Acaso ese no había sido mi padre biológico? Miré a mi acompañante. —Yo soy Santiago Millers. —Le dije, intentando hacerle comprender que era su hijo. —Ya sé que eres Santiago Millers. Lo que quiero saber es como has llegado hasta aquí. Tardé diez minutos en relatar todo lo ocurrido con pocas palabras. Una vez terminé, llamé a alguien por teléfono.

—Bien Santi, he llamado para que detengan a esas personas cuanto antes. — Instantáneamente hizo otra llamada. Cuando terminó de hablar volvió a observarme. —Ahora acabo de llamar al jefe de la policía de Alemania, para que mande un aviso en el caso de que vean a tu amiga. —El reloj del coche patrulla marcaba la una de la madrugada. —¿Donde voy a dormir hoy? — Pregunté. El policía se rió. —¿Donde va a ser? ¡En tu casa.

Pronto llegamos a una casa, en el 21 Bruton place. Era una casa de color marrón oscuro, pequeña y con dos pisos. Tenía un garaje y un pequeño patio interior. Salió a recibirnos una mujer del pelo color negro ceniza. Tenía una simpática sonrisa de bienvenida. Una vez bajamos del coche nos recibió con los brazos abiertos. Saludó a los policías y me abrazó fuertemente. Me miró fijamente antes de preguntar. ¿Santiago, eres tú? —Preguntó con acento inglés. Yo asentí con la cabeza. Los policías entraron en la casa. No era muy grande, pero si era acogedora. En el salón lucía una chimenea con fuego que soltaba un aire cómodo y caluroso. Había una mesa con sillas, que fue donde se sentaron los tres policías y la mujer. Me indicaron que me sentara yo también. Les tuve que repetir toda mi historia al pie de la letra. Estos llamaron a Iñaki para informarle sobre lo ocurrido. Una vez hube terminado de relatar los hechos, la señora Rivers nos preparó a todos un chocolate caliente. En ese preciso momento, entró el policía del principio. —Nos observó a todos, luego, a mi. La señora Rivers le ofreció otro chocolate caliente. Se sentó junto a nosotros. Ya era bastante tarde, y yo tenía mucho sueño. Tifón estaba sentado a mis pies. Al señor Miller no le hacían mucha gracia los perros, pero no dijo nada. Notó que tenía sueño, por lo que se levantó y me indicó que lo siguiera.

—No creía que nos íbamos a volver a ver. —Dijo, abriéndome la puerta de una habitación. Entré. La habitación estaba pintada de azul claro. Tenía cajones, estanterías y una cama. Mi padre y yo nos sentamos en la cama. — Me ha sorprendido no ver a tu hermano Rick. —Miré al suelo, cabizbajo. — Mi hermano Rick desapareció cuando yo solo tenía siete años. —Dije. El policía asintió. —¿Tú sabes porque desapareció verdad? —Yo asentí. — ¿Aún recuerdas ese día? —Volví a afirmar. El señor Miller no me presionó más. —Que tengas una buena noche. — Dicho esto, apagó la luz y cerró la puerta. El hombre era un poco frío, aunque supuse que no quería agobiarme. Igual que otras muchas veces, Tifón se puso a mis pies. Parecía contento. Igual era porque la señora Rivers le había dado una chuche. Esa noche no tuve pesadillas.

Me levanté a las once de la mañana. —Te levantas casi a la hora de comer chaval. —Dijo mi padre. Me acordé de que en Inglaterra había distintos horarios. Me encontré a Tifón en la cocina. La señora Rivers estaba haciendo un *brownie*, y el policía ya estaba en su despacho. Desayuné muy bien, aunque me seguían repitiendo que era casi la hora de la comida. —¿Puedo hablar con mi padre? —La señora Rivers me miró confusa. —Claro. —Me guió al despacho. Llamé a la puerta suavemente. —Pasa. — El señor Miller estaba sentado frente al ordenador, con un vaso de agua y tomando notas.

—¿Que tal? —Dijo este, incorporándose. Me di cuenta de que ya tenía el uniforme puesto. —Voy a traer a un par de colegas del trabajo. Supongo que te cuestionarán. —Mientras que el Sr. Miller se quedó en casa, mi madre me enseñó Londres; sus calles más famosas, el barrio en el que vivía, y algún monumento histórico. Lo pasamos muy bien. También nos llevamos a Tifón con nosotros. Lo que más me gustó fue el Big Ben. Volvimos a la hora de la comida. Para su gusto, comimos tarde, a la una y media. Cuando llegamos a casa, nos encontramos con por lo menos diez policías reunidos en el comedor.

Al instante supimos que algo iba mal. —El avión se ha estrellado. —Dijo James. Yo me quedé paralizado. —¿Ha habido víctimas? —Pregunté con un débil tono de voz, a punto de caer de rodillas. —No se sabe aún. Han encontrado el cuerpo sin vida de los pilotos, pero no se han encontrado restos del de tu amiga ni del hombre que la acompañaba. —Yo suspiré , algo más

tranquilo. —James miró a su mujer. —Verás, nosotros viajamos mucho, y como oficiales, nos han mandado ir a investigar a Alemania. Nos vamos a ocupar del caso junto a la policía alemana. —Una pequeña ilusión despertó en mi corazón.

—¿Podré ir verdad.

—De ninguna manera. Ya te perdí hace años. Y no pienso volver a hacerlo.

—De ninguna manera me iban a dejar atrás pero —yo asentí, dubitativo.

—Mañana, después de comer. Llegaremos a Munich sobre las cuatro de la tarde. —Nos comentó un policía.

Me retiré a mi cuarto. Me tumbé boca arriba en la cama. Ya no odiaba tanto a mis padres. Mi padre era un poco serio, lo único, pero es lo que tiene. Me molestaba pensar que me abandonaron, aunque sabía que era por una buena causa. Tifón pronto vino en mi búsqueda. Se tumbó a mi lado.

—Estás a gusto aquí ¿eh? —Le dije, acariciándole la parte frontal de la cabeza. —¿Echas de menos a Alba, verdad? Yo también. Tengo que encontrar alguna forma de ir a Alemania, aunque dudo que me dejen ir después de decirme que no. Aparte de que yo tampoco quiero insistir demasiado, tenemos que empezar con buen pié. — Tifón me lamió la cara, como si comprendiese. Me llamaron a la mesa para la hora de comer. El resto de policías ya se habían marchado. Comimos unos fish and chips que me prepararon mis padres, ya que ahora vivía en Inglaterra y pensaron que me encantaría probar ese plato tradicional.

Cuando terminamos de comer, James me dijo que iríamos a visitar mi nuevo colegio. Querían que llevase una vida normal cuanto antes. Estaba relativamente cerca de casa, por lo que podría ir andando. Se llamaba St.Cindy. Al parecer, eran puertas abiertas. Mis padres se encontraron con unos amigos, que tenían un hijo que iría a mi clase. Se llamaba Roger. Tenía el pelo castaño, casi rubio. Era de mi estatura, y era muy amable conmigo. Sabía hablar un poquito de español. Roger me enseñó el colegio de pies a cabeza. *You will like it.* —Me repetía. El edificio del colegio era blanco. Tenía cinco pisos, y en cada piso había cinco amplias clases. Me dijo que nosotros estaríamos en el cuarto piso. *We are in year eleven.* —Ahí se refería

al curso. Roger me presentó a su hermana, Abie, que también iría a nuestro curso. Yo les dije que venía de un pueblo de Burgos. Les conté todo lo que nos había pasado. Abie preguntó por Tifón y le dije que se había quedado en casa. Al parecer, las clases volvían a empezar dentro de un par de días. Los padres de Roger, los Thompson, nos invitaron a cenar a su casa, aunque al final acabamos todos en la mía. Para mi sorpresa, cenamos a las siete de la tarde. Les enseñé mi habitación. Juntos, para entretenernos un poco rebuscamos en los cajones y encontramos cosas sorprendentes. *Hey*. —Dijo Roger. —¿Quién es Rick? — Preguntó, enseñándome una ficha. Les conté que Rick había sido mi hermano. No dí más explicaciones. Me acordé de la cartera que había dejado encima de la mesa la noche anterior, y les enseñé el dinero español, osea, las pesetas, los duros y los francos. Para mi agrado, Tifón se comportó muy bien y estuvo simpático y juguetón todo el rato.

Al parecer, los Miller y los Thompson habían trabajado juntos una época. Cenamos “*Turkey*” y de postre nos tomamos el brownie. A las nueve de la noche nos despedimos, ya que los Ingleses se suelen ir a la cama a esa hora más o menos. —¿James? —Le pregunté a mi padre una vez los Thompson se hubieron ido. —¿Anne se va a ir con vosotros? —El asintió. —Te vas a quedar con los Thompson, mientras llevemos a cabo la investigación. Igual estamos de vuelta en una semana. —Yo asentí. No me parecía tan mala idea quedarme una semana con los Thompson. Por otra parte, acababa de conocer a mis padres, y ya se iban sin mí otra vez. Mi padre debió de leer mi mente. —No te llevamos con nosotros porque el RAF está suelto.

—¿Qué es el RAF?

—Un grupo terrorista. A los policías no nos pueden hacer daño, debido a que vamos a dormir y trabajar en un edificio militar lleno de seguridad. —Me comentó, tranquilizándome.

—De acuerdo. —Mi padre me acarició el pelo. —No les des a los Thompson mucho trabajo. —Yo sonreí. —Claro que no. —En ese momento entró Tifón. Se sentó encima de mi padre. —Bueno... Espero que a los Thompson les gusten los perros.

Me metí en la cama y me arropé. *Good night*. —Dijo, antes de irse. Esperaba con todas mis fuerzas que encontraran a Alba, y aunque ya no me tenía que

preocupar del señor Benítez, esperaba que a él también le encontrasen. Estaba feliz en Inglaterra, pero echaba de menos al padre Aloisio y a mi habitación en la casa del señor Benítez. Ojala pudiera volver. También echaba de menos mi bici, y el olor a campo, que es algo que en la ciudad no se suele conseguir.

6.EL VIAJE A ALEMANIA Esta vez me desperté a las seis y media de la mañana. —. Aquel día era cuando emprendían el viaje a Alemania. Fuimos a desayunar a un restaurante, donde todo estaba muy bueno. Desayunamos huevo frito con bacon y con tortitas. Nos olvidamos de los vasos de leche con pan. A mi padre le conocían por el barrio, ya que todo quién le veía se acercaba a saludar. Dimos una pequeña vuelta por las calles con más tiendas, aunque al final no compramos nada. Cuando llegamos a casa, eran las ocho, horario en el que en España posiblemente seguiría dormido. Nos sentamos los tres en el sofá y pusimos la televisión. La chica que hablaba en el telediario nos dijo un par de cosas. *As we repeat, Alba and Santiago were found, although the girl has dissapeared during a plane crash in Munich.**

—Be bueno. —Dijo mi padre, con su acento. Me recordaron que me comportase bien y que no la liara. Después de eso me dieron un cálido abrazo de despedida y se marcharon en un coche, junto a su equipo de policías. Los Thompson no vivían muy lejos. Tenían un chalet con piscina. Ya que estábamos en Noviembre, la tenían sin agua. Habían accedido a quedarse con Tifón también, ya que era un perro bastante tranquilo. Abie había traído a una amiga a casa, Sarah. El otro día, la hermana de Roger me había parecido simpática, pero ahora intuía que me intentaba evitar.

**Como repitimos, Alba y Santiago fueron encontrados, aunque la chica ha desaparecido durante un accidente de avión en Munich.*

Apenas me saludó.

El chalet tenía dos plantas. Las habitaciones estaban en el segundo piso.

Roger me llevó a la suya, una habitación pintada de blanco y negro, un diseño muy extraño. Tenía doble cama, por lo que podría dormir en su habitación. Le habían colocado a Tifón un cojín con manta para que se acomodase. Se lo agradecía mucho. Mientras mi socio descubría la casa, Roger me habló de su padre, que antes había trabajado con el mío, y que

ahora era ingeniero, algo que le llevaba mucho tiempo gustando. Nos pasamos horas y horas jugando al escondite por su casa, aunque él tenía ventaja, dado que yo no la conocía tan bien como él. Nos lo pasamos pipa en el jardín, aunque se nubló y nos hicieron entrar para adentro. Aprovechamos que estábamos dentro para merendar. Los padres de Roger se tomaron un té, mientras nosotros nos comimos una manzana y una tortita. Cuando terminamos de merendar, nos juntamos los cinco, contando a Tifón, en la sala de juegos, y jugamos a juegos de mesas clásicos del país. Había alguno, como “snakes and ladders” que yo no conocía. Obviamente, perdía casi todo el tiempo, pero pronto sabría jugar tan bien como ellos, e igual algún día les llegaría a ganar. Abie se mostró un poco más abierta. Roger me susurró al oído que era un poco pija y me reí a carcajada suelta.

Raramente, me sentí un poco mareado. “Oh no” pensé. Se me había olvidado decir lo de la enfermedad. Además, el medicamento se me había olvidado en la casa donde nos tuvo retenidos el inspector Dominguez. Abie detectaría que algo iba mal porque me señaló y le dijo algo a Roger, que reaccionó rápido llamando a sus padres. De lo único que me acuerdo es que sus padres se acercaron y me metieron algo en la boca.

Me desperté después. Estaba tumbado en un sillón de la casa de los Thompson. At least. —Dijo un señor al que yo no conocía. Me lo introdujeron. Se llamaba Peter, y era un médico. Al lado de Peter estaba sentado Roger, con gesto preocupado. Abie y su amiga no estaban por ningún lado. Cuando por fin pude incorporarme, el médico me tendió unas pastillas. Me tenía que tomar dos al día, según me tradujo Roger. Tan solo me había desmayado. El susto pasó rápido. Volvimos a subir al cuarto de Roger, donde, aunque fuera pronto, me tumbé en “mi cama”. Pasamos el resto del día en su habitación. Nos trajeron la comida y la cena. Charlamos sobre el fútbol en Inglaterra y en España, y otras muchas cosas. Tifón se recorrió el jardín entero, por eso aquel día no le sacamos a dar su paseo. Todas las noches pensaba en Alba. Con Roger, los días solían pasar rápidamente. Pronto llegó el día más esperado; mi primer día en el colegio. Al parecer, Roger ya les había hablado a sus colegas de mí, porque me recibió toda la clase. Incluso las chicas se acercaron a verme. En el colegio también enseñaban algo de español, por lo que me pude comunicar bien. Los chicos me dieron palmadas en la espalda. Me empezaron a hacer todo tipo

de preguntas.

Dijeron que habían oído hablar de mi en los telediarios, y que si todo lo que decían era verdad. Por supuesto, no sabían lo de mi esquizofrenia, y sabía que Roger no se lo contaría. Mi profesora se llamaba Miss Smith, una amable señora que también nos daba las matemáticas. Cuando tocó la hora del recreo vimos a Abie en el patio. Me senté con Roger y con algunos amigos suyos, que no paraban de hacerme preguntas de todo tipo. Me contaron algunos chistes, aunque la mitad no los pillé. De un momento a otro, se pararon de reír. Se miraron entre sí y me levantaron. Lets go, lets go. —Repetían sin cesar. Vi como unos chicos se acercaban a mí. Eran tres. Había uno bastante alto, mientras los otros dos eran de normal estatura. El más alto era moreno de pelo, llevaba un piercing. Uno de los más bajos tenía la tez morena y el pelo castaño oscuro, mientras que el restante era rubio y corpulento. Noté que no me caían bien desde el primer instante que les vi. Cuchichearon algo entre ellos y me miraron. You and me. At quarter to four. —Les miré con aire vacilante. ¿Me estaban retando a una pelea? Toda mi pandilla, incluido yo, salimos escopetados.

A la salida del colegio, Roger estaba muy nervioso. Estaba muy impaciente esperando a Abie. En cuanto esta salió, con sus amigas, como de costumbre, le susurró unas palabras al oído. Esta me miró. You must be strong to fight him. —Dijo, soltando una risa. Se separó de sus amigas y nos acompañó a Roger y a mi a la puerta de salida. No muy lejos, estaban los tres individuos que había conocido aquella mañana. If you really are strong, demuestra lo. —Me dijo Abie, señalando a la pandilla. Roger se tapó los ojos. No sabía como sacarme de aquel asunto, además que Abie quería que luchase. El corpulento se acercó a mi, todas las miradas de los allí presentes puestas en mi. Pronto se formó un corro de alumnos a nuestro alrededor.

Yo nunca había estado en una pelea. Solo sabía que había que propinarle golpes al contrario. El rubio, llamado Kevin se acercó. Levantó el puño como para darme. Me agaché. Seguía teniendo recuerdos de los hombres que me pegaron. Seguía teniendo algunos moratones. Kevin se había cabreado porque yo había esquivado el primer golpe. Se preparó para darme otra vez, pero no lo logró. Le dí yo antes. No quería hacerle mucho daño. Era mi primer día de colegio y ya estaba metido en una pelea. Me miró con disgusto

y me dió bien fuerte. Noté como me daba en la nariz. También noté que me empezaba a sangrar. A pesar del dolor, logré derrumbar a Kevin con otro golpe seco. Este se me quedó mirando desde el suelo, ocasión en la que nosotros aprovechamos para escapar. Roger y yo salimos corriendo. Me dolía mucho la nariz. Según Roger, me sangraba a los bestia.

Abie pronto nos alcanzó. —Os habéis escapado. —Dijo, mirándome de reojo. —Tu tienes la nariz rota. —Roger asintió. De pronto, se desvió del camino que seguimos esta mañana.

—Tengo una ruta más rápida para llegar a casa. —Dijo, guiñándome un ojo.

Abie y yo andamos en silencio, como si fuésemos invisibles para el otro. Transcurrieron unos minutos cuando se acerco y me cogió de la mano, como un gesto para que me parase. Se sacó un paquete de pañuelos de la mochila y me colocó uno en la nariz. —Por si te desangras. —Dijo en inglés, con un gesto amistoso. —Me pone muy nerviosa verte con la cara llena de sangre. —Me alegré, sabiendo que al menos me iba a llevar bien con Abie, hermana de mi amigo Roger. Para cuando llegamos a casa, le vimos en el jardín. Tenía cara de preocupado. Llevaba una carta en la mano. Sus padres estaban a su lado. Abie me miró y fue corriendo hacía ellos. Yo la seguí. Los Thompsons me miraron. Me tendieron una carta. No tenía dirección. No la habían abierto. Al parecer era para mí. Estaba escrita en español y decía así:

Santi, soy yo, Alba. Te escribo para decirte que estoy bien. No te puedo decir donde estoy, ya que esta carta puede caer en malas manos. Si te ha llegado y la estás leyendo, no te preocupes por mí. Estoy bien escondida. Y tengo compañía buena. Solo te puedo dar pistas. Algo va muy mal. Tus padres están en peligro. Mi tío Benítez esta en Frías. Ha logrado escapar. Lo verás en el telediario. No llames a la policía pase lo que pase. Confío en ti. En cuanto leas esta carta, destrúyela.

Un beso muy grande,

Alba.

Por un momento me pasan todo tipo de preguntas por la cabeza. ¿Donde

*está Alba? ¿Sobrevivió al avión? ¿El señor Benítez ha logrado escapar?
¿Como sabe donde estoy? ¿Mis padres están en peligro?.. Roger me sacó de
mis*

*pensamientos. Le tradujo la carta a sus padres. Estos me miraron incrédulos.
No sabíamos que hacer. Los Thompsons pensaron que sería una broma.
Total, subimos al cuarto de Roger. Abie también entró, algo, que según su
hermano estaba fuera de lo común. Me volvieron a preguntar que quién era
Alba. Y se lo expliqué. Tifón entró en la habitación y me saludó tirándose
encima mío. Supuse que me había echado mucho de menos. El día pasó
rápido. Cenamos un poco de pescado y sopa. Luego cada uno nos retiramos
a nuestras respectivas habitaciones. Cuando Roger ya estaba dormido, Tifón
se puso a mis pies, como de costumbre. Le acaricié la cabeza suavemente. —
Estoy muy confuso por todo lo que ha pasado, ¿sabes? —Tifón me miró con
sus ojos brillantes y pronto me dormí. Había estado un buen rato buscando
una posición cómoda. Una vez me hube quedado frito, mi mente me engañó.*

*Aparecí en un sitio desconocido. Tenía a Alba y a Tifón a mi lado. Tenía un
revólver en la mano. Miré primero a Tifón, y después a Alba. “Lo siento.”
Murmuré. Me apunté con el arma. Oí a Alba chillar y a Tifón ladrar.
Después escuché el disparo...*

Me desperté sudando a lo bestia. Estaba desarropado.

*—¿Tifón? —Pregunté. Este se inclinó y me lamió la cara en gesto de
consolación. Me tumbé hacía arriba. Esta pequeña pesadilla había sido muy
dura. Y esperaba que no se cumpliese.*

*Me desperté tarde a la mañana siguiente. Roger y Abie ya estaban vestidos. Y
yo aun estaba dentro de las sábanas. Les obligué a irse ellos al colegio, ya
que yo ya sabía el camino y les retrasaría. Partieron sin mí. Desayuné lo más
rápido que pude, me lavé, me peiné y me vestí a toda velocidad, aunque a
sabiendas de que no llegaría a la hora. Me despedí de los Thompsons y de
Tifón y salí por la puerta. Esperé en la parada de autobús más cercana unos
dos minutos, que fue cuando llegó. Iba casi vacío. Un señor me invitó a
sentarme a su lado. —Vas a llegar tarde. —Me dijo. Yo asentí. El extraño
llevaba un sombrero, unas gafas de sol y una gabardina de color negro con
corbata. —Gabriel, a su disposición. —Dijo, tendiéndome la mano. No*

hablamos en todo el viaje, aunque pude notar como sus ojos se clavaban en mí. Cuando llegamos a mi parada, me dispuse a bajar cuando me tendió una tarjeta. —Cuando quieras. —Me dijo, misteriosamente. Sin ni siquiera mirarla, metí la tarjeta en mi mochila y salí corriendo hacia la puerta del colegio. Llegué a mi aula y llamé a la puerta. Miss Smith me indicó que pasase. Ten minutes late. —Me reprimió. —¿Alguna excusa? —Preguntó en inglés. Yo negué. —Vete a la otra clase. El coordinador está allí. El sabrá que hacer contigo —Dejé la mochila en mi sitio y me fui a la otra clase. Había un hombre que yo no conocía dando clase. Me indicó que entrase. Le expliqué lo ocurrido como pude. Frunció el ceño y llamó a Abie. Le dijo algo en inglés y esta salió conmigo. —¿A donde me llevas? —Pregunté. Esta miró al suelo. —Verás... Cuando alguien llega tarde tiene que ir al despacho de Mister Forest, un señor que se encarga de pegar latigazos en las manos a los alumnos. —Yo le miré incrédulo. —¿No pensarás llevarme allí? —Ella me fulminó con la mirada. —Pensé que eras duro y fuerte, no un blandengue. —Me dijo, disgustada. Yo suspiré. Esa chica era peor que Alba.

—Bueno, pues llévame al despacho ese. —Ella me sonrió maliciosamente. —Era solo una broma ¿Sabes? Nadie quiere ir a ese despacho, por muy duro que sea. —Dijo, con un acento de superioridad. De verdad que no pillé la gracia. —Da igual. Si no me llevas también te castigarán a ti. —Le repliqué, en un inglés español. Ella asintió, pareció entenderme. —Como tu quieras. —Me acompañó a un aula de pequeño tamaño y llamó a la puerta. Nos abrió un hombre alto y delgado, con una barba naranja rizada. Tenía los ojos negros como el carbón. Nos miró de arriba a abajo e intercambió un par de palabras con Abie. Me dijo que pasase, mientras que ella se quedó fuera. Mister Forest cerró la puerta y sacó un objeto que me dio bastante miedo. —Extiende las manos. —Me dijo, en el idioma británico. Yo hice caso sin rechistar. Él alzó el látigo. Y me dio. Dolió bastante. Me hizo sangre. Antes de irme me agarró el brazo. —No me gusta pegar a los niños, pero me pagan por ello. —Me abrió la puerta para que saliese. —Llévale al baño a lavarse las manos. —Abie asintió y me condujo hacia el baño de los chicos. —Aha, vete entrando. —Me dijo. Me acordé de que era el baño de chicos y por eso ella se había quedado afuera esperando. Me lavé las manos y me quité la sangre. Después cada uno volvimos a nuestras respectivas aulas. Al entrar a clase, Miss Smith me miró con una mezcla de pena y compasión. En el recreo, la mayoría de alumnos que había me chincharon. —Ya veo que has

conocido al huesillos. —Se referían a Forest. Recibí comentarios de todo tipo. Aunque hice caso omiso. La amabilidad del primer día se había evaporado.

Una vez terminó la jornada y llegamos a casa, Roger se marchó a clases de guitarra, y Abie se retiró a su habitación para estudiar. Empecé a pensar en aquel señor mayor al que habían asesinado, en el señor Benítez, y en Alba... De repente me acordé de aquel extraño hombre que había conocido en el autobús. Recordé que me había dado una tarjeta, a la que yo no había hecho caso. Abrí la mochila y la saqué. Leí lo que ponía. “Detective privado.” Venía un número de teléfono y una dirección. ¿Que pretendía aquel hombre que hiciese? ¿Me habría reconocido? Pensé en llamar. Pero no lo hice. ¿Para qué iba a necesitar yo un detective privado, teniendo a mis padres y a otras personas investigando en Alemania? Guardé la tarjeta en la cartera. Pensé en la carta de Alba. ¿Con quién estaría? Mil preguntas recorrieron mi cabeza. Supuse que Alba estaría en Munich, pero no lo sabía seguro. Y tenía que saberlo. Tenía que encontrarla a ella y a mis padres. Desde su viaje a Alemania no me habían ni escrito ni me habían llamado. De repente empecé a preocuparme. Salí de la habitación donde estaba y llamé a la puerta del cuarto de Abie. —¿Quién es? —Preguntó en Inglés. —Yo. —Me limité a decir. La chica me indicó que pasase. Nunca antes había entrado en una habitación como la suya. La pared estaba pintada de un color rosa muy claro, tenía una cama amplia y una estantería perfectamente ordenada. Ella estaba sentada en la silla del escritorio. —¿Y bien...? —Le expliqué todo lo mejor posible, detallando al hombre misterioso. La británica me escuchó pacíficamente. —No vayas. Puede ser un engaño. —Su respuesta me hizo pensar. —Puede. —Contesté.

Los días siguientes pasaron muy rápidamente. Me peleé más de una vez con Kevin y los suyos, aunque no volvimos a llegar a las manos. Después de estas discusiones, Abie no parecía nada contenta conmigo. Pare de enfrentarme con ellos cuando un día Roger me dijo que Abie y Kevin estaban juntos. Vi que los chicos se metían más conmigo, aunque no me importaba del todo.

Una tarde me senté a reflexionar. No traía más que problemas a la gente. Fue por mi idea de escaparme del hospital por la que metí a Alba en este lío, aunque parte de la culpa la compartía con el señor Benítez. Si no hubiese

escapado con ella, nada de esto hubiera pasado. Algunos chicos se metían con Roger por mi culpa, y había notado que Kent y Abie discutían a menudo, debido a que yo me alojaba en su casa. También pensé que los Thompsons tenían más trabajo conmigo. Salí a un kiosko a por un cigarrillo de chocolate. Al sacar mi cartera para pagar, volví a divisar la tarjeta. La saqué y me la metí en el bolsillo del pantalón. Al salir de la pequeña tienda, me acerqué a una cabina telefónica y marqué el número.

—¿Diga?

—Buenas tardes, soy...

—Ya se quién eres. Supe que llamarías. Eres el del autobús. Te espero dentro de quince minutos en la dirección que esta escrita en la tarjeta. Nos vemos.

—Miré la dirección. No estaba muy lejos. Me fui andando. Llegué a un umbral justo cuando empezaba a gotear. Llamé al timbre y me abrió una señora de mediana edad. —¿Que desea el señor? —Me dijo, mirándome de pies a cabeza. Le dije que tenía una cita con un tal Gabriel. Me abrió encantada. Entré. Ante mí se extendía un pequeño pero confortable salón. Había varios cuadros en la pared. Pude divisar a un hombre bien vestido sentado en una butaca. Ahora pude verle completamente el rostro. Tenía una cara rechoncha y simpática. Tenía el pelo marrón y me recordaba al chocolate con leche. Él en sí no era ni gordo ni flaco. Llevaba algo así como un smoking negro. Me indicó que me sentase. Le hice caso y nos dimos cortésmente la mano. Acto seguido, llamó a la mujer que me había recibido a la entrada. —Pilar, haga el favor de traerle un chocolate caliente a este buen hombre. —Ella asintió y salió disparada de la habitación. —Te conozco. Se quien eres. —Fue lo primero que me dijo. —¿Quieres saber donde esta tu amiga verdad? — Yo, sorprendido por cómo había iniciado la conversación, le dije que sí con un gesto. —Bien, dame la carta. —La busqué en mi cartera y la encontré, cuidadosamente doblada.

—Por la informalidad supongo que sois buenos amigos. Bien, ahora analicemos. “Algo va muy mal. Tus padres están en peligro.” Digamos que se ha enterado de algunos hechos. Habrá estado metiendo las narices o espionando. Puede que la hayan capturado. Tus padres están alojados en Alemania, Munich, por lo que tengo entendido. Ella debe de estar en el mismo sitio. —Yo le miré con certeza. “No llames a la policia.” La estarán

presionando. Tendrá sus motivos para no llamar. —Dijo, mientras la madama me trajo el chocolate. —

No actúes. La carta es falsa. No quieren que te preocupes y avises a quién no debes. Quien sea que esté con ella le ha obligado a escribir la carta. Ten cuidado. —Yo le mire perplejo. ¿De verdad sabía este hombre de que hablaba?

—Posiblemente la hayan obligado a decirte que está bien para que no se te ocurra la loca idea de ir. —Este hombre lo que hacía era darme más motivos para cogerme un avión a Munich. —Te lo repito, no vayas a Alemania. En caso de que te fueras, podría seguir tu rastro, soy detective. Volviendo a tu amiguita, el RAF está suelto. Me voy a ir yo mismo unos días para investigar. Por eso te facilité la tarjeta. Más te vale no entrometerte. —Sacó un cigarrillo. —¿Quieres? —Yo negué.

—Bien, puedo ver que cuidas tu salud. —Dijo él, guardando la caja de tabaco y guiñándome un ojo. —Debes de querer mucho a tu ejem... ¿amiguita? Para preocuparte tanto. —Yo asentí. Se me ocurrió una idea. —¿Podría irme con usted a Alemania? —El detective privado me sonrió. —Veo que no eres tonto. —No entendía nada. Hace unos instantes me había dejado bien claro que no me entrometiese, pero ahora me estaba invitando a ir con él. ¿Qué estaba pasando?

7. GABRIEL PRINCE

Una semana después, estaba despierto. Eran las dos de la madrugada. Me había acostado antes, ante las sospechas de todo el mundo. Saqué todos los libros que albergaba la mochila de mi colegio e introduje un snack y una chaqueta bien doblada. Temía despertar a Roger, por lo que fui más silencioso que un gato. Até a Tifón. —Nos vamos chico. —Le dije, atándome los cordones del zapato y terminando de ponerme la camiseta. Había quedado a y media con Gabriel y no quería llegar tarde a mi vuelo. Pasé al lado de Roger.

—Adiós y gracias. Siento haber causado tantas molestias. — Susurré. Cogí un papel y escribí una nota, diciendo que no se preocupasen y que estaría bien, aunque dudase de que funcionara. Ya iba abriendo la puerta principal

cuando noté una temblorosa mano caliente encima de mi hombro. Me dí la vuelta. —¿A donde te crees que vas? —Era Abie. —Ya os he causado muchas molestias. Voy rumbo a Alemania. He quedado con un detective privado. — Abie me miró incrédula.

—No te creo. Ni siquiera te has despedido de mí. Ni de Roger ni de mis padres. No eres ninguna molestia. Por favor, no te vayas. —Nunca me había esperado que aquellas palabras saliesen de la boca de Abie. Me puse en frente suya y la agarré del brazo suavemente. —Guardame el secreto. No se lo digas a nadie. Confío en ti. —Ella asintió. Nos separamos, y con Tifón de la correa, la guiñé un ojo y me fui. Esperaba que no soltase nada a nadie. Ni siquiera a Roger. Andé por la fría calle. Hacía un tiempo de perros. Busqué una calle en concreto y la encontré. Me senté en un banco y esperé un par de minutos hasta que avisté a un coche negro acercándose a mí. Supuse que sería el taxista que había contratado el detective para mí. Me subí y arrancamos. No tardamos mucho en llegar a un aeropuerto. No lo conocía ni sabía como se llamaba, pero eso ahora me daba exactamente igual. Por una parte, me sentía culpable por dejar a la familia de los Thompsons atrás, pero por otra, aún habitaba en mi interior el instinto que me proporcionaba la valentía. Pasase lo que pasase, iba a encontrar a Alba. El conductor del taxi me dejó en la mismísima puerta, donde me encontré con Gabriel, que estaba esperándome. Al pasar por la multitud, muchas caras me miraban y susurraban a sus acompañantes.

Ya me había acostumbrado a eso. Pasamos por seguridad, donde nos chequearon para comprobar que no llevábamos ninguna arma o bomba. Era la segunda vez que montaba en avión.

A y veinte pasadas ya nos estábamos subiendo al transporte. Montamos en un VFW 614, una compañía de aviones fundada en el setenta y uno. Había pocos pasajeros a bordo, por lo tanto nos acomodamos a nuestras anchas. Guardamos nuestro equipaje y dejamos a Tifón abajo, en una parte que tenía el avión para las mascotas. Tifón iba a estar con otro gato, llamado Félix, aunque irían los dos bien enjaulados. Una vez bien cómodos en los asientos, Gabriel me miró.

—Que sepas que este puede ser mi último caso. No tengo tanta edad, pero he pensado en jubilarme o dedicarme a otra cosa. — Yo asentí, sin prestar

mucha atención. El detective se volvió a dirigir a mi. —Ya he alquilado un pequeño apartamento. —Una sonrisa se dibujó en mis labios. Con que estaba todo planeado. El avión despegó suavemente. —Mi nombre completo es Gabriel Prince. —Le miré. Nunca me había dicho como se apellidaba. —De pequeño me encantaba encontrar las zapatillas de mi padre cuando se le perdían y cosas similares. —Rió el. Aquel hombre tenía sentido del humor. Eso me gustaba. Durante el trayecto hablamos sobre mi anterior vida. Como muchos otros, él me preguntó sobre que pasó aquella noche pero yo me negué a contestar. Él no insistió demasiado, cosa que agradecí. No había sido capaz de decírselo a mis propios padres, se lo iba a decir a un hombre que acababa de conocer. —Da igual. —Me dijo. —Ya lo averiguaré. —Le miré sorprendido y confuso a la vez. ¿Sería posible que pudiera descubrir mi gran secreto? Descarté esa posibilidad. No, imposible.

A mitad de camino, se volvió a dirigir a mí. —Me apellido Prince por mi padre. Es una costumbre en Inglaterra, que la familia vaya solo por el nombre del marido. Mi familia son los Prince. —Admitió, orgulloso de si mismo. Yo asentía sin parar a pensar en todo lo que me contó. Era un señor contento y alegre, con un toque de humor, pero a la vez respetuoso. Me cayó muy bien. Terminamos el viaje pacíficamente. Fue un aterrizaje suave y satisfactorio. Por fin logramos estar en Munich. Dado que era la misma hora que en España, entre unas cosas y otras, llegamos al apartamento a las siete de la mañana.

Estaba cerca de una comisaría, cosa que me agradó. El apartamento era pequeño pero cómodo. Era un sexto piso, letra C. Tenía un baño con ducha y otros servicios personales. Había dos habitaciones. Una con una cama de matrimonio y otra con dos camas ligeramente apartadas. Esa sería la mía. También había una pequeña terraza, lo suficientemente grande como para desayunar fuera. Nos acomodamos, aunque lo único que guardamos en los armarios fueron unos pijamas y unos pares de ropa. Gabriel me dijo que no sabía cuando volveríamos. Cuando ya terminamos de instalarnos, nos sentamos en el sofá del pequeño salón y encendimos el televisor, que no era muy diferente a la televisión española, aunque también era en blanco y negro. No había rombos rojos en el canal de noticias, por lo tanto era seguro para los más pequeños de la casa, aunque seguro que sacaban alguna noticia dura. Tifón aprovechó para recorrerse el pequeño piso, como a él le

gusta, oliendo cada rincón. Hablaron de muchas cosas, entre ellas incendios y inundaciones en algunas partes de la costa de la península ibérica, hasta que llegaron a la noticia que nos interesaba.

“ Caso Benítez Salvaret. El ya regresado a casa Ramón Benítez, presenta fracturas craneales y ha sido ingresado. Se mantiene inconsciente. Niña sigue desaparecida. Su cuerpo no ha aparecido aún. Podría haberse salvado, o su cuerpo podría haberse desintegrado debido a las condiciones del lugar. El chico, adoptado, ha sido localizado esta mañana en un aeropuerto del país junto a otro hombre, con el que hablaba animadamente. No se sabe de su paradero.”

Suspiré, aliviado. No me gustaba que me tuviesen localizado las 24 horas del día. Esperé que mis padres no hubiesen visto las noticias, ya que se preocuparían, o eso creía. Después nos acostamos, ya que el sueño nos ganó la batalla. Cuando llegué a mi habitación, vi a Tifón tendido en el suelo, durmiendo plácidamente. Al meterme en la cama, el muy sabio se incorporó y se metió conmigo, cosa que le encantaba.

Estaba en una callejuela. Vi como se acercaba un hombre. No le distinguía, era una mancha borrosa. Se aproximaba en silencio. Llevaba una navaja en la mano y un cuerpo cargado a sus espaldas. —Santiago? —Preguntó, tendiéndome la mano. Tenía una voz que me resultaba familiar. Yo se la di. —Y usted es... —Le dije, una vez soltó mi mano. —El nombre no importa. Llámame Jackson. —Puso a Alba a mi lado. Yacía

inconsciente.

Pronunció su nombre con una sonrisa que me atormentaba. Me incorporé. Seguía en mi cama. Noté que no sudaba. Pensé en Alba, en que aparecía en todos mis malditos sueños. Echaba en falta tenerla a mi alcance. Fallé a protegerla. Volví mis pensamientos al extraño sueño. ¿Quién sería el tal Jackson? Esa era la pregunta que se desarrollaba en mi compleja mente una y otra vez. Un pensamiento me llevó a otro, y acabé con el asunto de mi enfermedad entre las manos.

Era como si tuviese un pequeño desorden cerebral. En los últimos días me había dado cuenta de que me costaba tomar decisiones, y que pensaba

extraño en cuanto a mis emociones. Me levanté y fui a por las pastillas que me había dado el doctor de los Thompsons. Solo quedaba una. La saqué y me la tomé. Me ayudó a quedarme dormido, era como si mi cabeza se hubiese relajado de repente, no me dejaba pensar en condiciones.

Estaba tumbada en una cama. Después del accidente en el avión, aparecí en una pequeña cabaña en las afueras de Munich. Para mi sorpresa, las heridas que tenía no eran graves. El accidente no debió de ser grave entonces. Nada más levantarme noté que me habían puesto esposas. Poco después entraron unos hombres, diciéndome cosas extrañas, como que iban a acabar con mi tío de una vez por todas, y también dijeron que tenían planes reservados para mí. Estuve algún día con esos hombres. Me seguían diciendo las mismas cosas y que su jefe apreciaba mucho que siguiese con vida. Debido a que el avión no me causó heridas irreparables, cicatrizaron en poco tiempo.

Unas semanas después, entró en la habitación un hombre alto, de cabello rojizo y de unos ojos malvados. Me obligó a escribirle a Santiago que estaba bien, cuando yo lo que quería era que se preocupase por mí y que llamara a la policía, pero este señor me forzó a escribir justamente lo contrario. Como me negué a escribir, amenazó con matar a Santiago, y eso ya me puso a trabajar bien rápido. Lo último que quería era que le pasase algo por mi culpa.

Me desperté a las diez de la mañana, aproximadamente. El detective Prince ya estaba despierto. Estaba anotando cosas en una libreta. Cuando me aproximé a ver que era lo que tanto escribía lo retiró. —Los trabajos de un detective no pueden estar expuestos al público, y mucho menos al cliente. —Murmuró él, con sorna.

Tifón no tardó mucho más en despertarse, nos acompañó a un bar que había al lado del apartamento. Nos tomamos un colacao con leche mas galletas y compramos una barra de pan en un kiosko. Una vez volvimos a subir al apartamento, Gabriel Prince me miró fijamente. —Hoy comenzamos a investigar. Vamos a dar una vuelta por los callejones más estrechos de Munich. También recorreremos áreas peligrosas donde hay traficantes de droga y cosas por el estilo. Eres libre de quedarte en el apartamento. —Yo asentí, aunque la verdad era que me daba un poco de miedo.

El detective se levantó y caminó hacia su cuarto. Me dijo que le siguiera. Se acercó a un cajón de noche y sacó algo que no esperaba; Una pistola 92, fabricada en Italia. Hizo otra cosa que tampoco esperaba, me la tendió. Yo le miré estupefacto.

—Chico, no sabemos con quien nos podemos encontrar. —Volví a asentir débilmente. Luego se volteó hacia su cama y de debajo de la almohada extrajo otra igualita. —Gemelas. —Dijo, sonriendo.

Se la guardó en una parte del pantalón y yo hice lo mismo. Antes de salir, se puso unas prendas de ropa muy inusuales y sacó un paquete de tabaco. — ¿Estás listo para fumar por primera vez? Hay que parecerse a esa clase de gente para pasar desapercibidos. —Me pasó un cigarro y me lo guardé en el bolsillo de la chaqueta.

Entre los dos, despeinamos a Tifón y le mojamos un poco, pare que tuviese una mala pinta, y, antes de salir por la puerta, el detective se puso un gorro y se hizo con un bastón de madera. Sonreí para mis adentros. Este señor tenía mucha experiencia.

Una vez en la calle, el detective Prince me llevó hasta un punto de alquiler de coches, donde nos hicimos con una pequeña tartana. Estuvimos lo menos media hora en el vehículo, Gabriel paró cerca de un callejón. Nos bajamos y el detective me indicó que mantuviese la calma. Nos adentramos en aquella calle sucia y estrecha. Había varios locales llenos de gente que se estaba pinchando o peleando. Nos acercamos al local que peor pinta tenía. La gente nos observaba como águilas. Nos sentamos en una mesa que había en un rincón, al principio estuvimos solos, y luego se nos unieron dos personas más. Hablaban nuestro lenguaje. Olían fatal pero intenté no poner muy mala cara.

Eran un chico joven, de unos 30 años, y un señor más mayor, que aparentaba 70. El joven nos preguntó por cigarros.

—Pilla. —Le dijo Prince, dándole un cigarrillo. El chico también preguntó por un mechero, y el detective se lo tendió. Estaba tan mal de la cabeza que no podía casi ni encenderlo. El señor mayor se dirigió a mí. —¿Tu no tomas? —Mi detective privado me tendió un cigarrillo y el chaval joven me devolvió

el mechero. Prendí el cigarro y me lo metí en la boca. Sorbí una vez. Sabía fatal. Un poco más y vomitaba. —¿Es tu primera vez? —Preguntó el señor mayor, extrañado. Yo negué. Prince inició una conversación. —Es nuestra primera vez en este local. —El joven sonrió.

—El jefe los lleva todos, asique no se preocupe.

—¿Y que tal va el hombre? He oído que tiene un caso entre manos. —El señor mayor puso las manos sobre la mesa.

—¿Como lo sabe? ¿Quién se lo ha dicho?.

—Uno tiene sus propios medios...

—Pues sí, tiene usted razón. Adam tiene a la niña

desaparecida... —El jovenzuelo le dio un codazo, que hizo que el señor mayor se callara.

—No se preocupen, se que el jefe la tiene secuestrada y que la chica mandó una carta. —Esta vez fue el joven el que se inclinó. —Entre ustedes y yo, esa carta no fue escrita por que sí. El jefe la forzó a escribir.

Mi corazón pegó un brinco, ¿significaba eso que Alba no estaba bien?

—Y donde se aloja Adam ahora mismo?

—Eso no lo sé ni yo. Lo que he oído es que a la chica la tienen en las afueras de Munich, muy escondida.

—Mejor, así no la encuentran. —Dijo Prince. Supuse que lo dijo para disimular. —Aunque me citó hace un par de semanas en una casa a las afueras para ayudarle a sacar información a una niña, pero no se donde vive... —El mayor se levantó y le pidió al camarero un papel y un bolígrafo, después nos escribió una dirección. Mientras lo hacía, noté la mirada del chico clavada en Tifón.

El señor le dio la hoja al detective, que se la guardó cuidadosamente. Les dimos las gracias y nos levantamos, cuando el joven me agarró. —Sales en la

tele. Y ese perro también. El señor ese también me suena... —Antes de que pudiese decir algo más, Prince me sujetó y tiró de mi. La gente empezaba a mirarnos con curiosidad. —¡Son unos impostores! ¡Trabajan con la policía! —El detective sacó su 92 y yo hice lo mismo. —Que nadie se mueva. —Dijo, apuntando a todos los presentes. —El joven nos miró con una mezcla de temor y de rabia en su rostro. Yo también empecé a apuntar a los presentes. Lentamente levantaron las manos. —Ya veréis cuando venga Adam. —Dijo uno. Prince me escoltó fuera del lugar hacia la vieja tartana. Tiré el cigarro al suelo y lo pisoteé. No volvería a meterme un cacharro como esos en la boca.

Llegamos al puesto de alquiler de vehículos y dejamos el coche. Subimos a nuestro apartamento con Tifón a nuestros talones. Arriba, cerramos la puerta y las ventanas. Después de eso nos sentamos en las sillas de la cocina. El detective sacó el papel que cuidadosamente había doblado y lo extendió. Se podía distinguir un plano de las afueras de Munich, todo bastante bien presentado. A un lado del mapa, se localizaba un pueblo con nombre Dachau, y si seguías una línea roja, llegabas a lo que parecía una casa de campo, donde se leía Damme von Adam. Prince puso cara de asco. —Me da a mí que vamos a tener que comprar un diccionario alemán —Me propuso mi investigador.

Nos cambiamos a una ropa más limpia y mejor presentada y peinamos a Tifón para que volviese a parecer un perro bien aseado. Paseamos por algunas calles hasta llegar a una papelería, donde le dimos a entender entre signos y señales al vendedor que necesitábamos un diccionario.

Estuvimos ojeando un par de ellos y Gabriel Prince se decidió por el más grueso, un alemán. —español. Pagamos lo debido y volvimos al pequeño apartamento. Nada más entrar nos sentamos de nuevo en las sillas de la cocina y abrimos el diccionario, buscando la letra D. El detective fue bajando con el dedo hasta llegar a Damme. Frunció el ceño. Leí lo que decía debajo de la palabra. Leí en alto la definición. —Se usa la palabra Damme como Presa, botín, despojo o trofeo. — Prince me paró. —Me da a mí que nuestra mejor definición es presa. —Yo asentí. Solo con pensar en que Alba estaba en peligro parte por mi culpa me destrozaba. Intenté alejar esos pensamientos.

Mi agente se quedó en la cocina intentando buscar más pistas en el mapa. Me pidió que me retirase para poder pensar en nuestros siguientes movimientos claramente. Como no se me ocurrió otra cosa, mientras Tifón se echaba la siesta, yo encendí la televisión. Lo que encontré me angustió mucho. Me quedé helado. Volvemos con el caso Benítez Salvaret. La familia está angustiada por los repentinos acontecimientos. Confirmamos la muerte de Ramón esta madrugada. Su hermano Iñaki afirmó haberle visto enviando una carta unas horas antes de morir. No se sabe que contiene la carta ni a quien se la envió, datos clave para la investigación. Alba Benítez sigue desaparecida. Tenemos nuevos datos de su posible paradero; el detective Gabriel Prince nos ha confirmado que sigue viva, que no murió en aquel accidente de avión.

Pasando a otras noticias... —Apagué el televisor. Hundí mi cabeza en las manos. El único hombre que me crió a lo largo de mi vida había sido cruelmente asesinado. Estaba seguro que lo suyo no fue una muerte casual. Dijeron que presentó fracturas. No se lastimaría a sí mismo. De eso estaba seguro. Cuando me di la vuelta vi al investigador a mis espaldas. —Lo siento, chico. —Tifón se levantó y puso su cabeza en mis rodillas, para consolarme. Le acaricié suavemente. A parte de Alba, era el mejor amigo con el que había vivido todas mis experiencias.

8. NUEVOS DATOS Y MÁS INVESTIGACIONES.

Aquella tarde no hice nada más que no fuera pensar en toda la gente a la que había decepcionado. No se por qué me torturaba de esa manera.

El señor Benítez no me trataba muy bien, pero no mereció una muerte tan dura. Lo peor fue que murió sin saber lo que pasó. Los Thompson estarían decepcionados por mi comportamiento, al escaparme de mi casa, y mis padres aún más, por saber que huí de Inglaterra.

Decidí coger el teléfono de Prince. Estaba echado la siesta y no se enteraría. Entre todos los números, encontré el de Iñaki. Solté un suspiro y llamé. El teléfono dejó sonar cuatro tonos, hasta que contestó la voz profunda del padre de Alba.

—¿Diga?

—Soy Santiago.

—¡Dios Santiago! Menos mal que me puedo comunicar contigo, creí haberte perdido. —Dijo entre susurros.

—Lo siento por lo de tu hermano...

—No te preocupes Santi, él ya necesitaba un descanso. —Dijo con simpatía, aunque se notaba que sentía profunda tristeza y angustia. —Charlamos un poco sobre Alba y yo le mencioné todo lo que me había ocurrido. El prometió no decir nada. Después de un rato, busqué el teléfono de mis padres, pero no lo encontré, así que saqué una antigua guía de teléfonos de Europa. En la sección de Inglaterra, me aguardaba el de la comisaría de mi padre, así que decidí llamar a su número privado. Llamé y no lo cogió. Volví a llamar y seguía sin cogerlo. Llamaría más tarde, igual estaba en una misión secreta o yo que se qué y no podía cogerlo. Devolví el móvil del detective a su sitio y me senté a observar Munich por la ventana. Era realmente hermoso.

Escuche a Prince levantarse. Pronto se unió a mí, junto con Tifón. —Te he escuchado platicar con alguien. —Dijo, enseñándome el móvil. Agaché la cabeza. Me había pillado y había dado en el blanco. —No te avergüences, somos humanos y de vez en cuando necesitamos establecer conversación con alguien. —Dijo, mirándome fijamente. —Usted no lo comprende. —Susurré. —Créeme, te comprendo

perfectamente. —Manifestó, con un brillo extraño en los ojos. Aparté la mirada y cambié de tema. —¿Cuando vamos a por Alba? —Pregunté. Él dejó salir un suspiro. —Cuando tenga a los guardias listos para arremeter contra ese tal Adam. Podría ser peligroso ir sin seguridad. —Tifón me lamió la mano. Quería salir de paseo. —Bien, parece que tu perro quiere dar una vuelta. —Asentí. Él se puso su sombrero y se colocó una gabardina.

El paseo transcurrió tranquilo. Yo esperaba a toda costa que Gabriel Prince recibiera una llamada del número privado de mi padre. Pero no fue así. El agente me repetía

constantemente que estuviese alerta en todo momento, ya que el RAF podría estar en cualquier esquina.

Paramos en algún que otro bar que había por la zona, hasta que consideramos buena hora para volver a casa.

Pasaron días, incluso semanas, sin recibir noticia alguna de mis padres, hasta que algo me preocupó. Era un día por la tarde, alrededor de las cuatro, cuando recibí una carta. La abrí, temiendo su interior. Al verme tan preocupado, mi detective se alarmó. Se acercó y me ayudó a sacar la carta del sobre. Me quede completamente paralizado al verla. Completamente.

4 de Diciembre, de 1977.

Para Santiago,

Querido Santiago. Siento haberte dicho esto tan tarde. Estoy muy preocupado por mi sobrina. Yo mismo me enteré de tu paradero y quise ir a verte, pero me lo impidieron. Me dejaron inconsciente en mi casa en Frías, y cuando desperté, me encontré en el hospital, con grandes daños en el cráneo. Lo que te voy a contar ahora es demasiado importante, así que no cuentes nada.

Para empezar, tu hermano Rick se haya en Alemania. Trabaja para un tal Adam, que según algunas fuentes, es el responsable de nuestro secuestro. Oso decirte que me enteré de que Rick estaba en Alemania cuando aún estábamos en Frías. El tal Adam vive en Alemania, y con él, Rick. Trabaja en el campo y no se si te reconocerá.

Alba esta bajo mucho peligro. Cuando yo muera, que será pronto, podrán al fin recuperar todo o la mayor parte del dinero que les debía, pero no van a dejar a mi sobrina en paz. Estoy seguro que la asesinarán, no sin antes pegarla una paliza. Tienes hasta el 13 de Enero para encontrarla. Confío en ti, Santi. El día 13 será el fin de mi niña. No te fíes de la policía. Contrata a un detective privado. Te comunico todo esto porque sabes que en el fondo te quiero. Cuando recibas esta carta, ya estaré bajo tierra. Si no,

contáctame.

Posdata: Acuerdate de rezar a la Virgen en Frías para que nos perdone, y no te olvides de hablar con el padre.

Junto con la carta, venía dinero. Mucho dinero. Para ser precisos, 8319300 pesetas. Sin pensármelo dos veces se lo tendí al detective. —Ni se te ocurra darme todo eso. Puede que nos sirva, y además, me niego a aceptar dinero. Sigo esta investigación porque quiero. —Tifón movió la cola. — GuaaauuDijo, aprobando de la decisión de Prince.

Mi cabeza daba vueltas. Le pregunté a Gabriel que día era hoy. Él frunció el ceño. —22 de Diciembre. —Me quedé de piedra. ¿22? ¿Que pasaría si hoy no empezásemos nuestra búsqueda? No quería pensar. Empecé a llorar como un flojucho. Eran más de 15 días, pero todo me parecía poco. No quería que Prince me viese en ese estado, aunque al parecer lo notó. —Llorar no quiere decir que seas débil, sino que tienes sentimientos. —Me reprimió. Asentí, no muy convencido.

—Aún quedan esperanzas.

—Santiago, si quieres hoy arremeteremos contra la casa de campo de Adam, pero no creo que funcione. —Dijo, apoyando su mano en mi hombro. — Tenemos que intentarlo. —Dije levantándome. Mi detective agarró el teléfono y llamó a alguien.

—Quiero a mi equipo aquí dentro de media hora... Si, armados y todo... No hay excusas... A todos y cada uno. — Dijo, colgando la llamada. —Lo intentaremos, chico, si es lo que verdaderamente quieres.

9. DACHAU, LA CASA Y EL INTERIOR.

A las cinco menos cuarto, unos veinte policías se presentaron y entraron en nuestro pequeño apartamento. Me asomé a la ventana y vi 6 coches patrulla estacionados. Prince y yo nos hicimos con nuestras 92 y salimos del apartamento acompañados de todos los guardias.

Iban cinco en cada coche, menos en dos; En uno había cuatro y en el otro nosotros y el quinto que faltaba en el otro coche. Durante el recorrido pasamos por varios puntos de la ciudad de Munich, bastante reconocibles entre sus habitantes. Tardamos una media hora en llegar a Dachau.

Era un hermoso pueblo alemán con muchísima vegetación. Claro, que no

paramos en Dachau, nos salimos a las afueras. De camino a la casa de campo, se oyó un ruido ensordecedor. Me puse nervioso. Se parecía al estallido de un arma de fuego. El sonido se repitió otra vez más. Me temía lo peor. Esto no podía estar pasando. Seguimos las indicaciones del mapa hasta llegar a una pequeña casa de campo. Los coches patrullas la rodearon instintivamente y cada policía sacó su arma. El detective Prince me ordenó que me quedase en el coche junto a mi 92, y luego también salió él.

El grupo de policías sacaron sus armas y apuntaron hacia la cabaña. Poco a poco se acercaron hasta quedar delante de la puerta. Contaron hasta tres y la derribaron. Fue entonces cuando se quedaron pasmados, por lo que yo también decidí salir del coche. Varios policías intentaron impedirme el paso, pero no lo lograron. Cuando por fin me asomé por la puerta, me quedé petrificado.

Había sangre por todos los lados. Era reciente, porque el olor era muy fuerte y desagradable. Me dejé caer de rodillas. A una esquina se hallaban dos cadáveres. Tenían el tamaño de adultos.. Tifón se las arregló para salir del coche y se sentó a mi lado, observante. —Se han ido, Tifón. Se han marchado. — Dije, entre profundas lágrimas de dolor, rabia y mucha tristeza. Corrí hacia los cadáveres. Intenté pensar que no eran los de mis padres biológicos, pero era casi imposible. El pelo del mismo color, los ojos iguales... Eran mis padres. James llevaba el uniforme puesto.

Les habían matado de un tiro. O de dos. Uno atravesó el cuerpo entero, el otro no. Les rocé la mano. No estaban frías. Llegamos demasiado tarde. Adam sabía que vendríamos. Lo tenía que saber.

Los equipos de emergencias despejaron la zona, y nosotros nos vimos obligados a volver por donde habíamos venido.

Una vez en el apartamento, no lloré. No me quedaban reservas de lágrimas, pero sentía una punzada en el corazón cada vez que les recordaba. Me quitaban a todos aquellos a los que amaba. ¿Quién sería el siguiente? Prince trataba de consolarme, y lo apreciaba por eso, pero no pudo con toda mi carga. No sabía que me esperaban más sorpresas hasta que se sentó delante mío. —Tenemos que hablar. —Dijo, agachando la cabeza. Le miré pausadamente. —Me temo que lo que te voy a contar no te va a encantar. —

Encogí los hombros. Ya todo daba igual para mí.

—Mi apellido no es Prince. Eso es un segundo nombre. Mi verdadero apellido es Miller. Era el hermano de tu padre. Después de teneros a ti y a Rick, fuisteis enviados a España, ya que teníais muchas posibilidades para el futuro. Luego las cosas se complicaron. Rick desapareció sin dejar rastro y tu eras el único sucesor directo de James, ya que de Rick nadie supo nada. — Cuando acabó, fulminé a Prince con la mirada. ¿Era realmente mi tío? Pues claro, sino como sabría todo lo que sabía. Suspiré. Me habían engañado. Otra vez. —¿No es una broma? —Pregunté. —No. Créeme. No lo es.

Me levanté, y sin decir palabra, me retiré a mi cuarto. Prince era una parte esencial de mi familia y vida que aún no había perdido. Me tumbé en la cama y el detective entró. Se sentó a mi lado. Gabriel me miró durante unos breves instantes. ¿Quisieras volver a Frías? —Negué con la cabeza. —No puedo volver sin Alba. Y pienso encontrar a Rick. Sabemos que trabaja en el campo.

Aquella noche, tenía miedo. Me acordé de como encontré a mis padres. Por mi culpa. Todo era por mi culpa. Metí a Tifón entre las sábanas. Me disponía a quedarme dormido, cuando mi socio sacó algo de debajo de la almohada. Era una nota.

Estimado Santiago. ¿Te has llevado una sorpresa? Mientras vosotros inspeccionabais mi casa, yo me he colado en la vuestra y he dejado este papelito. No te vuelvas a acercar o por lo contrario, otros sufrirán por tus faltas. Para tu información, Rick está puesto a la venta. (Sí, casi como esclavo) por 19622.30 marcos. (10'000 euros). Vuestra última oportunidad para recuperarlo será mañana, en el mercado de tráfico infantil, en las afueras de Munich. Te lo digo para que no acabes con tu vida, ya que quiero ser yo quien lo haga.

Tenía la cabeza hecha un lío. Me alegré, pensando que encontraríamos a Rick, aunque también me asustaba la idea de que pudiese haber entrado con tanta facilidad. Se lo diría a Prince. Podría ser una trampa. Me levanté sin esfuerzo y recorrí el pequeño alojamiento hasta que encontré a mi tío sentado en el sofá, viendo la televisión. En cuanto le vi le conté lo de la nota y se la tendí. Él la inspeccionó durante lo que a mi me parecieron horas.

—El papel es de buen marca, se nota por su textura y rigidez. Es bastante nuevo. Este tipo de papel es muy caro. No entendería porque alguien lo utilizaría si fuese una nota falsa. —Reconocí su punto de vista. Lo más normal era que tuviese razón. —Bien, iremos mañana al mercado ese, que supongo que será ilegal, pero iremos con guardaespaldas. Nunca sabes lo que te puedes encontrar.

Aprobé su decisión.

Tifón y yo nos despertamos a eso de las ocho de la mañana. Mejor dicho, nos despertaron. Gabriel Prince me sacudía con ímpetu. Cuando por fin me pude levantar, me acordé de la noche anterior.

Entendí que era hora de marcharse, por lo que nada más levantarme, me tomé un rápido vaso de leche en la cocina, le di a Tifón su ración diaria y me peiné lo mejor que pude, con un leve tupé al lado. Al bajar al portal, con Tifón a los pies nos encontramos con tres guardias, los que nos irían a acompañar. Nos abrieron la puerta de un coche que había cerca y nos montamos en la parte de detrás. Los

guardaespaldas debían de saber donde estaba el mercado, porque iban muy bien dirigidos. Estaba fantaseando con volver a ver a Rick, aunque no estaba seguro de que el quisiese verme a mí, después de lo que pasó. —A mi no me va a reconocer. —Dijo Prince. Yo le miré. —Tampoco se tomará bien la muerte de sus padres, aunque no los conociese. — Empecé a sentirme incómodo. ¿Y si no se quería venir con nosotros?.

Dudé sobre si había sido una buena idea venir, pero enseguida retiré esa duda. Pues claro que había sido una buena idea, iba a volver con mi hermano. Estuvimos unos veinte minutos apelotonados en el coche, cuando llegamos a un descampado. Estaba lleno de gente, especialmente niños. La mayoría iban atados, y enfrente tenían un cartel indicando su precio. No me gustó nada. En España las cosas no eran así. Nos bajamos del coche. — ¿Podrás reconocerlo? —Preguntó Gabriel. Asentí. Igual había cambiado, pero siempre sería capaz de distinguirlo.

Recorrimos muchas filas llenas de niños, con adultos de muy mala pinta cerca, intentando comprarlos. De pronto, desvié mi mirada hacia un chico

que parecía tener aproximadamente mi edad. Me acerque como hipnotizado. Hubo un momento en el que nuestras miradas se cruzaron, pero no hubo reconocimiento por su parte. Prince y los suyos me siguieron. El chico iba atado de manos. Tenía la cabeza con los lados rapados, y la parte frontal con pelo muy moreno, como el de mi madre. Había tres hombres frente a él, ofreciendo a un señor dinero. Mi tío se acercó y me preguntó con la mirada. Le respondí afirmando.

Estaba claro, era él. Tifón me lo confirmó cuando intentó tirarse a los brazos del chico, pero tuve que aguantarle. Aun no, era muy pronto. Estaba muy nervioso. Quería correr a los brazos de Rick y abrazarle pero seguro que se asustaría ante tal reacción. Prince sacó dinero y empezó a ofrecer al señor que estaba detrás de Rick. La suma aumentó, y con ella uno de los hombres tuvo que marcharse, pero los otros dos seguían atacando.

Cuando iban por 20850.60 marcos, el siguiente hombre se retiró. Me acerque más a Rick. Este giró sus ojos hacia mí y me miró. Dio un paso adelante y abrió la boca para decir algo, pero su “dueño” se lo impidió, agarrándole la mandíbula.

Cuando me quise dar cuenta, mi tío había ganado la apuesta. Prince agarró a mi hermano y se lo trajo con nosotros. Aunque me moría por hacerlo, el detective me indicó que no abriese la boca. Tifón intentaba de todas formas llegar hasta el chico, pero no se lo permití. Una vez en el coche me puse aun más tenso.

Rick no se cortaba ni un pelo. Me miró durante todo el trayecto. Me planteé quitarle las esposas, pero si mi tío no lo había hecho todavía, tendría una razón.

Cuando aparcamos en frente del apartamento, el chico por fin abrió la boca. —¿No voy a trabajar al campo? —Hablaban un español perfecto, aunque con acento alemán. —No. Vamos al apartamento que he alquilado en Alemania. —Rick nos miró entre sorprendido y alegre.

Bajamos del auto y guiamos a Rick hasta nuestra casa temporal. Cuando entramos, el chico abrió mucho los ojos, pero no dijo nada. Como se quedó de pie, le sentamos en el sillón, y para su sorpresa, le quitamos las esposas

que rodeaban sus muñecas. —Eres libre. Ahora estás en tu casa. — Dijo Prince. Tifón por fin se abalanzó a los brazos de Rick, quien no pareció reconocerle. Estaba más que claro que no recordaba nada. —Una vez soñé con este perro. —Dijo, susurrando. —¿Que hago, donde empiezo a trabajar? —Le miré sorprendido. —No vas a trabajar, vas a descansar. —Rick se levantó y me encaró. —Un niño no me da órdenes, y mucho menos uno pijo. —Le miré con tristeza. Este no era el Rick que recordaba. —Yo... soy tu hermano... Me llamo Santiago Miller. Y tu eres Rick Miller.

—Ya se que soy Rick. Pero no Rick Miller ni nada. Soy Rick, huérfano y trabajador. Trabajo por el día y duermo cinco horas por la noche. Al final del día, recibo mi recompensa. — Le miré. Tenía unas enormes ganas de abrazarlo, pero supe que no era el tiempo ni el momento.

El detective me miró preocupado. —Yo te mandaré trabajo. Vas a ducharte en el baño —Lo dijo con determinación. —Es una orden. —Conduje a mi hermano hacia la ducha. —Dúchate. Tómate tu tiempo. Él asintió, perplejo. —Nunca me he duchado en estos sitios. —Ahora fui yo el que me quedé de piedra. —¿No sabes como usar una ducha? —Él bajó la cabeza. Le enseñé los controles principales y pareció entenderlo.

Cuando se metió dentro y cerró la puerta opaca, decidí que era hora de sacar el tema que tanto nos preocupaba a la luz.

—¿Sabes quién es Adam? —El ruido del grifo se paró. —Todo lo que necesitas saber es que fue mi antiguo dueño. —Con esto, salió de la ducha y se secó con una toalla que le tendí. ¿Sabes a que se dedicaba? —No me respondió. Se lo repetí.

—Si, lo sé, pero no te incumbe a ti ni a ningún otro pijo. Me estaba cansando su actitud. —Mira, ¿¡¡mejor?!! —Dije, casi gritando, mientras me despeiné. —¿Contento? ¡No sabes el daño que me estás haciendo al no reconocerme. Soy tu hermano mayor, te guste o no! ¡Y si te pregunto algo, es por algún motivo!

No esperé a su reacción. Cerré la puerta del baño con un portazo y me senté en el sillón. —¿Primera pelea de hermanos? —Me preguntó mi tío, con una sonrisa de oreja a oreja. —Guaaauu —Proclamó Tifón, al unisono. Me

enfuruñé aún más. La situación no me gustaba nada. Había perdido casi todo, menos a mi hermano, y aquí estaba, en el mismo espacio que yo y encima tomándome el pelo.

Que yo recuerde, jamás me peleé con Rick. Era un chaval amable y simpático. Era.

La noche cayó pronto, y hasta entonces me había mantenido en mi cuarto. Prince había entrado un par de veces para decirme que era cuestión de paciencia.

No cené. No tuve apetito. En cuanto pude, me metí bajo las sábanas, con Tifón a mis pies.

Empecé a llorar en silencio. Poca esperanza era la que me quedaba.

La desaparición de Rick; Mi culpa

La muerte de mis padres; Mi culpa.

La muerte del Señor Benítez; Mi culpa.

El secuestro de Alba; Parte de mi culpa.

Tenía que encontrar a Alba como fuese. Ella había creído en mi todo este tiempo, me había escuchado con paciencia y me había hecho caso.

A las once, Rick se hizo presente en mi cuarto. No dijo nada, aunque se percató de que no me sentía bien. Se tumbó en la cama. —Sé que a veces soy rudo. Pero me han enseñado a ser así. Lo siento si te ofendí, pero no puedo cambiar mi carácter.. —No me giré hacia él. Pero si noté un tono de tristeza en su voz.

Adam era cruel. Me habían encerrado en una habitación muy pequeña. Me enteré de que Adam mató a los padres de Santi. También me enteré de que había encontrado a su hermano. Recordé escuchar que mi tío había muerto. Tenía mucho miedo. Y angustia.

Estaba segura de que no saldría viva de esta. No sabía que querían hacer

conmigo. ¿Venderme? ¿Matarme? Echaba de menos a Santiago y a Tifón. El había creído en mi todo este tiempo, me había escuchado con paciencia y me había hecho caso.

Echaba de menos su toque de humor, aunque también me resultaba gracioso acordarme de las expresiones que ponía. Cada día me preguntaba como le iría con su enfermedad.

Me desperté a eso de las nueve de la mañana. Mi hermano ya estaba despierto y había hecho la cama.

Me lo encontré asomado a la terraza, charlando con Prince. Me acerqué y me senté en el sofá. Instantáneamente, Tifón se unió.

Luego de un rato, Gabriel salió y me miró desilusionado. Detrás suyo venía Rick que me miró largamente. —Que sepas que yo no soy tu hermano. —Ya volvía con su mala actitud. —Y quiero mi recompensa. Vosotros no sois como Adam. —Me dejó con la boca abierta.

Mi tío me explicó que llevaba media hora hablando con él pero que no había logrado nada.

Iba a estallar. —¡Es mi hermano! Mi único familiar directo! — Rick nos observaba desde la puerta de la habitación con una mueca de disgusto en la cara. Salí del salón y me metía en mi habitación, con Tifón, que me siguió hasta la cama. Desde el marco Rick me miraba con cara de circunstancias. —¿Por qué insistes en que soy tu hermano? —Le miré fijamente. —Porque lo eres. Y aunque tu no lo recuerdes yo sí.

Esta vez fue él el que me miró un buen rato, aunque yo me adelanté a hablar.

—Y yo no se a qué viene tanta frialdad.

—Tu no sabes nada de mí, así que no opines.

—¡Se todo de ti hasta que... pasó lo que pasó.

—Procura no meterte en mi vida. Tuve una infancia difícil.

—¿Y quieres seguir teniéndola. —Dije, aturdido. Me miró un largo rato y negó con la cabeza. —Aquí podrías tener de todo, no te faltará comida ni cama. —Concluí.

El posó su mirada sobre la mía. —Lo siento. No puedo. —No le comprendí. —¿Cómo que no puedes? —Volvió a negar. —Lo siento, de verdad. Me empiezas a caer bien pero no... no puedo. —Dijo alzando levemente la voz. —Déjame en paz. —Se fue con ese cambio de actitud. Era imposible comprenderle. Tenía ganas de pegarle un puñetazo por su bipolaridad, pero en vez de eso fui tras él. —¿Por qué no me crees? ¿No me reconoces siquiera? —El parpadeó y puedo jurar que vi un atisbe de tristeza en su mirada. —No es eso. —Sentenció, cortamente. Una idea se plantó en mi cabeza. —Tu le conoces. A Adam. Nos podrías llevar hasta él. —Rick negó. —Te equivocas. Yo solo conozco donde trabajaba.

—Pero conocías Dachau.

—Allí trabajé con él un par de veces.

—¿Donde vive Adam?

—No quiero decírtelo. —Le mire incrédulo.

—Me lo vas a decir quieras o no.

—Te estás metiendo tu solito en la boca del lobo. —Me avisó.

—Te lo voy a repetir una sola vez más. ¿Donde reside Adam.

—¡Starnberg! ¿Estás contento ya? ¡Está en Starnberg! ¡En la casa más apartada! ¿Contento.

Me reprochó, con lágrimas en los ojos. No entendía su comportamiento, pero si sabía que algo iba mal, porque jamás lo había visto llorar.

A fin de cuentas, era mi hermano pequeño.

—No se que he hecho... Pero tienes que entender que tengo que encontrar a una de las únicas personas que se preocupa

por mí. Y no se como está ella. Puede estar sufriendo cada minuto que nosotros estamos aquí hablando. O igual no. Igual no está con nosotros. Pero siempre tiene que haber esperanza, y tienes que entenderme.

Él me miró con una mezcla de compasión y furia. —Tú mismo. —Salió al balcón.

Yo fui a por Prince. —Gabr... Tío, ¿Tienes un momento? —Me estudió con curiosidad. —Cuando quieras. —Le comenté todo lo que sabía.

—Santiago, sabes que haré lo posible pero ya sabes lo que les pasó a tus padres. Podría ocurrir lo mismo con Alba o con quien sabe quien, no podemos arriesgarnos.

Lágrimas empezaron a colarse por mis mejillas. —¡Tenemos que ayudarla! —Casi grité.

—Santiago, entiéndeme, no sabemos si.. si está viva.

—¡Claro que lo está!

—¡O no! —Tal fue mi cabreo que salí del apartamento dando un portazo y con Tifón a mi lado. Bajé al portal y salí a la calle. Los días transcurrían cada vez más lentos. Me alimentaban una vez por día, y no con grandes porciones exactamente. Incluso había días en los que no sabía si iba a terminarlos. Me notaba a mi misma muy débil. Como si pudiese romperme ante cualquier amenaza. Adam solía venir a ver mi estado cada dos días y siempre me recordaba que iba a hacer sufrir a todo aquel que se preocupase por mí. Nunca más volví a ver a Dean. Ni como era de esperar, al Inspector. ¿Como estaría Santi? ¿Me habría olvidado? ¿Y mis padres, como estarían ellos de preocupados? No lo sabía. 10. MI DECISIÓN.

Una vez me hube calmado, volví a subir al apartamento. Había dado una vuelta con Tifón por los alrededores, cosa que subió mis ánimos.

Yo ya había tomado una decisión. Y no iba a dejar que nada ni nadie la cambiase. Gabriel me miró con tristeza cuando entré. Le saludé con una inclinación de cabeza y pasé a mi habitación. Me sorprendió ver a Rick

leyendo un libro de bastante grosor. —¿Que lees? —Le pregunté. La incógnita, de Benito Pérez Galdós. —Me respondió, sin siquiera mirarme.

—Ya, ¿y de qué va si puede saberse? —Está vez sacó la cabeza del libro. — De las lecciones que te da la vida.

El resto del día prosiguió tranquilamente, aunque no me comuniqué ni con mi tío ni con mi hermano en ningún momento. Para su sorpresa, me acosté lo más temprano posible. Me metí bajo las sábanas y puse la alarma en mi pequeño despertador a las dos, cuando seguro iban a estar todos dormidos.

Unas horas más tarde me desperté con el sonido de alarma que había programado cuando me acosté. Iba a ser la tercera vez que me escabullía. Me incorporé lentamente, intentando no hacer ningún ruido superficial. Alcancé mi pistola y me vestí cuidadosamente con colores oscuros, para no llamar la atención. Suavemente interrumpí los sueños de Tifón. Sonaba egoísta, pero no pensaba ir sin el a ninguna parte. Necesitaba encontrar a Alba. Al salir de la habitación, fui sorprendido por algo a mis espaldas. —¿A donde crees que vas? —Una voz me sacó de mis pensamientos. Me giré lentamente y vi a Rick plantado detrás mio. —No es de tu incumbencia. —Él dio un paso y me agarró del brazo. —¿Cómo piensas llegar a Starnberg? — Le miré, impactado. —No me preguntes como lo se. ¿Acaso sabes donde está ese pueblo? —Negué.

—Pero puedo preguntar.

—¿A quién vas a preguntar a estas horas de la madrugada? Voy contigo, te guste o no.

—Te recuerdo que soy el hermano mayor.

—Y yo te recuerdo que no soy tu hermano, por lo que no tienes control sobre mí.

Apreté mis manos con fuerza mientras Rick terminaba de vestirse. Le dejé mi ropa y sigilosamente nos fuimos del apartamento. Una vez en la calle, se giró hacia mí. —¿Alguna vez has robado? —Le indiqué que no era así. —Bien, pues esta va a ser tu primera vez. ¿Ves esa moto de allí? —Seguí su mirada

hacia una Vesp. —150. —No sabes arrancarla, y está mal robar. —Dije alucinado por su ocurrencia.

Él hizo una mueca. —Seguro que la robas si aprecias a tu amiga. Y sí, sí se arrancarla. —Se fue hacia la moto y abrió un compartimento a la fuerza. Después de unas rápidas maniobras, el motor rugió. —Vayámonos, alguien puede habernos oído. —Se monto delante y me indicó que me pusiese detrás. —¿Estás loco? —Le pregunté. —¡Nos vas a matar, no sabes conducir! —Le reproché. —Súbete ya o me voy sin ti. — Carraspeé. —¿De verdad te irías sin mi? —Pregunté mientras me subía a la motocicleta. —Pues claro. —Me respondió, vacilante. No teníamos cascos por lo que sería muy peligroso. — Nos vas a matar. —Afirmé. —Calla y agárrate bien. — Me reprochó. Suspiré.

—¿Seguro que sabes ir?

—Sé ir de sobra. —Dijo, enseñándome un cardenal que tenía en el brazo. No sabía a qué venía esa repentina demostración. ¿Te pegaron? —Pregunté. — Me hicieron muchas cosas — Coloqué a Tifón de forma segura, entre la espalda de Rick y yo para evitar un accidente. —Me fiaré de mi hermano. — Susurré. Pude jurar haber percibido una sonrisa en la boca de Rick. Una vez en carretera, este inició una conversación.

—¿Estás enfermo?

—¿Perdona?

—Me has oído de sobra.

—¿Por qué preguntas?

—He encontrado unas pastillas para la esquizofrenia en un cajón.

—No lo llamaría enfermedad, en mi caso, ya que creo que he dejado de sufrir los síntomas.

—¿Crees?

—Si, creo, porque no soy doctor y no lo puedo afirmar.

—Por lo que tengo entendido, esa enfermedad no tiene cura.

—Puede ser que tengas razón. Es muy complicado.

—Te entiendo.

—No, no me entiendes porque tu no la padeces.

—Vale, pues no te entiendo. —Mientras Rick manejaba la Vespa yo iba pensando en mis cosas. Sabía de sobra que no es bueno hacerse ilusiones, y menos en casos como estos. ¿Pero qué he hecho? Puede que nos raptan a mi hermano y a mi, y entonces nadie podrá salvar a Alba...

Sacudí la cabeza, expulsando aquellos repentinos pensamientos.

—Mierda. —Oigo mascullar a Rick.

—¿Qué pasa?

—Me he equivocado de salida, vamos en dirección contraria y la moto se está quedando sin gasolina.

—¿Algo más? —Pregunto sarcástico. Él niega y me mira.

—Atento a la carretera. —Le reprendo.

—Lo siento.

—Llegaremos tarde como no des la vuelta pronto.

—Ahora lo crucial es la gasolina.

—Pues ya estamos tardando en buscar un sitio para repostar. Cuanto cuesta?

—No tenemos dinero...

—Pero sí pistola. —Dije yo. Rick continuó por la carretera hasta que

divisamos unas luces al horizonte. Mis ánimos aumentaron. —¿Eso es una gasolinera? —Pregunté. Mi hermano enfocó la vista. —Puede ser. Esperemos que este trasto llegue pronto o nos veremos empujándolo dentro de muy poco. — Sonreí un poco. Me parecía que Rick estaba recuperando algo de su humor. Llegamos a lo que era la gasolinera y paramos a repostar. Una vez hecho, salió un chico de la tienda para cobrarnos.

—¡Eh! Vosotros no os vayáis... —Chilló al ver como salíamos escopeteados de aquel sitio.

—¡He perdido la pistola! —Grité nervioso cuando Rick hubo encontrado la carretera. —¿Que has hecho qué? —Mi hermano mostraba una tranquilidad sospechosa. —¡Jolín! Que he perdido la pistola que llevaba encima. —Rick ladeó la cabeza y me observo de reojo. —Ya casi estamos. —Me comunicó.

—Pues hemos tardado poco.

—Porque voy a una velocidad prohibida. —Poco a poco fue reduciendo la velocidad hasta llegar a un lago. Había una “mansión” a la orilla rodeada por un grueso muro. Mi prójimo aparcó la moto cuidadosamente y me tendió la mano. No lo vi. Y lo pude jurar. En dos movimientos me tenía contra la pared del muro. —¿Se puede saber que haces? —Rick huyó de mi mirada. —No fue casualidad que estuviese en aquel mercado esperándote. —Dijo, a la vez que sacaba de un bolsillo de su pantalón mi glock.

Ahí me di cuenta. Era una trampa. Acto seguido salieron un par de hombres de la puerta de la mansión. Ahora pude observarla mejor. Con 4 pisos, muy larga y ancha, con un gran reloj en la cima. Estaba construida de piedra color grisácea. También tenía un enorme portón de barrotes con las puntas bañadas en oro. Era una auténtica preciosidad. Los hombres llegaron rápidamente hasta donde estábamos Rick, yo y Tifón. Este último se abalanzó sobre el primer hombre cuando se encontraba acercándose a mi. —Tifón, ¡Quieto! — Grité, al ver como el segundo de los hombres apuntaba con un arma hacia mi fiel compañero.

Nos condujeron hacia la entrada de la gigantesca casa. No sin antes vendarme los ojos. Pude apreciar en todo caso como subíamos unas escaleras situadas a la entrada por la que habíamos pasado. No opuse

ningún tipo de resistencia. Acabamos en una habitación. Ya no sabía ni cuantas veces había sido secuestrado. Jamás me lo hubiese imaginado. Cuando por fin pude quitarme la venda, descubrí a Tifón detrás mío. Parecía adormilado, como si estuviese ebrio. Lo comprendí enseguida. Le habrían sedado o dado algún veneno. En la otra punta de la habitación me encontré con Rick. Me escrutaba con la mirada. Igual que yo a él. —Confié en ti. —Le dije. —Y me equivoqué. El Rick que yo conocía ha desaparecido. Éramos inseparables. Hasta aquel día. —Él me miró con tristeza reflejada en la mirada.

Yo no podía articular palabra. Todo era demasiado espantoso.

—No debería haberte contado esto, pero mereces saberlo. Eres demasiado valiente. —Me levanté lentamente. —Es un psicópata. —Él asintió. —Pero igualmente, ¡ todo esto es culpa del Sr. Benítez! —Dije con rabia, ¡Mucha rabia! Rick se levantó y se dirigió a la puerta. —Lo siento. —Tartamudeó antes de cerrar la puerta con pestillo tras de sí.

Me revolví el pelo nerviosamente. ¿Estaría Alba en este sitio? ¿estaría bien? Empecé a pegarle puñetazos a la puerta de la habitación. —¡Alba! ¡Alba.

Me sobresalté. Hace un rato, no pude decir si eran horas o minutos, me durmieron con cloroformo y me acababa de despertar. Me había parecido oír la voz de Santi gritar mi nombre. —Me estoy volviendo loca. —Dije, suspirando.

Unas horas después, se abrió la puerta y entró Rick en la habitación con comida. —La comida es buena. No tiene nada malo. Me he asegurado de ello. —Accedí. —Adam te propone un intercambio.

—¿Un qué?

—Un intercambio, ya me has oído. Suelta a Alba y te lleva a ti.

—Hecho.

—¿Perdona?

—Que acepto, ya lo has oído. —Dije, imitando sus palabras.

—Mira Santiago, tienes que pensarlo. Te podría pasar cualquier cosa... Además, yo no me fiaría de Adam.

—No se como se hace el intercambio ese, pero si algo saliese mal, tu huirías con Alba.

—Santiago, tu no lo entiendes...

—¡Si lo entiendo! ¡Ahora vete! —Le corté. Tenía la cabeza hecha un lío. ¿Me acababan de secuestrar y ya me estaban proponiendo algo? Miré la comida que me habían traído. No me la comería. Me enfurecía, pero no podía confiar en mi hermano. Volví a suspirar y acaricié a Tifón, que roncaba sonoramente. Tenía que trazar un plan para salir de aquel sitio, para escapar. Pero claro, mi socio no podía estar dormido, no podría avanzar mucho cargando con él. Y luego, podría escapar con ayuda de Rick, pero, ¿se lo chivaría a alguien de su calaña? ¿O por el contrario me ayudaría? Era mi única esperanza. Sumergido en mis pensamientos, me dormí.

Pronto amaneció, y aún no había señales de mi deudo. —Pues vaya, tendré que planear algo yo solo. —Encerrado en una habitación no iba a poder ponerme en contacto con la policía ni encontrar a la nieta del Sr. Benítez.

En el pequeño cuarto había un armario empotrado, una cama y un escritorio con silla. Me dirigí hacia los cajones del escritorio; vacíos. También eché un vistazo debajo de la cama, pensaba que podría haber una trampilla secreta, pero no había nada. Eso solo lo había en las pelis. Por último me dirigí al armario empotrado. Busqué a su alrededor; Nada de nada. Agarré la pequeña manivela de la puerta del armario y tiré. Me quedé de piedra. Una pequeña chispa de ilusión empezó a extenderse por mi cuerpo; Una ventana. Había un pequeño ventanal dentro del armario. Jamás me lo hubiese imaginado. Era tan pequeña que apenas pasaría. Lo abrí, intentando hacer el menor ruido posible y miré hacia abajo. Habría unos buenos ocho metros por lo menos. Necesitaría una cuerda. Y solo la podría conseguir de una persona. 11. ESCAPE

Aquel día terminó. Rick aún no había vuelto. Cuando estaba a punto de

quedarme dormido, oí como se acercaban unos pasos a la puerta. Me incorporé, y para mi sorpresa, Tifón también lo hizo. Nos miramos un par de segundos y me pareció que sonreía.

La puerta se abrió y entró un hombre alto. Tenía el rostro tapado con una máscara pero le sobresalían unos cabellos rojizos por los lados. Traía una cuerda. ¡Una cuerda! Justo lo que yo necesitaba. Agarré a Tifón como pude y dejé que el señor se aproximase a la cama. Ató un extremo de la cuerda a la cama. —El otro extremo es para el perro. —Me indicó. Tenía una voz tirando para aguda. Yo no me moví. Fue entonces cuando sacó una Glock 19. Mi cuerpo respondió al instante. Até a Tifón con un nudo flojo. —Puedo volver a cualquier hora. Si me lo encuentro desatado le pego un tiro, no lo dudes. —Asentí nerviosamente. Tifón ladró. El tipo me daba muy mal pensar. Se fue de un portazo y cerró con llave.

Otro día más. Apenas me daban de comer. Una vez al día y muy pocas cantidades. No sabía ni si la comida era de fiar. De repente me erguí, me había parecido escuchar unos ladridos y después algo parecido a un portazo. ¿Estaría la policía aquí?

Me prohibieron subir a ver a mi hermano Santi. Quise informarle de que había venido Adam, pero no pude avisarle con tiempo. Fui felicitado por él al traer a mi prójimo. —Cayó en tus redes. —Me dijo. —El perro está atado y dudo que el chico lo deje suelto si de verdad valora la vida del chucho. —Asentí, me incorporé y subí a mi habitación en el tercer piso.

Me desperecé cuando entraron los primeros rayos de sol por la ventana escondida en el armario. Hoy era el día, pensé. Si Alba estaba aquí la sacaría de este infierno y me llevaría a Rick conmigo si accedía. Unos pasos fuera del dormitorio me terminaron de quitar el poco sueño que me quedaba. Unos segundos después se abrió la puerta.

Para mi sorpresa, el que entró fue Rick. —Mira Santi no hay minutos. —Me dijo, sin darme tiempo para hablar. —Adam acaba de irse a cubrir un tema de negocios. Solo puedo decirte que Alba está aquí y que más te vale irte sino quieres acabar como el señor Benítez. —Le miré. —No voy a irme sin Alba. —Discutí. —Vas a tener que irte. Yo cuidaré de ella pero si no te vas, te va a matar. Olvida ese intercambio, era una farsa.

—Ya que estoy aquí, no voy a irme.

—Sí, sí lo vas a hacer porque no te voy a dar otra opción. No voy a dejar que te maten. Vete. —Me dijo, apuntando a Tifón con un arma.

—No te atreverás.

—Cualquier cosa por ti. Ya te he defraudado, y si no te vas ahora mismo podría volver a hacerlo. —Sin decir nada, desaté a Tifón y cogí la cuerda, atándola a la manivela del armario y precipitándola al vacío. Cubría siete de los ocho metros aproximados que había. —Perfecto. —Rick se encargó de asegurar la cuerda. —Sujeta a tu perro con una mano y con la otra te deslizas con la cuerda. Seguro que te raspas, pero no la sueltes o te precipitaras al vacío. —Crucé los brazos y asentí. Sin darle tiempo a darme más explicaciones me metí por la ventanilla, estrujándome hasta que estuve

completamente fuera, colgado de la tensa cuerda. Vi como Rick cogía a Tifón y me lo pasó como pudo. Yo le cogí con agilidad mientras me lo colocaba debajo del brazo. —Ya está. —Dije mientras probaba la cuerda. Te voy a vigilar mientras bajas desde aquí. Cuando vea que llegas al muro te abriré el portón desde la sala de control. La moto sigue fuera y me he asegurado de que esté al cien, así que aprovecha esta oportunidad. Adam tiene la especialidad de llegar cuando menos te lo esperes. —Le escuché sin prestarle mucha atención. Si Alba seguía aquí, ¿que hacía yo yéndome como un cobarde?

Cuando Rick me lo indicó, empecé a descender por la cuerda suavemente. Poco a poco, llegué hasta el final de la gruesa cuerda. Ahora tocaba saltar. Coloqué a Tifón en una posición un poco vertical, para que pudiese llegar antes al suelo, y no tuve que soltarle, él mismo saltó. Yo también solté la cuerda y caí con las dos piernas en tierra. Mi compañero y yo empezamos a correr hacia el portón, cuando este empezó a abrirse. Salimos corriendo y alcancé la motocicleta a unos pocos metros. Jamás había conducido. Tifón se sentó entre el manillar y mi cuerpo. Arranqué la Vespa. Miré atrás. Volveré a por Alba. Y a por Rick.

12.EL COCHE Y LA CALLEJUELA

Salimos lo que se llama escopetados de aquel lugar. Jamás me hubiese imaginado esta escapada digna de película. Y, tampoco me hubiese imaginado haber sido secuestrado ni haber tenido un reencuentro con mi hermano perdido, que, esta vez, en vez de irse él, me iría yo, pero a su diferencia, yo volvería a por él. Conducir una moto era casi lo mismo que ir en bici, lo único que la motocicleta tenía motor.

Yo también sabía que tenía problemas. Era menor, así que no tenía licencia para conducir una motocicleta, me podría quedar sin gasolina y no tenía mi pistola. Pero eso no era lo peor. Lo peor era que no tenía ni idea de por donde tirar. ¿Que hice? Bueno pues me inventé un patrón a la hora de girar en la carretera: Derecha, derecha, izquierda. En algún sitio tendría que acabar.

Al rato, mi vista alcanzó una señal en la que claramente se leía POCKING, municipio de Starnberg. Opté por aquella salida. No creía que me encontrasen de todas formas. Giré en esa curva y poco a poco unas débiles luces se extendieron ante mi campo de vista. Me fui internando en el pueblo con la cabeza gacha, no siendo que alguien me reconociese, ya que como era mediodía o así había gente charlando por las calles.

Después de unos minutos encontré un descampado vacío, donde decidí esconder la Vespa entre los hierbajos. Solo por precaución. Tifón y yo nos dirigimos a una parte más solitaria y tranquila del pueblo donde no se veían tantas caras. Me senté en un banco que había allí cerca para reflexionar.

No se cómo pasó pero me quedé dormido en aquel banco. Cuando abrí los ojos era ya por la tarde. Me estiré, y sentí algo a mi lado. Un chico me miraba fijamente. Tendría unos 22 años o así. —No preguntes. —Me dijo, tendiéndome una carta del tamaño de una libreta. Me temía lo peor. —Quién eres? —Una mueca desagradable cruzó su rostro. —No te interesa saberlo. —Tifón gruñó. Me aparté un poco del chico y desenvolví la carta.

Para Santiago

No eres tonto. Quieres ver a la chica morir delante tuyo? Lo conseguiré si no asistes hoy a las 23 en punto entre la antigua biblioteca y el bar de Tommy. Tu vida a cambio de la suya. Tu decides.

Temblé de puro miedo. El chico de al lado sonrió burlón. —Te ha encontrado y te va a matar. Yo que tu no iría. —Dijo levantándose. Se fue alejando hasta desaparecer de mi visión.

23 En punto. Yo y Tifón.

Estaba en una callejuela. Vi como se acercaba un hombre. No le distinguía, era una mancha borrosa. Se aproximaba en silencio. Iba totalmente tapado. Llevaba una navaja en la mano y un cuerpo cargado a sus espaldas. — Santiago? — Preguntó, tendiéndome la mano. Tenía una voz que me resultaba familiar. Yo se la di. —Y usted es... —Le dije, una vez soltó mi mano. —El nombre no importa. Llámame Jackson. — Puso a Alba a mi lado. Yacía inconsciente.

Otra sombra se acercaba. —¡Rick! —Llamé. Levantó la cabeza y me miró fríamente. —Lo has liado todo. Nadie moriría. Te avisé. —Lo miré dolido. ¿De qué hablaba. —Rick, retírate. — Ordenó Jackson. Mi hermano me miró y salió de la callejuela. De repente, todo cambió. Unos sonidos fuertes se produjeron y todo se llenó de humo en apenas segundos. Eran ruidos muy fuertes, como si algo estuviese estallando.

—¡Alba! —Chillé desesperado. Agarré a Tifón, pero le volví a soltar rápidamente. —Tifón, huye. —El humo me empezaba a consumir y tosía sin control. Tenía la vista nublada. Alguien me tomó del brazo. Era Alba. No pude articular palabra. Caí al suelo. Rick apareció en mi corto campo de visión. Me miró confundido. Le lancé una mirada significativa y acto seguido agarró a Alba del brazo y cogió a Tifón. Me desplomé en el frío suelo.

Salí de allí corriendo. Ya me había encargado de aprovechar la confusión para meterle un pistoletazo a Adam Jackson en la sien. Conduje a Alba y al perro al coche, donde Gabriel nos esperaba impaciente. Nos metimos todos dentro y el detective arrancó.

Cuando llegamos a nuestro destino, un cuartel donde Gabriel tenía contactos, Alba me miró. —Qué..has..hecho? —Me preguntó temblando. Sabía a lo que se refería. —Él quería que te salvaras tú. —Dije, omitiendo su mirada. Tifón me miró igual que Alba, acusatorio. Esta última se tiró a mis brazos, sorprendiéndome y empezó a sollozar. —Ya se acabó la pesadilla. —

Mentí, entre suspiros. Había dejado atrás a Santi.

—¿Por qué le has dejado?? —Me volvió a preguntar Alba. —Le he hecho un favor. El quería que te salvaras tú. Estaría muy agradecido conmigo.

—¿Estaría..?

—Asúmelo. No vas a volver a verlo. Si me hubiese hecho caso, nadie hubiese muerto. Se lió él solo. —No quería ser duro con ella, pero no podía vivir pensando que Santi estaba vivo. En ese momento, un agente entró en la sala

acompañado de Gabriel. —Han sido encontrados los cadáveres de Adam Jackson, 38 años y lo que podrían ser restos de Santiago Miller, menor de edad.

10 AÑOS MÁS TARDE

Al final todo quedó aclarado. Bueno, casi. Después de la autopsia, se estableció que Adam murió del tiró que le pegué, hoy hace 10 años, y el cadáver de Santi nunca fue encontrado, según los forenses.

Alba yacía a mi lado, con expresión triste, adivinando en lo que pensaba. Miré la tumba de Santi y una lágrima resbaló por mi mejilla. La dejé. Repentinamente, Tifón, que había permanecido dormido, se levantó y se tumbó encima de la losa. Me paralicé. El perro dejó de respirar. Otra lágrima se derramó por mi mejilla. Tifón había sido la única conexión desde que mi hermano nos dejó. Pero el perro no había vuelto a ser el mismo. Había llegado su momento. Abracé a Alba más fuerte y haciendo un esfuerzo enorme me di la vuelta hacia el parking del cementerio dejando aquellos recuerdos en el pasado.

Cuando se marchó, no sabía qué hacer. Cogí al osito de peluche de Rick y lo abracé con todas mis fuerzas mientras cristalinas lágrimas resbalaban por mi mejilla.

Pero Iñaki se equivocó. Claro que me acordé de él. Fingir para él fue muy fácil. Especialmente cuando me drogó durante un desayuno para que pareciese que estaba enfermo. Y cuando sobornó al médico para que hiciese

la vista gorda y me dictase esquizofrenia. Y para mí, fingir también sería fácil en cuanto acabase con él, aunque perdiese la amistad de Alba. Ya habían pasado 10 años desde que murió Adam. Era hora de cobrar mi venganza.

NOTA DE AUTORA

Querido lector, espero que hayas disfrutado de esta corta novela. Continuará. Ninguno de los personajes anteriores han sido inspirados en personas reales y los nombres son totalmente aleatorios.

DEDICACIONES

Esto se te va a hacer corto; Te lo dedico a ti, lector.